SAGRADA BIBLIA

2 Reyes

Libro completo

«Oído he tu oración, y visto tus lágrimas»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 8

Veinticinco palabras hebreas 16

El segundo libro de los Reyes en la liturgia 18

1 Ocozías y el fuego del cielo 20

2 Elías arrebatado al cielo 25

3 La guerra contra Moab 35

4 La viuda, la sunamita y los panes 42

5 Naamán el sirio 54

6 Los carros de fuego y el hambre de Samaria 63

7 El día de las albricias 74

8 Hazael, rey de Siria 80

9 Jehú, ungido rey 87

10 El celo de Jehú 94

11 Atalía y el niño Joás 105

12 Joás repara el templo 114

13 La muerte de Eliseo 120

14 Amasías de Judá y Jeroboam II 128

15 Ozías y los últimos reyes de Israel 134

16 Acaz y el altar de Damasco 142

17 La caída de Samaria 150

18 Ezequías y la amenaza de Asiria 162

19 La oración de Ezequías y la liberación de Jerusalén. 170

20 La enfermedad de Ezequías y los enviados de Babilonia 181

21 Manasés y Amón 190

22 Josías y el libro de la ley 198

23 La reforma de Josías 203

24 Nabucodonosor y el primer destierro 215

25 La caída de Jerusalén 220

PARA PROFUNDIZAR

2 El carro de fuego: Elías arrebatado al cielo 31

4 La sunamita: la hospitalidad y el hijo devuelto 50

5 Naamán el sirio: siete veces en el Jordán 58

6 «Más son los que están con nosotros»: Dotán y el hambre de Samaria 70

10 Jehú: el celo del Señor y la sangre de Jezrael 101

11 Atalía y el niño Joás: la lámpara de David no se apaga 110

13 Los huesos de Eliseo: la veneración de las reliquias 124

16 «Hacer pasar a los hijos por el fuego» 145

17 ¿Por qué cayó Samaria? El sermón del capítulo 17 y los samaritanos 158

19 Ezequías y Senaquerib: el año 701 177

20 «Dispón tus cosas»: la enfermedad de Ezequías 186

21 Manasés: el peor rey y la misericordia de Dios 194

23 La reforma y la Pascua de Josías 211

25 Junto a los ríos de Babilonia: la caída de Jerusalén y la luz final 226

CUADROS

2 Elías en toda la Biblia 30

3 La guerra de Moab según la Biblia y según Mesa 40

4 Los milagros de Eliseo y los de Jesús 49

6 Los caminos de Eliseo 69

8 Damasco, el vecino del norte 85

10 La palabra cumplida: el fin de la casa de Acab 100

11 La lámpara de David 109

12 Las cuentas del templo: Joás y Josías 118

15 Israel y Judá, de Jehú a la caída de Samaria 140

17 Asiria contra Israel 157

18 El año 701 según la Biblia y según Senaquerib 168

19 Dos veces la misma historia: 2 Reyes 18 – 20 e Isaías 36 – 39 . 176

20 El túnel de Ezequías 185
23 La reforma de Josías 210
25 Los últimos años de Judá 225
Repaso 230
Notas personales 237
Sobre esta edición 238

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 2 Re 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como Elías en toda la Biblia, los milagros de Eliseo y los de Jesús, la lámpara de David, Asiria contra Israel, el año 701 según la Biblia y según Senaquerib o la reforma de Josías. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El fin de los dos reinos

El segundo libro de los Reyes es el duodécimo de la Biblia. En la Biblia hebrea, los dos libros de los Reyes son una sola obra, *Melajim*, «Reyes», la última de los llamados «Profetas anteriores», que van de Josué a Reyes. La traducción griega la partió en dos y la contó, con los dos de Samuel, entre los cuatro libros de los «Reinos»; la Vulgata la siguió, y por eso Torres Amat, como san Jerónimo, llama a este libro «Libro cuarto de los Reyes». Esta edición usa el nombre de la Biblia hebrea y de la Neovulgata: 2 Reyes. Sobre el origen de la obra entera, ver «Antes de empezar» en 1 Reyes.

El primer libro terminaba con la muerte de Acab y el comienzo del reinado de su hijo Ocozías; este continúa sin pausa, en medio de ese reinado, y llega hasta el destierro de Babilonia: unos tres siglos, desde mediados del siglo IX hasta el 561 a. C. Al principio el protagonista no es un rey, sino un profeta: Elías es arrebatado al cielo, y su discípulo Eliseo llena buena parte de los capítulos 2 a 13 con sus milagros. Después la narración se acelera. El reino del norte, Israel, cae en manos de Asiria el año 722 a. C., y el capítulo 17 explica por qué. Judá sobrevive casi siglo y medio más, con dos grandes reyes reformadores, Ezequías y Josías, y

termina con el incendio del templo de Jerusalén por los babilonios en el 587 a. C.

ELISEO Y EL REINO DEL NORTE

1	Ocozías consulta a Beelzebub; el fuego sobre los capitanes
2	Elías arrebatado al cielo; Eliseo recibe su espíritu
3	La guerra contra Moab
4 – 8,15	Los milagros de Eliseo: la sunamita, Naamán, el sitio de Samaria
8,16 – 10	Los reyes de Judá; la revolución de Jehú
11 – 12	Atalía y el niño Joás; el templo restaurado
13 – 16	Muerte de Eliseo; los últimos reyes de Israel; Acaz de Judá
17	La caída de Samaria (722 a. C.)

18 – 19	Ezequías y Senaquerib (701 a. C.)
20	La enfermedad de Ezequías; los enviados de Babilonia
21	Manasés y Amón
22 – 23,30	Josías: el libro de la ley, la reforma y la Pascua
23,31 – 24	Los últimos reyes; el primer destierro (597 a. C.)
25	La destrucción de Jerusalén (587 a. C.); Joaquín liberado

Quién lo escribió

Según el Talmud, el profeta Jeremías escribió «su libro, el libro de los Reyes y las Lamentaciones» (Baba Batra 15a). Torres Amat, en su advertencia a los cuatro libros de los Reyes, juzgaba «más verosímil» que los hubiera ordenado Esdras «sobre memorias o documentos originales» de testigos contemporáneos, y añadía que «siempre debemos creer como de fe que su primer Autor es el mismo Dios». Los estudiosos ven en él el final de la gran historia que va de Josué a Reyes y que mide a cada rey con la vara del Deuteronomio, el «libro de la ley» que, según la mayoría, se halló en el templo en tiempos de Josías (22,8; ver el ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio); su última página es posterior al 561 a. C., y muchos piensan que hubo una pri-

mera edición bajo ese mismo rey, aunque los detalles se discuten.

Pocos libros de la Biblia pueden compararse tanto con documentos de su época. En el obelisco negro de Salmanasar III, Jehú se postra ante el rey asirio el año 841 a. C.: es, probablemente, la única imagen que conservamos de un rey de Israel. Senaquerib se jacta en sus anales de haber encerrado a Ezequías en Jerusalén «como a un pájaro en su jaula», pero no dice que la tomara, y en su palacio de Nínive hizo esculpir el asedio de Laquis (ver el recuadro de Dt 20). En el túnel de Siloé, que la mayoría de los estudiosos atribuye a Ezequías (20,20), una inscripción recuerda el encuentro de las dos cuadrillas que lo excavaban. La Crónica babilónica fecha la primera toma de Jerusalén a mediados de marzo del 597 a. C., y unas tablillas de Babilonia de hacia el 592 a. C. registran las raciones de aceite de «Joaquín, rey de Judá», y de sus hijos (25,27-30). La Iglesia pide leer el libro según su género y la verdad que Dios quiso enseñar «para nuestra salvación» (*Dei Verbum*, nn. 11-12), y la Pontificia Comisión Bíblica recuerda que en Samuel y Reyes «el Señor es el autor principal de la historia de su pueblo; anuncia los acontecimientos, y hace que ocurran» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 15).

Cómo leerlo

El narrador juzga a cada rey con una sola pregunta: si fue fiel al único Dios y a su único santuario. Casi todos «hicieron el mal en la presencia del Señor»; solo Ezequías y Josías reciben un elogio sin reservas (18,3-5; 23,25). Las caídas de Samaria y de Jerusalén no son accidentes de la política: los profetas las habían anunciado, y el capítulo 17 lo resume en un sermón en el que, como observa la Comisión Bíblica, el Señor «no anuncia desgracias a Israel y Judá, sino que los exhorta a convertirse» (n. 15). Y el libro no termina en la oscuridad: el rey Joaquín, desterrado hacía treinta y siete años, sale de la cárcel y come a la mesa del rey de Babilonia (25,27-30). La «lámpara» prometida a David (8,19) no se ha apagado, y el evangelio de Mateo continúa con ella la genealogía de Jesús (Mt 1,11-12). El destierro, enseña el Catecismo, fue un «aparente fracaso de las Promesas», en realidad «fidelidad misteriosa del Dios Salvador», y «lleva ya la sombra de la Cruz» (n. 710).

El Nuevo Testamento vuelve muchas veces a Elías y Eliseo. Elías, arrebatado al cielo en un torbellino cuando un carro de fuego lo separó de Eliseo (2,11), había de volver antes del día del Señor (Mal 3,23); Juan Bautista precede a Jesús «con el espíritu y el poder de Elías» (Lc 1,17; Catecismo, nn. 523 y 718), y en la Transfiguración Elías habla con Jesús de

su partida (Lc 9,30-31). Los milagros de Eliseo anuncian los de Jesús: el hijo de la sunamita, resucitado cerca del lugar donde Jesús devolverá la vida al hijo de la viuda de Naín (4,32-37; Lc 7,11-17); los veinte panes de cebada que sobran a cien hombres (4,42-44; Jn 6,9); el leproso Naamán, que Jesús recuerda en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,27). San Ambrosio explicaba a los recién bautizados que Naamán, al quedar limpio en el Jordán, comprendió que no es el agua, sino la gracia, la que purifica (*Sobre los misterios* 3,17).

Hay en el libro páginas muy duras: los muchachos despedazados por los osos (2,23-24), el rey de Moab que sacrifica a su hijo sobre la muralla (3,27), la madre que se comió a su hijo en el hambre de Samaria (6,28-29), las matanzas de Jehú (9 – 10), los niños que Acaz y Manasés hicieron «pasar por el fuego» (16,3; 21,6). La misma Escritura corrige a veces lo que este libro aprueba: el profeta Oseas anuncia castigo por «la sangre de Jezrael» que Jehú derramó (Os 1,4). Las notas explican estas páginas en su contexto y a la luz de la «divina pedagogía» de un Antiguo Testamento que contiene «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122); Benedicto XVI recordaba que en ellas «Dios elige un pueblo y lo va educando pacientemente» (*Verbum Domini*, n. 42).

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas. En la edición de 1824 imprimía en cursiva las palabras que añadía para aclarar el texto, como «asociado a su padre» (13,10) o el «Segundo» de Jeroboam II (14,16), y explicaba con glosas unidas por «o» las palabras difíciles: «los hijos o discípulos de los profetas» (2,3), «la milicia o constelaciones del cielo» (17,16), «pitones o nigrománticos» (21,6). No toda «o» del texto es glosa suya: a veces traduce dos palabras de la Vulgata («al rey o al general del ejército», 4,13; «por los delitos, o por los pecados», 12,16), y algunas, como «raerse, o borrarse» (21,13), «extravíos o errores» (17,19) o «abetos o hayas» (19,23), vienen de la edición revisada que sigue esta transcripción. Sigue a la Vulgata en lecturas que las notas comentan, como el «reloj» de Acaz, donde el hebreo habla de unas gradas (20,9-11), y conserva palabras antiguas: Jezabel «se pintó los ojos con alcohol» (9,30), el polvo negro que en castellano antiguo se llamaba así. A veces interpreta: donde la Vulgata dice que, tras el sacrificio del rey de Moab, hubo «gran indignación en Israel», él traduce «cosa que causó gran horror a los israelitas» (3,27). En una nota de 1824 dice que el libro hallado por Helcías era «el original escrito por Moisés» (22,8).

La numeración es la de la Vulgata; las Biblias que siguen el hebreo van un número por delante en el capítulo 12, como explica el colofón. La transcripción digital había sustituido la segunda mitad de 1,6 por un trozo de 25,28 y había perdido algunas palabras, como en 6,27, 9,10 y 17,3; en dos lugares decía lo contrario del texto: en 23,9 había cambiado por «Y» el «Ni» con que empieza el versículo, y en 9,15 Joram se retiraba «de» Jezrael en lugar de retirarse «a» Jezrael. Todo ello se ha corregido según la edición de 1824.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro, como el carro de fuego de Elías, la sunamita, Naamán, Jehú, Atalía y la lámpara de David, el sacrificio de los hijos, la caída de Samaria y los samaritanos, Ezequías y Senaquerib, la Pascua de Josías o el destierro y la esperanza. Todos aparecen en el índice.

Veinticinco palabras hebreas

Las palabras clave del segundo libro de los Reyes en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

מְלָכִים	**Melajim** · Reyes; el título hebreo de los dos libros, que en la Biblia hebrea son uno 3,10.23
אֵלִיָּהוּ	**Eliyahu** · Elías, «el Señor es mi Dios» (Catecismo, n. 2582) 1,3; 2,1
אֱלִישָׁע	**Elishá** · Eliseo, «Dios salva» 2,1
בַּעַל זְבוּב	**Baal Zebub** · «señor de las moscas», el dios de Ecrón; en el Evangelio, Beelzebul 1,2
אִישׁ הָאֱלֹהִים	**ish ha-Elohim** · varón de Dios, el título de Elías y sobre todo de Eliseo 1,9; 4,7
בְּנֵי־הַנְּבִיאִים	**bené ha-neviim** · los hijos, es decir, los discípulos, de los profetas 2,3; 4,38
סְעָרָה	**searah** · torbellino, tempestad 2,1.11
אַדֶּרֶת	**adéret** · el manto del profeta 2,8.13
פִּי־שְׁנַיִם	**pi-shnáyim** · porción doble, la parte del primogénito 2,9
רֶכֶב יִשְׂרָאֵל וּפָרָשָׁיו	**rékhev Yisrael u-farashav** · carro de Israel y su caballería 2,12; 13,14
אִשָּׁה גְּדוֹלָה	**ishá guedolá** · «una mujer grande», principal: la sunamita 4,8
מְצֹרָע	**metsorá** · leproso; de t*saráa*t, lepra 5,1; 7,3
לֵךְ לְשָׁלוֹם	**lej le-shalom** · «vete en paz» 5,19
יוֹם בְּשֹׂרָה	**yom besorá** · día de buena noticia; Torres Amat, «día de albricias» 7,9

נִיר	**nir** · lámpara: la descendencia de David, que no se apaga 8,19
קִנְאָה	**qinah** · celo 10,16; 19,31
בָּמוֹת	**bamot** · lugares altos, santuarios fuera de Jerusalén 12,3; 23,8
אֲשֵׁרָה	**asherá** · Aserá, diosa y poste sagrado; Torres Amat, «bosque» 13,6; 21,7; 23,6
הֶעֱבִיר בָּאֵשׁ	**heevir ba-esh** · hacer pasar por el fuego 16,3; 21,6
נְחֻשְׁתָּן	**Nejushtán** · la serpiente de bronce; Torres Amat, «Nohestán» 18,4
בָּטַח	**batáj** · confiar 18,5.19-22
שְׁאֵרִית	**sheerit** · resto 19,4.31
סֵפֶר הַתּוֹרָה	**séfer ha-torá** · el libro de la ley 22,8.11
פֶּסַח	**pésaj** · Pascua 23,21-23
גָּלוּת	**galut** · destierro; del verbo *galá*, «deportar» 17,6; 25,21.27

El segundo libro de los Reyes en la liturgia

La Iglesia lee los milagros de Eliseo en algunos domingos y en Cuaresma, y el resto del libro en las ferias del tiempo ordinario de los años pares.

Domingos y Cuaresma

Celebración	Lectura
13.º domingo del tiempo ordinario, ciclo A	2 Re 4,8-11.14-16a (la sunamita), con el Salmo 89 y Mt 10,37-42: «el que recibe a un profeta…»
17.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	2 Re 4,42-44 (veinte panes de cebada), con el Salmo 145 y la multiplicación de los panes (Jn 6,1-15)
28.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C	2 Re 5,14-17 (Naamán), con el Salmo 98 y los diez leprosos (Lc 17,11-19)
Lunes de la 3.ª semana de Cuaresma	2 Re 5,1-15ab (Naamán), con los Salmos 42 y 43 y Lc 4,24-30: «ninguno fue curado sino Naamán, el sirio»

Ferias, Liturgia de las Horas y Oriente

Celebración	Lectura
Miércoles de la 11.ª semana, año par	2 Re 2,1.6-14 (Elías arrebatado al cielo), con el Salmo 31; el jueves sigue el elogio de Elías y Eliseo (Si 48,1-14)
Viernes de la 11.ª semana, año par	2 Re 11,1-4.9-18.20 (Atalía y el niño Joás), con el Salmo 132
Lunes y martes de la 12.ª semana, año par	La caída de Samaria (2 Re 17,5-8.13-15a.18), con el Salmo 60; Ezequías y Senaquerib (2 Re 19,9b-11.14-21.31-35a.36), con el Salmo 48
Miércoles de la 12.ª semana, año par	2 Re 22,8-13; 23,1-3 (el libro de la ley), con el Salmo 119
Jueves y viernes de la 12.ª semana, año par	El destierro de Joaquín (2 Re 24,8-17), con el Salmo 79; la caída de Jerusalén (2 Re 25,1-12), con el Salmo 137: «Junto a los ríos de Babilonia»
Oficio de lectura, sábado de la 15.ª semana del tiempo ordinario	2 Re 2,1-15, con un texto de san Ambrosio sobre la Eucaristía
Laudes del martes de la semana II	El cántico de Ezequías enfermo (Is 38,10-14.17-20), que responde a 2 Re 20
Iglesias de rito bizantino	Vísperas de la Teofanía (5 de enero): 2 Re 2,6-14; 5,9-14; 2,19-22; fiesta del profeta Elías (20 de julio): 2 Re 2,1.6-14

Las referencias del Leccionario siguen la numeración hebrea, que aquí solo difiere desde 11,21 hasta el final del capítulo 12; ninguna de estas lecturas cae en esos versículos.

1

Ocozías y el fuego del cielo

El capítulo continúa sin pausa el final de 1 Reyes: Ocozías, hijo de Acab, reina en Samaria. Herido en una caída, manda consultar a Baal Zebub, el dios filisteo de Ecrón, y Elías sale al paso de sus mensajeros con una pregunta que se repite tres veces: «¿No hay Dios en Israel?» (vv. 3.6.16). El relato tiene tres tiempos: la consulta y el oráculo (vv. 1-8), los tres capitanes enviados a prender al profeta, dos consumidos por el fuego y el tercero perdonado (vv. 9-15), y la muerte del rey (vv. 16-18). Es el último choque de Elías con la casa de Acab.

Ocozías consulta a Beelzebub

1 Después de la muerte de Acab [1] se rebelaron los moabitas
contra Israel. 2 Sucedió también que Ocozías cayó desde la
ventana de un aposento alto [2] del palacio que tenía en Sa-
maria, y enfermó de la caída. Y despachó unos mensaje-
ros, diciéndoles: Id a consultar a Beelzebub, dios de
Accarón [3], si podré convalecer de esta enfermedad [4]. 3 Al
mismo tiempo el ángel del Señor habló a Elías, tesbita [5],
diciendo: Marcha y sal al encuentro de los mensajeros del
rey de Samaria, y diles: Pues, ¿no hay Dios en Israel que
vais a consultar [6] a Beelzebub, dios de Accarón? 4 Por tan-
to, esto dice el Señor: De la cama en que te has acostado no

te levantarás [7], sino que morirás infaliblemente. Dicho esto, se marchó Elías.

[5] Y se volvieron los mensajeros a Ocozías. El cual les dijo: ¿Por qué os habéis vuelto? [8] [6] A lo que respondieron: Hemos encontrado un hombre, y nos ha dicho: Id y volved al rey que os ha enviado, y decidle: Esto dice el Señor: ¿Acaso no hay Dios en Israel, que envías a consultar a Beelzebub, dios de Accarón? Por lo mismo, pues, de la cama en que te acostaste no te levantarás [9], sino que morirás sin remedio. [7] Les preguntó el rey: ¿Qué figura y traje tiene ese hombre que os ha salido al encuentro, y dicho estas palabras? [8] Respondieron ellos: Es un hombre cubierto de pelo, y que va ceñido con un cinto de cuero [10]. Dijo el rey: Ese es Elías, tesbita [11].

Los tres capitanes

[9] Y destacó un capitán de cincuenta soldados, con los cincuenta que le estaban subordinados; el cual salió en busca de él; y hallándolo sentado en la cima del monte, le dijo: Varón de Dios, el rey ha mandado que bajes de ahí [12]. [10] Elías en respuesta dijo al capitán de los cincuenta: Si yo soy varón de Dios, baje fuego del cielo [13] que te devore a ti y a tus cincuenta. Descendió, pues, fuego del cielo, y lo devoró [14] a él y a los cincuenta soldados que consigo tenía. [11] Destacó nuevamente Ocozías contra él a otro capitán de cincuenta hombres con los cincuenta; el cual le dijo: Va-

rón de Dios, el rey lo manda, baja presto [15]. [12] Respondió Elías: Si yo soy varón de Dios, caiga fuego del cielo, y devórete a ti y a tus cincuenta. Bajó, pues, fuego del cielo, y lo devoró a él y a sus cincuenta.

[13] Tercera vez destacó Ocozías otro capitán de cincuenta hombres con sus cincuenta; el cual luego que llegó, se hincó de rodillas en frente de Elías [16], y le suplicó diciendo: Varón de Dios, sálvame la vida, y salva también la de tus siervos que me acompañan. [14] Ya sé que ha bajado fuego del cielo, y devorado a los dos primeros capitanes de cincuenta hombres y a los cincuenta que cada uno mandaba. Mas ahora yo te suplico que te apiades de mí. [15] Entonces el ángel del Señor habló a Elías, diciendo: Desciende y vete con él, no temas [17]. Se levantó pues; y marchó con él a encontrar al rey,

Muerte de Ocozías

[16] al cual dijo: Esto dice el Señor: Por cuanto enviaste mensajeros a consultar a Beelzebub, dios de Accarón, como si no hubiera Dios en Israel, a quien pudieras consultar [18], por esto, de la cama en que te acostaste no te levantarás; sino que morirás indefectiblemente. [17] Murió, pues, según la palabra del Señor, pronunciada por Elías; y como no tenía hijo ninguno, lo sucedió en el trono su hermano Joram, en el año segundo del otro Joram hijo de Josafat, rey de Judá [19]. [18] En orden a lo demás que hizo Ocozías, ¿no

está todo escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel [20]?

¿Sabías que?

El *señor de las moscas* (1954), la novela de William Golding, premio Nobel de Literatura en 1983, toma su título de la traducción literal de Baal Zebub. En ella, unos niños náufragos en una isla desierta acaban dominados por el miedo y la violencia, y el «señor de las moscas» es una cabeza de cerdo clavada en una estaca y cubierta de moscas, que han dejado como ofrenda a «la bestia». Tres siglos antes, John Milton había hecho de Beelzebub el lugarteniente de Satanás en El *paraíso perdido* (1667), «el más cercano a él en poder, y en crimen». El dios de Ecrón al que Ocozías pidió un pronóstico terminó siendo, en la literatura, uno de los nombres del mal.

PAUSA

1. Ocozías buscó respuestas lejos del Dios de Israel. ¿Dónde buscas tú seguridad cuando estás enfermo o tienes miedo del futuro?
2. El tercer capitán se salvó porque se arrodilló y pidió. ¿Qué actitud tuya necesita pasar de la exigencia a la súplica?
3. Jesús reprendió a los que pedían fuego del cielo. ¿Hay alguien sobre quien, en el fondo, desearías ese fuego?

Para orar. *Señor, Dios de Israel, que en la enfermedad y en la duda te busque solo a ti, y que mi celo no queme a nadie.*

2

Elías arrebatado al cielo

Pocas escenas de la Biblia tienen la fuerza de esta despedida. Elías y Eliseo recorren juntos el último camino, de Gálgala a Betel, a Jericó y al Jordán; tres veces intenta el maestro quedarse solo, y tres veces se niega el discípulo (vv. 1-8). Al otro lado del río, Eliseo pide la herencia del primogénito, y un carro de fuego los separa (vv. 9-12). Con el manto de Elías, Eliseo vuelve a dividir el Jordán y los discípulos lo reconocen como sucesor (vv. 13-18). El capítulo termina con dos escenas opuestas: el agua de Jericó sanada y la maldición de los muchachos de Betel (vv. 19-25).

El último camino de Elías

1 Y sucedió que cuando el Señor quiso arrebatar al cielo a
Elías en un torbellino de fuego [1], venían Elías y Eliseo ca-
minando de Gálgala [2]. 2 Y dijo Elías a Eliseo: Quédate
aquí, porque el Señor me envía a Betel. Al cual respondió
Eliseo: Te juro por el Señor y por tu vida, que no te
dejaré [3]. Llegados que fueron a Betel, 3 fueron los hijos o
discípulos de los profetas [4] que estaban allí a encontrar a
Eliseo y le dijeron: ¿No sabes tú cómo hoy se llevará el Se-
ñor a tu amo? Sí que lo sé, respondió él; callad.

4 Dijo nuevamente Elías a Eliseo: Quédate aquí, porque el
Señor me envía hasta Jericó. Te juro por el Señor y por tu
vida, le respondió, que no te dejaré. Así que llegaron a Je-
ricó, 5 se acercaron a Eliseo los hijos de los profetas que
moraban allí y le dijeron: ¿No sabes tú que hoy el Señor se
llevará a tu amo? Sí, lo sé, respondió él; pero callad. 6 Le
dijo otra vez Elías: Quédate aquí, porque el Señor me envía
hasta el Jordán. Le replicó Eliseo: Te juro por el Señor y
por tu vida que no me apartaré de ti. Marcharon, pues,
ambos;

7 y los fueron siguiendo cincuenta de los hijos de los profe-
tas, los cuales se detuvieron a lo lejos en frente de ellos [5],
mientras que los dos se pararon en la orilla del Jordán.
8 Entonces Elías se quitó el manto, y lo dobló, e hirió con él
las aguas [6], las cuales se dividieron a uno y otro lado y pa-
saron los dos a pie enjuto.

El carro de fuego

9 Así que hubieron pasado, dijo Elías a Eliseo: Pide lo que
quieras que yo haga por ti, antes que sea de ti separado. Y
Eliseo dijo: Pido que sea duplicado en mí tu espíritu [7].
10 Contestó Elías: Cosa difícil es la que has pedido [8]. No
obstante, si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado de
tu lado, tendrás lo que has pedido; mas si no me vieres, no
lo tendrás. 11 Así proseguían su camino andando y hablan-
do entre sí, cuando he aquí que un carro de fuego, con ca-

ballos también de fuego [9] separó de repente al uno del otro, y Elías subió al cielo en un torbellino. [12] Estaba Eliseo mirándolo, y gritaba: Padre mío, Padre mío, carro armado de Israel, y conductor suyo [10]. Y ya no lo volvió a ver más. Entonces asió sus vestidos, y los rasgó en dos partes en señal de dolor [11].

[13] Recogió después el manto, que se le había caído a Elías [12], y volviéndose se paró en la ribera del Jordán; [14] y con el manto que se le cayera a Elías hirió las aguas, las cuales no se dividieron. Por lo que dijo: ¿Dónde está ahora el Dios de Elías? [13] Hirió nuevamente las aguas, y se dividieron a un lado y a otro; con lo que pasó Eliseo.

[15] Así que vieron esto los hijos de los profetas, que habían venido de Jericó, y estaban en la orilla opuesta, dijeron: El espíritu de Elías ha reposado sobre Eliseo [14], y saliéndole al encuentro, le hicieron profunda reverencia postrados en tierra, [16] y le dijeron: Aquí hay entre tus siervos cincuenta hombres robustos que pueden ir en busca de tu amo, no sea que el espíritu del Señor lo haya arrebatado [15] y arrojado sobre algún monte o en algún valle. Respondió Eliseo: No tenéis que enviarlos. [17] Tanto le importunaron que al cabo condescendió, y les dijo: Pues bien, enviadlos. Enviaron, pues, cincuenta hombres, que habiéndole buscado tres días, no lo hallaron [16]. [18] Por lo que se volvieron

a Eliseo, que moraba en Jericó, el cual les dijo: ¿No os respondí yo: No tenéis que enviarlos?

Eliseo en Jericó y en Betel

19 Por este tiempo dijeron también a Eliseo los vecinos de
la ciudad: Bien ves que la situación de esta ciudad es
bellísima [17], como tú mismo, señor, lo estás conociendo;
pero las aguas son muy malas y la tierra estéril. 20 A lo que
les contestó: Traedme una vasija nueva, y echad sal en
ella [18]. Habiéndosela traído, 21 se fue al manantial de las
aguas, echó en él la sal, y dijo: Esto dice el Señor: Yo he he-
cho saludables estas aguas [19], y nunca más serán causa de
muerte ni de esterilidad. 22 Desde entonces quedaron salu-
dables las aguas hasta el día de hoy, conforme a la palabra
pronunciada por Eliseo [20].

23 De aquí pasó a Betel, y cuando iba subiendo por el ca-
mino, salieron de la ciudad unos muchachos, y le
motejaban [21], diciendo: Sube, oh calvo: calvo, sube.
24 Eliseo, volviéndose hacia ellos, los miró, y maldijo en
nombre del Señor [22]; y saliendo dos osos del bosque, des-
pedazaron a cuarenta y dos de aquellos muchachos.
25 Partió en seguida Eliseo al monte Carmelo [23], desde
donde se volvió a Samaria.

¿Sabías que?

Los osos de Betel inquietaron a los lectores desde antiguo. El Talmud dedica al episodio una larga discusión: si los vecinos de Jericó hubieran acompañado a Eliseo al despedirlo, como pide la cortesía, no habría ocurrido; los muchachos vivían de vender agua a Jericó y se quedaron sin oficio cuando el profeta sanó el manantial, y por eso le gritaban «calvo», es decir, «nos has dejado pelado este lugar»; y nearim, «muchachos», se lee como «vacíos de mandamientos»: eran mayores de edad, pero se portaban como niños (Sotá 46b). San Agustín, comentando el Salmo 47 (46 en la Vulgata), vio en la escena una figura de la Pasión: los que gritan «calvo» al profeta que sube son los que se burlaron de Cristo en el Calvario, y Eliseo, dice, obró así «no tanto por crueldad como por misterio» (*Comentarios a los Salmos* 46,1).

Elías en toda la Biblia

Texto	Qué pasa	Matiz
1 Re 17	La sequía; Carit; Sarepta	El pan y la vida los da el Señor
1 Re 18	El sacrificio del Carmelo	«¿Hasta cuándo cojearéis…?»
1 Re 19	El Horeb; llama a Eliseo	Dios en un aura suave
1 Re 21	La viña de Nabot	El profeta ante el rey injusto
2 Re 1	Beelzebub; los capitanes	«¿No hay Dios en Israel?»
2 Re 2,1-18	Arrebatado al cielo	Su espíritu pasa a Eliseo
2 Cr 21,12-15	Carta a Joram de Judá	Un enigma de fechas
Mal 3,23-24	«Os enviaré a Elías»	Antes del día del Señor
Si 48,1-12	Elogio de Elías	«Surgió como un fuego»
Lc 1,17; Mt 17,12	Juan Bautista	«Con el espíritu y el poder de Elías»
Lc 4,25-26	Jesús en Nazaret	Enviado a una extranjera
Lc 9,30-31.54-55	Transfiguración; el fuego	Habla de la «partida» de Jesús, que no quiere fuego
Rom 11,2-4	«Siete mil» fieles	Siempre queda un resto
Sant 5,17-18	Su oración y la lluvia	«Hombre como nosotros»

Su nombre significa «El Señor es mi Dios», y el Catecismo lo llama «el padre de los profetas» (n. 2582). No dejó ningún libro, pero ningún profeta marcó tanto la espera de Israel.

PARA PROFUNDIZAR

El carro de fuego: Elías arrebatado al cielo

Elías no muere en este libro: desaparece. El relato está construido con cuidado. Maestro y discípulo bajan de Gálgala a Betel, de Betel a Jericó y de Jericó al Jordán: es el camino de Josué al revés (Jos 3 – 6), como si el profeta saliera de la tierra por la puerta por donde Israel entró. Tres veces pide Elías a Eliseo que se quede, y tres veces Eliseo jura que no lo dejará (2,2.4.6). En la orilla, Elías dobla su manto, hiere las aguas, y el Jordán se abre como el mar ante Moisés. Al otro lado, el maestro ofrece a su discípulo lo que quiera, y Eliseo pide la «porción doble», la herencia del primogénito (ver nota a 2,9). La condición es ver: «si tú me vieres al tiempo que sea arrebatado» (2,10).

Lo que sigue se cuenta en una frase: un carro de fuego con caballos de fuego los separa, y Elías sube al cielo en un torbellino (2,11). El texto dice poco, y conviene no hacerle decir más. No habla de muerte ni de sepulcro, y los cincuenta hombres que buscan a Elías durante tres días no lo encuentran (2,17). La Biblia solo había contado algo parecido de Henoc, a quien «Dios tomó» (Gn 5,24; Heb 11,5). Los teólogos medievales se preguntaron adónde fue llevado, si nadie podía entrar en el cielo antes de la Pasión de Cristo; santo Tomás respondió que Elías fue elevado al cielo de la atmósfera, no a la morada de los santos, que solo abrió la Pascua de Cristo (*Suma teológica* III, q. 49, a. 5, ad 2). Lo que el narrador quiere decir es más sencillo: la vida de este hombre de Dios terminó en las manos de Dios.

Ese final abierto alimentó una esperanza. El último de los profetas anuncia: «yo os enviaré al profeta Elías antes que venga el día del Señor», para que convierta el corazón de los padres hacia los hijos (Mal 3,23-24). El Sirácida canta a Elías, «arrebatado en un torbellino de fuego» y destinado a calmar la ira de Dios y restablecer las tribus de Jacob (Si 48,9-10), y la Pascua judía guarda todavía un lugar para él (ver Éx 6). Torres Amat, con muchos Padres, sostenía que Elías vendrá antes del juicio final. Tertuliano pensaba que Henoc y Elías volverían para morir mártires frente al Anticristo (*Sobre el alma* 50), y muchos han reconocido a Elías en uno de los dos testigos del Apocalipsis, que tienen poder para cerrar el cielo y de cuya boca sale fuego (Ap 11,3-6), aunque esa es una interpretación entre otras.

El Nuevo Testamento da a esa espera un rostro inesperado. El ángel anuncia que Juan Bautista irá delante del Señor «con el espíritu y el poder de Elías» (Lc 1,17), y Jesús dice de él: «es Elías, el que había de venir» (Mt 11,14; 17,10-13), aunque Juan, cuando le preguntan, niega ser Elías en persona (Jn 1,21). El Catecismo lo resume: Juan es «Elías que debe venir» (n. 718; ver n. 523). Muchos pensaban que Jesús mismo era Elías (Mc 8,28), y al pie de la cruz, al oírle gritar, alguien creyó que lo llamaba (Mc 15,35-36). En la Transfiguración, Elías aparece con Moisés y habla con Jesús de su «partida», que iba a cumplirse en Jerusalén (Lc 9,30-31; Catecismo, nn. 554-555).

La tradición ha subrayado también la diferencia entre los dos finales. San Gregorio Magno observaba que Elías subió en un carro, porque un simple hombre necesitaba ayuda ajena, mientras que de Cristo no se lee que lo llevaran carros ni ángeles, porque

el que lo había hecho todo subió por su propio poder (*Homilías sobre los Evangelios* 29; ver Lc 24,51; Hch 1,9-11). Pero hay también un parecido hondo: como Eliseo, que ve partir a su maestro y recibe su espíritu, los discípulos ven a Jesús elevarse y reciben el Espíritu Santo en Pentecostés (Hch 1,8-9; 2,1-4). El Catecismo cita a Elías y Eliseo para explicar cómo el carisma de un santo se transmite a sus discípulos (n. 2684), y la orden del Carmen, nacida en el monte de Elías a finales del siglo XII, lo venera como padre. El manto cae, pero la obra continúa: Dios no se lleva a sus profetas sin dejar a alguien que recoja su espíritu (ver el cuadro de este capítulo).

PAUSA

1. Eliseo no quiso separarse de su maestro. ¿Quién te ha guiado en la fe, y cómo le estás siendo fiel?
2. Eliseo pidió la herencia del espíritu, no bienes. ¿Qué le pedirías tú a Dios si te dijera: «Pide lo que quieras»?
3. El manto cayó, y Eliseo tuvo que recogerlo. ¿Qué tarea de quienes te precedieron te toca continuar a ti?

Para orar. *Señor, Dios de Elías, que tu espíritu repose también sobre mí, para seguir el camino que otros abrieron.*

3

La guerra contra Moab

Tras un breve retrato de Joram, hijo de Acab (vv. 1-3), el capítulo cuenta la campaña de tres reyes, Joram de Israel, Josafat de Judá y el rey de Edom, contra Mesa de Moab, que había dejado de pagar tributo (vv. 4-12). Perdidos sin agua en el desierto de Edom, acuden a Eliseo, que al son del arpa anuncia agua sin lluvia y victoria (vv. 13-20). El agua enrojecida engaña a los moabitas, y Moab es devastado (vv. 21-25); pero el final es inesperado y sombrío: el rey de Moab sacrifica a su primogénito sobre la muralla, y los israelitas se retiran (vv. 26-27).

Joram, rey de Israel

1 Joram, hijo de Acab, comenzó a reinar sobre Israel en Samaria el año decimoctavo de Josafat [1], rey de Judá; y
reinó doce años. 2 E hizo el mal delante del Señor; mas no
como su padre y madre; pues quitó las estatuas de Baal,
que había hecho su padre [2]. 3 No obstante imitó los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat [3], que hizo pecar a Israel;
y no se apartó de ellos.

Tres reyes sin agua

4 Es de saber que Mesa, rey de Moab, criaba muchos
ganados [4], y pagaba al rey de Israel cien mil corderos y

cien mil carneros con sus vellones [5]. [5] Pero muerto Acab, rompió la alianza que tenía con el rey de Israel [6]. [6] Por esta causa el rey Joram salió entonces de Samaria, y pasó revista de todo Israel. [7] Y envió a decir a Josafat, rey de Judá: El rey de Moab se me ha rebelado; ven conmigo a hacerle guerra. Respondió Josafat: Iré; lo que es mío, es tuyo; mi pueblo es pueblo tuyo, y mis caballos tuyos son [7]. [8] Y añadió: ¿Qué camino tomaremos? A lo que le respondió Joram: El camino del desierto de Idumea [8].

[9] Marcharon, pues, el rey de Israel, el rey de Judá y el rey de Idumea [9], y anduvieron rodeando siete días de camino, y se hallaron sin agua para el ejército y para las bestias que llevaban detrás. [10] Dijo entonces el rey de Israel: ¡Ay, ay, ay de nosotros! El Señor nos ha juntado aquí tres reyes para entregarnos en poder de Moab. [11] Pero dijo Josafat: ¿No hay aquí algún profeta del Señor, para implorar por medio de él el socorro del Señor? A esto respondió uno de los criados del rey de Israel: Aquí está Eliseo, hijo de Safat, que daba aguamanos, o servía, a Elías [10]. [12] Dijo Josafat: El Señor habla por su boca [11]. Fueron, pues, a encontrarlo el rey de Israel, y Josafat, rey de Judá, y el rey de Idumea.

Eliseo y el arpista

[13] Mas Eliseo dijo al rey de Israel: ¿Qué tienes tú que ver conmigo? Anda, ve a los profetas de tu padre y de tu madre [12]. Le dijo el rey de Israel: ¿Por qué habrá juntado

el Señor estos tres reyes para entregarlos en manos de Moab? 14 Vive el Señor de los ejércitos, en cuya presencia estoy [13], respondió Eliseo, que si no respetara a Josafat, rey de Judá, no te hubiera atendido, ni aun siquiera mirándote la cara. 15 Mas ahora traedme acá uno que taña el arpa [14]. Y mientras éste cantaba al son del arpa, la virtud del Señor se hizo sentir sobre Eliseo, el cual dijo:

16 Esto dice el Señor: Cavad en la madre de este torrente, haciendo fosas y más fosas; 17 pues el Señor dice así: No veréis viento, ni lluvia, y la madre de este torrente se henchirá de aguas [15], y beberéis vosotros, y vuestras tropas, y vuestras bestias. 18 Y esto aun es lo de menos en los ojos del Señor; porque además entregará también a Moab en vuestras manos. 19 Y destruiréis todas las plazas fuertes, y todas las ciudades principales, y cortaréis todos los árboles frutales [16], y cegaréis todos los manantiales de aguas, y sembraréis de piedras todos los campos más fértiles. 20 En efecto, llegada la mañana, al tiempo que suele ofrecerse el sacrificio [17], ya las aguas venían corriendo por el camino de Edom; y se inundó de agua todo aquel terreno.

La victoria y el sacrificio

21 Al mismo tiempo los moabitas todos a una, oyendo que aquellos reyes habían salido a campaña contra ellos, convocaron a todos los hombres aptos para la guerra, y vinieron a esperarlos en las fronteras. 22 Y habiéndose levanta-

do al apuntar el día, luego que los rayos del sol brillaron sobre las aguas, les parecieron éstas rojas como sangre [18].
[23] Por lo cual dijeron: Sangre de batalla es; los reyes han peleado contra sí, y se han acuchillado unos a otros; corre ahora, oh Moab, a recoger la presa.

[24] En efecto, corrieron al campamento de Israel; mas los israelitas, puestos sobre las armas, dieron contra los moabitas, y los pusieron en fuga. Con esto fueron tras ellos los vencedores, y destrozaron a Moab; [25] destruyeron sus ciudades; llenaron de piedras, que cada uno echaba, los campos más fértiles; cegaron todos los manantiales de las aguas, y cortaron todos los árboles frutales; de suerte que solamente quedaron los muros de ladrillos o el castillo [19]; mas la ciudad fue cercada por los honderos, y en gran parte derribada.

[26] Habiendo visto, pues, el rey de Moab que los enemigos prevalecían, tomó consigo setecientos hombres valerosos con espada en mano, para forzar el campo del rey de Idumea, y escaparse: pero no pudo lograr su intento. [27] Y arrebatando a su hijo primogénito, que debía sucederle en el reino, lo ofreció en holocausto sobre la muralla [20]; cosa que causó gran horror a los israelitas, y así al punto se retiraron de allí volviendo a sus casas.

¿Sabías que?

Qir-Jaréset, la ciudad cercada en el v. 25, es casi con seguridad la actual Kerak, en Jordania, sobre un espolón rocoso que domina desde el este la depresión del mar Muerto. Allí levantaron los cruzados, hacia 1142, una de sus mayores fortalezas, el Crac de Moab, que vigilaba las rutas de caravanas entre Siria, Egipto y Arabia. Saladino la asedió en 1183, mientras dentro se celebraba una boda, y la tomó en 1188, tras un largo cerco. Sus murallas todavía se visitan. Curiosamente, la glosa de Torres Amat resultó certera: en la ciudad de los «muros de arcilla» hay hoy un castillo.

La guerra de Moab según la Biblia y según Mesa

2 Reyes 1 y 3	Estela de Mesa
Moab, sometido, se rebela «después de la muerte de Acab» (1,1; 3,5)	Omrí «oprimió a Moab muchos días», y su hijo también; Israel ocupó Madaba «cuarenta años»
Mesa pagaba cien mil corderos y la lana de cien mil carneros (3,4)	Del tributo no dice nada
El narrador mira los pecados de los reyes de Israel (3,2-3)	Moab sufría porque «Kemós estaba airado con su tierra»
Coalición de Israel, Judá y Edom por el desierto de Edom (3,6-9)	Solo habla de ciudades de Israel: Atarot, Nebo, Yahas
Eliseo anuncia agua y victoria, y Moab huye (3,16-24)	Solo victorias de Moab: «Kemós me dijo: Ve, toma Nebo»
Israel destruye ciudades, tala árboles, ciega fuentes (3,19.25)	Mesa mata a los siete mil de Nebo, consagrados a Astar-Kemós, y se lleva los objetos de YHWH
Qir-Jaréset, cercada por los honderos (3,25)	Mesa construye Qarjó, su barrio real en Dibón, con prisioneros de Israel
El primogénito, sacrificado sobre la muralla (3,27)	Ningún sacrificio de un hijo
Israel se retira «a sus casas» (3,27)	«Israel pereció para siempre»

La estela de basalto que Mesa mandó grabar hacia el 840 a. C., hoy en el Louvre, se describe en el recuadro de Dt 7; aquí se cita en traducción libre. La estela solo cuenta victorias, y cada parte atribuye el resultado a su Dios. Las fechas de la estela y las de la Biblia son difíciles de encajar, y no está claro si las dos hablan de la misma guerra.

PAUSA

1. Joram pidió ayuda a Dios sin cambiar de vida. ¿Acudes a Dios solo cuando te falta el agua?
2. Eliseo pidió música para disponerse a escuchar al Señor. ¿Qué te ayuda a ti a hacer silencio y escuchar?
3. El capítulo termina con una victoria que deja horror. ¿Qué victorias tuyas han dejado heridas en otros?

Para orar. *Señor, que en la sed y en la lucha te busque a ti, y que ninguna victoria me haga olvidar tu misericordia.*

4

La viuda, la sunamita y los panes

Después de los reyes, los pobres. El capítulo reúne cuatro milagros de Eliseo en favor de gente sencilla: el aceite que libra de la esclavitud a los hijos de una viuda (vv. 1-7); el hijo que recibe una mujer de Sunam y que el profeta le devuelve vivo cuando muere (vv. 8-37); la olla envenenada que vuelve a ser comestible (vv. 38-41), y veinte panes que alcanzan para cien personas (vv. 42-44). Deudas, falta de hijos, muerte y hambre: Eliseo repite los gestos de Elías (1 Re 17) y anuncia los de Jesús, que devolverá la vida a un hijo único cerca de Sunam y multiplicará panes de cebada.

El aceite de la viuda

1 Vino a clamar a Eliseo la mujer de uno de los profetas [1],
diciendo: Mi marido, siervo tuyo, ha muerto; y bien sabes
que tu siervo era temeroso de Dios. Pero ahora viene su
acreedor para llevarse mis dos hijos y hacerlos esclavos
suyos [2]. 2 Le dijo Eliseo: ¿Qué quieres que yo haga por ti?
Dime: ¿qué tienes en tu casa? Ella respondió: No tiene tu
esclava otra cosa en su casa sino un poco de aceite para
ungirse [3]. 3 A la cual dijo: Anda y pide prestadas a todos
tus vecinos vasijas vacías en abundancia. 4 Entra después
en tu casa, y cierra la puerta, estando dentro tú y tus

hijos [4], y echa de aquel aceite en todas estas vasijas, y cuando estuvieren llenas las pondrás aparte.

5 Se fue, pues, la mujer, y se encerró en casa con sus hijos;
le presentaban éstos las vasijas y ella las llenaba. 6 Llenas
ya las vasijas, dijo a uno de los hijos: Tráeme todavía otra
vasija. Y respondió él: No tengo más. Entonces cesó de
multiplicarse el aceite [5]. 7 Fue luego ella, y se lo contó
todo al varón de Dios, el cual dijo: Anda, vende el aceite y
paga a tu acreedor; y de lo restante sustentaos tú y tus hi-
jos.

La sunamita

8 Pasaba un día Eliseo por la ciudad de Sunam, y había en
ella una señora de gran consideración [6], que lo detuvo a
comer; y como pasase por allí frecuentemente, se detenía
a comer en dicha casa. 9 Y dijo la señora a su marido: Ad-
vierto que este hombre que pasa con frecuencia por nues-
tra casa, es un varón santo de Dios [7]. 10 Dispongamos,
pues, para él un cuartito, y pongamos en él una cama, y
una mesa, y una silla, y un candelero [8], para que cuando
viniere a nuestra casa se recoja en él.

11 En efecto, habiendo llegado cierto día, se aposentó en
este cuartito, y allí reposó. 12 Y dijo a su criado Giezi: Lla-
ma a esa sunamita. La llamó Giezi, y ella se presentó a Eli-
seo, 13 el cual dijo a su criado: Dile de mi parte: Veo que nos

has asistido en todo con mucho esmero [9]. ¿Qué quieres que haga por ti? ¿Tienes algún negocio sobre el cual pueda yo hablar al rey o al general del ejército? Respondió ella: Yo vivo felizmente en medio de mis gentes [10]. [14] ¿Qué quiere, pues, replicó Eliseo, que haga yo por ella? Respondió Giezi: No hay que preguntárselo, supuesto que no tiene hijos, y que su marido es ya viejo.

[15] En consecuencia mandó que la llamase otra vez, y venido que hubo y parándose ante la puerta por respeto al profeta, [16] le dijo Eliseo: El año que viene, en este tiempo y en esta misma hora [11], dándote Dios vida, llevarás un hijo en tus entrañas. A lo que respondió ella: No quieras, señor mío, no quieras por tu vida, oh varón de Dios, engañar a tu sierva. [17] Mas en efecto, la mujer concibió y parió un hijo al tiempo y a la hora misma señalada por Eliseo.

El niño muerto y devuelto

[18] El niño fue creciendo; y habiendo salido un día para ir a encontrar a su padre, que estaba con los segadores, [19] dijo a su padre: La cabeza me duele, me duele la cabeza [12]. Dijo el padre a un criado: Tómalo y llévalo a su madre. [20] Habiéndolo éste cogido y llevado a su madre, lo tuvo ella sobre sus rodillas hasta el mediodía, en que murió. [21] Subió luego arriba, y lo puso sobre la cama del varón de Dios, y cerró la puerta; y habiendo salido,

22 llamó a su marido, a quien dijo: Despacha conmigo, te
ruego, alguno de los criados y una burra, para ir yo co-
rriendo al varón de Dios y volver luego. 23 Le dijo él: ¿Por
qué quieres ir a visitarlo? Hoy no es día de calendas, ni de
sábado [13]. Mas ella respondió: Déjame ir. 24 Hizo, pues,
aparejar la burra, y dijo al criado: Arrea, y date prisa, no
me hagas detener en el camino; y haz esto que te mando.

25 Partió, pues, y fue a encontrar al varón de Dios en el
monte Carmelo; quien al verla venir hacia él, dijo a Giezi,
su criado: Mira, aquella es la sunamita. 26 Sal a su encuen-
tro, y dile: ¿Lo pasáis bien tú, tu marido y tu hijo? Bien,
respondió ella [14]. 27 Mas así que llegó al monte y a la pre-
sencia del varón de Dios, se echó a sus pies [15] y acercándo-
se Giezi para apartarla, le dijo el varón de Dios: Déjala,
porque su alma está llena de amargura, y el Señor me la ha
ocultado, y no me ha revelado nada de eso. 28 Dijo enton-
ces ella: ¿Por ventura, oh señor mío, te pedí yo un hijo?
¿No te dije que no me engañaras?

29 Y él dijo a Giezi: Pon haldas en cinta, y toma en tu mano
mi báculo y marcha: si te encontrares con alguno, no te
pares a saludarlo [16]; si alguno te saludare, no te detengas a
responderle; y pondrás mi báculo sobre el rostro del niño.
30 Sin embargo, la madre del niño dijo a Eliseo: Te juro por
el Señor y por tu vida que no me iré sin ti [17]. Con esto se
puso Eliseo en camino, y la fue siguiendo. 31 Entretanto

Giezi había ido delante de ellos, y puesto el báculo sobre la cara del niño, el cual ni hablaba ni sentía. Y así volvió en busca de Eliseo, y le dio parte, diciendo: El niño no ha resucitado.

32 Entró, pues, Eliseo en la casa, y halló al niño muerto, y tendido sobre su cama. 33 Entrado que hubo, se encerró dentro con el niño, e hizo oración al Señor [18]. 34 Subió después sobre la cama, y se echó sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre los ojos, y sus manos sobre las manos [19]; y encorvado así sobre el niño, la carne del niño entró en calor. 35 Tras esto, levantándose dio dos vueltas por la habitación, y subió otra vez y se recostó sobre el niño. Entonces el niño bostezó siete veces, y abrió los ojos [20].

36 Y llamó a Giezi y le dijo: Avisa a esa sunamita. Vino ella y se presentó a Eliseo, el cual le dijo: Toma a tu hijo. 37 Se acercó ella, y se arrojó a sus pies, y lo veneró postrándose hasta el suelo; y tomando a su hijo, salió.

La olla y los panes

38 Y Eliseo se volvió a Gálgala. Había por aquel tiempo hambre en el país [21]; y los hijos de los profetas habitaban en su compañía. Por lo que dijo a uno de los sirvientes: Pon una olla grande, y cuece un potaje para los hijos de los profetas. 39 En esto, uno de ellos salió al campo a coger

hierbas silvestres, y halló una como parra o vid silvestre,
de que cogió unas tueras [22], cuantas pudo llevar en la fal-
da de su vestido y así que volvió las hizo rajas, y las echó en
la olla del potaje, sin saber qué cosa era. [40] Se las sirvieron,
pues, a los compañeros para que comiesen; mas luego que
probaron aquel potaje, gritaron diciendo: La muerte está
en esta olla [23], oh varón de Dios, y no pudieron atravesar
bocado. [41] Mas él: Traedme, dijo, harina; y así que se la tra-
jeron, la echó en la olla, y dijo: Ve repartiendo potaje a la
gente para que coma; y no hubo más rastro de amargura
en la olla.

[42] Vino a la sazón un hombre de Baalsalisa, que traía para
el varón de Dios panes de primicias, veinte panes de
cebada [24], y espigas de trigo nuevo en su alforja. Y dijo Eli-
seo a su criado: Dáselo a la gente para que coma. [43] A lo que
respondió el criado: ¿Qué es todo eso para ponerlo delante
de cien personas? [25] Replicó Eliseo nuevamente: Dáselo a
la gente para que coma; porque esto dice el Señor: Come-
rán, y sobrará. [44] Finalmente, lo puso delante de la gente y
comieron todos, y sobró, según la palabra del Señor [26].

¿Sabías que?

La coloquíntida (*Citrullus colocynthis*) es pariente cercana de la sandía, del mismo género botánico. Es una planta rastrera de los desiertos del norte de África, Arabia y el Próximo Oriente, con hojas recortadas que recuerdan las de la vid, y frutos del tamaño de una naranja, verdes con vetas amarillas. Su pulpa es tan amarga que se usó desde la Antigüedad como purgante violento, y en dosis altas es tóxica: un potaje con varias de ellas podía hacer daño de verdad. Algunos botánicos prefieren identificar las «calabazas silvestres» de este capítulo con otra planta purgante de la región, el pepinillo del diablo (*Ecballium elaterium*).

Los milagros de Eliseo y los de Jesús

Eliseo	Jesús	Matiz
El Jordán (2,14)	Su bautismo (Mc 1,9-11)	El mismo río; se abre el cielo
Jericó (2,19-22)	«Sois la sal de la tierra» (Mt 5,13)	Agua sanada con sal: un eco, no una copia
El aceite (4,1-7)	El vino de Caná (Jn 2,1-11)	Vasijas llenas hasta arriba
La sunamita (4,8-37)	Naín (Lc 7,11-17); Jairo (Mc 5,21-43)	Naín y Sunam, en el mismo monte
La olla (4,38-41)	«Si beben veneno…» (Mc 16,18)	Una promesa a los discípulos
Veinte panes (4,42-44)	Cinco panes de cebada (Jn 6,1-15)	«¿Qué es esto para tantos?»
Naamán (5)	Los leprosos (Mc 1,40-45; Lc 17,11-19)	Jesús lo recuerda en Nazaret (Lc 4,27)
El hacha (6,1-7)	—	A lo sumo, Jesús sobre el agua (Mc 6,48)
Dotán (6,17-23)	El ciego (Jn 9); «amad a vuestros enemigos» (Lc 6,27)	Abre ojos y alimenta al enemigo
Sus huesos (13,21)	Los sepulcros abiertos (Mt 27,52-53)	Un eco discutido

Lucas, el único evangelista que cuenta lo de Naín y recuerda a Naamán, parece leer a Jesús a la luz de Elías y Eliseo; como nota la Pontificia Comisión Bíblica, en su evangelio el mismo Jesús describe su ministerio con «las figuras proféticas de Elías y Eliseo» (*Inspiración y verdad*, n. 54).

PARA PROFUNDIZAR

La sunamita: la hospitalidad y el hijo devuelto

Es una de las mujeres más memorables del Antiguo Testamento, y no conocemos su nombre. Es «una mujer grande» de Sunam (ver nota a 4,8), rica e influyente, y su grandeza se ve primero en la hospitalidad. Empieza invitando a comer al profeta que pasa; luego, de acuerdo con su marido, le construye en la azotea un cuarto con cama, mesa, silla y candelero (4,10). No le da una limosna: le da un lugar. El Talmud observa que ella reconoció la santidad de Eliseo antes que su marido (ver nota a 4,9). Cuando el profeta quiere pagarle con influencias en la corte, responde con una frase que la retrata: «Yo vivo felizmente en medio de mis gentes» (4,13).

Precisamente a ella, que no pide nada, le llega el don que no se atrevía a desear. Giezi advierte que no tiene hijos y que su marido es viejo (4,14), y Eliseo le anuncia un hijo «en este tiempo», con palabras que recuerdan la promesa a Sara (Gn 18,10.14). Ella reacciona como quien ha aprendido a no esperar: «no quieras engañar a tu sierva» (4,16). El niño nace. Jesús dirá que «el que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta» (Mt 10,41), y la liturgia lee juntos los dos textos el 13.º domingo del tiempo ordinario, ciclo A.

Luego llega la noche. El niño, ya crecido, sale al campo con los segadores, se queja de la cabeza y muere al mediodía en las rodillas de su madre (4,19-20). Lo que sigue es el retrato de una fe sin palabras. La madre no llora en público ni da explicaciones: deja al niño en la cama del profeta, cierra la puerta, pide una burra y

sale hacia el Carmelo. A su marido y a Giezi les responde con una sola palabra, shalom, «bien» (4,23.26). Solo a los pies de Eliseo se quiebra, con el alma «llena de amargura» (4,27), y se atreve a reprocharle: «¿Te pedí yo un hijo? ¿No te dije que no me engañaras?» (4,28). Su queja es también fe: no se dirige a cualquiera, sino al único que puede hacer algo. Y no se conforma con el báculo enviado por medio de un criado: «no me iré sin ti» (4,30).

El báculo no despierta al niño. Eliseo entra, cierra la puerta, ora, y se tiende sobre él, boca con boca, ojos con ojos, manos con manos, hasta que el cuerpo entra en calor y el niño abre los ojos (4,33-35; ver nota a 4,34). Es la segunda vuelta a la vida que cuenta el Antiguo Testamento, después de la del hijo de la viuda de Sarepta (1 Re 17,17-24), y habrá otra junto a los huesos del mismo Eliseo (13,21). La Carta a los Hebreos recordará entre los testigos de la fe a «las mujeres que recobraron resucitados a sus muertos» (Heb 11,35).

Siglos después, al otro lado del monte de Moré, Jesús se cruzó en Naín con el entierro del hijo único de una viuda, tocó el féretro, lo devolvió vivo y «se lo entregó a su madre»; la gente decía: «un gran profeta se ha levantado entre nosotros» (Lc 7,11-17). En casa de Jairo hizo salir a todos, como Eliseo, y tomó de la mano a la niña (Mc 5,35-43). Pero hay una diferencia: Eliseo ora y se tiende sobre el niño; Jesús manda con su palabra: «Muchacho, a ti te digo, levántate» (Lc 7,14). El Catecismo explica que con estos signos Jesús anunciaba su propia resurrección, que «será de otro orden» (n. 994).

La historia de la sunamita no termina aquí. Años después, Eliseo le aconseja huir de una hambre de siete años; al volver encuentra su casa y sus tierras ocupadas, y el rey se las devuelve al oír a Giezi contar el milagro de su hijo (8,1-6). La mujer que abrió su casa al profeta recibió de Dios un hijo, la vida de ese hijo y, al final, su propia casa. Su historia es una lección sobre la hospitalidad, por la que algunos, «sin saberlo, hospedaron ángeles» (Heb 13,2), y sobre una fe que no se resigna ante la muerte (ver el cuadro de este capítulo).

PAUSA

1. La sunamita no dio una limosna, sino un lugar en su casa. ¿A quién podrías hacerle sitio en tu vida, y no solo darle algo?
2. Ante la muerte de su hijo, fue derecho al hombre de Dios y no se conformó con menos. ¿Con qué dolor necesitas ir así a Dios?
3. Eliseo multiplicó lo poco que la viuda tenía. ¿Qué «poco» tuyo podrías poner en manos de Dios?

Para orar. *Señor de la vida, que abra mi casa a los que tú envías, y que en la noche no me conforme con menos que contigo.*

5

Naamán el sirio

El general del ejército de Damasco, vencedor de Israel, tiene lepra, y una niña israelita cautiva en su casa le habla del profeta de Samaria. El capítulo tiene tres partes: el viaje de Naamán y el espanto del rey de Israel (vv. 1-7), la curación en el Jordán y la confesión de fe (vv. 8-19), y la codicia de Giezi, que se queda con la plata y con la lepra (vv. 20-27). Todo el relato juega con contrastes: grandes y pequeños, el extranjero y el israelita, el rito espectacular que Naamán esperaba y el agua sencilla que lo sana. La gracia de Dios no se compra.

Naamán, el general leproso

1 Naamán, general de los ejércitos del rey de Siria [1], era un
hombre de gran consideración y estima para con su amo;
pues por su medio había el Señor salvado la Siria; y era un
varón esforzado y rico, pero leproso [2]. 2 Habían salido de
Siria guerrillas [3], y cautivado en tierra de Israel a una
doncellita [4], que entró después a servir a la mujer de Naa-
mán, 3 la cual dijo a su señora: ¡Ah si mi amo fuera a verse
con el profeta que está en Samaria! Sin duda se curaría de
la lepra [5]. 4 Oído que hubo esto Naamán, entró a ver a su
señor, y le dio parte, diciendo: Esto ha dicho una doncella
de tierra de Israel.

5 El rey de Siria le respondió: Anda en hora buena; que yo
escribiré al rey de Israel. Partió, pues, llevando consigo
diez talentos de plata, con seis mil monedas de oro y diez
mudas de vestidos [6]; 6 y entregó la carta al rey de Israel,
escrita en estos términos: Por esta carta que recibirás sa-
brás que te he enviado a Naamán, mi criado, para que lo
cures de su lepra [7]. 7 Leído que hubo la carta el rey de Is-
rael, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo por ventura Dios,
que pueda quitar y dar la vida [8], para que éste me envíe a
decir que yo cure a un hombre de la lepra? Reparad, y ve-
réis cómo anda buscando pretextos contra mí.

Siete veces en el Jordán

8 Lo que habiendo llegado a noticia de Eliseo, varón de
Dios, esto es, que había el rey de Israel rasgado sus vesti-
dos, envió a decirle: ¿Por qué has rasgado tus vestidos?
Que venga ese hombre a mí, y sabrá que hay profeta en
Israel [9]. 9 Llegó, pues, Naamán con sus caballos y carro-
zas, y se paró a la puerta de la casa de Eliseo. 10 Y le envió a
decir Eliseo por tercera persona [10]: Anda, y lávate siete ve-
ces en el Jordán, y tu carne recobrará la sanidad, y queda-
rás limpio.

11 Indignado Naamán, se retiraba diciendo: Yo pensaba
que él habría salido luego a recibirme, y que, puesto en
pie, invocaría el nombre del Señor Dios suyo, y tocaría con
su mano el lugar de la lepra [11], y me curaría. 12 Pues, ¿no

son mejores el Abana y el Farfar, ríos de Damasco [12], que
todas las aguas de Israel, para lavarme en ellos y limpiar-
me? Como volviese, pues, las espaldas, y se retirase enoja-
do, [13] se llegaron a él sus criados, y le dijeron: Padre, aun
cuando el profeta te hubiese ordenado una cosa
dificultosa [13], claro está que deberías hacerla; ¿pues cuán-
to más ahora que te ha dicho: Lávate, y quedarás limpio?
[14] Fue, pues, y se lavó siete veces en el Jordán conforme a
la orden del varón de Dios, y se volvió su carne como la
carne de un niño tierno [14], y quedó limpio.

[15] Volviendo en seguida con toda su comitiva al varón de
Dios, se presentó delante de él, diciendo: Verdaderamente
conozco que no hay otro Dios en el universo, sino sólo el
de Israel [15]. Te ruego, pues, que admitas este presente de
tu siervo. [16] Mas él respondió: Vive el Señor Dios, ante
cuya presencia estoy [16], que no lo recibiré. Y por más ins-
tancias que le hizo, de ningún modo quiso condescender.
[17] Al fin dijo Naamán: Sea como tú quieres; pero te suplico
que me permitas a mí, siervo tuyo, el llevarme la porción
de tierra que cargan dos mulos [17]; porque ya no sacrificará
tu siervo de aquí adelante holocaustos ni víctimas a dioses
ajenos, sino sólo al Señor. [18] Mas una cosa hay solamente
por la que has de rogar al Señor a favor de tu siervo, y es
que cuando entrare mi amo en el templo de Remmón para
adorarlo [18], apoyándose sobre mi mano, si yo me inclino

en el templo de Remmón, para sostenerlo al tiempo de hacer él su adoración en el mismo lugar, el Señor me perdone a mí, siervo tuyo, este ademán. 19 Le respondió Eliseo:
Vete en paz. Partió, pues, Naamán; y era entonces la mejor
estación del año [19].

La codicia de Giezi

20 Giezi, sirviente del varón de Dios, dijo: Mi amo ha andado muy comedido con este Naamán de Siria, no queriendo aceptar nada de lo que le ha traído. Vive Dios que he de ir corriendo a alcanzarlo [20] y sacar de él alguna cosa. 21 Echó, pues, a correr en seguimiento de Naamán; el cual viéndolo venir corriendo hacia sí, saltó luego del coche a su encuentro [21], y dijo: ¿Va todo bien? 22 Bien, contestó Giezi. Pero mi amo me envía a decirte: Acaban de llegar dos jóvenes de la montaña de Efraín, de los hijos de los profetas [22]; dame para ellos un talento de plata y dos mudas de vestidos. 23 Dijo Naamán: Mejor es que tomes dos talentos; y lo obligó a tomarlos; y poniendo y atando en dos talegos los dos talentos de plata y las dos mudas de vestidos, hizo que dos de sus siervos cargaran con ellos, y que los llevasen yendo delante de Giezi. 24 Llegado que hubo, ya al anochecer [23], los tomó de sus dos manos, y los guardó en su casa, y despachó los hombres, los cuales se marcharon.

25 Entró después, y se puso delante de su amo Eliseo, el cual le preguntó: ¿De dónde vienes, Giezi? Y él respondió:

No ha ido tu siervo a ninguna parte. [26] Mas Eliseo replicó:
Pues, ¿no estaba yo presente en espíritu [24] cuando aquel
hombre saltó de su coche para ir a tu encuentro? Ahora
bien, tú has recibido dinero, y has recibido ropas para
comprar olivares, y viñas, y ovejas, y bueyes, y esclavos y
esclavas. [27] Pero también la lepra de Naamán se te pegará a
ti y a tu descendencia para siempre. En efecto, salió Giezi
de su presencia cubierto de lepra blanca como nieve [25].

¿Sabías que?

El arameo, la lengua de Damasco y de los «siros» de este capítulo, tuvo una historia asombrosa. Los asirios, que conquistaron los reinos arameos, fueron adoptando su lengua y su escritura para administrar su imperio, y en tiempos de Ezequías ya era la lengua de la diplomacia (18,26). Después fue la lengua común del imperio persa; en ella están escritas partes de los libros de Esdras y de Daniel, y era la lengua materna de Jesús. Todavía hoy, en Maalula y en otras dos aldeas de las montañas, a unos cincuenta kilómetros al noreste de Damasco, se habla un dialecto arameo occidental, el único superviviente de la rama a la que pertenecía el arameo de Galilea.

PARA PROFUNDIZAR

Naamán el sirio: siete veces en el Jordán

Pocas páginas del Antiguo Testamento están contadas con tanto arte. Es un drama de humildad y de gracia entre grandes y pe-

queños: un general poderoso y una niña cautiva, dos reyes y un profeta que ni siquiera sale a la puerta, un amo orgulloso y unos criados sensatos. Quien señala el camino es la persona más pequeña de la historia, una muchacha arrebatada a su familia que, en lugar de odiar a su amo, le desea la salud (5,2-3). El rey de Israel, en cambio, al leer la carta solo ve una trampa política: «¿Soy yo por ventura Dios, que pueda quitar y dar la vida?» (5,7). Tiene razón en lo que dice, porque curar la lepra es obra de Dios (ver el ensayo del capítulo 13 del Levítico), pero ha olvidado que en su reino hay un profeta.

Naamán llega con caballos y carros y con una fortuna en plata, oro y vestidos (5,5.9). Esperaba un rito a su altura: que el profeta saliera, invocara a su Dios y agitara la mano sobre la llaga (5,11). Eliseo le manda un recado: que se lave siete veces en el Jordán. La indignación del sirio se entiende: los ríos de Damasco son más limpios (5,12). Son sus criados los que le hacen ver lo absurdo de su orgullo: si le hubiera pedido algo difícil, lo habría hecho; ¿por qué no lo fácil? (5,13). La dificultad no estaba en el rito, sino en abajarse. Cuando «desciende» al Jordán, su carne queda «como la carne de un niño tierno» (ver nota a 5,14): el gran hombre sale del agua como un niño, igual que la niña que lo envió.

Curado, Naamán vuelve al profeta y confiesa que no hay otro Dios sino el de Israel (5,15), como antes Rajab (Jos 2,11) y Jetró (Éx 18,11). Y quiere pagar. La negativa de Eliseo es una de las claves del relato: lo que Dios da no se compra (5,16). Jesús lo dirá a los Doce: «gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt 10,8; Catecismo, n. 2121). El pagano que se lleva tierra de Israel para adorar al Señor en Damasco (ver nota a 5,17) y que pide perdón por el gesto obli-

gado en el templo de Remmón (ver nota a 5,18) es un converso que empieza; el profeta no le exige más y lo despide en paz. El contrapunto es Giezi, el israelita que ha vivido junto al profeta y no ha entendido nada: corre tras el sirio, miente a su amo y se queda con la plata y con la lepra (5,20-27). El extranjero sale limpio; el de casa, leproso.

Jesús recordó esta historia en la sinagoga de Nazaret, ante sus paisanos, que no lo aceptaban: había muchos leprosos en Israel en tiempos de Eliseo, «y ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio» (Lc 4,27). La liturgia lee los dos textos juntos el lunes de la tercera semana de Cuaresma, y el domingo 28.º del tiempo ordinario, ciclo C, une a Naamán con los diez leprosos, de los que solo uno, un samaritano, vuelve a dar gracias (Lc 17,11-19). En los dos casos la gracia desborda las fronteras de Israel, y quien la reconoce y la agradece es el extranjero.

Los Padres vieron en el Jordán de Naamán una figura del bautismo. La traducción griega ya decía que Naamán «se bautizó» en el río. San Ambrosio, en sus catequesis a los recién bautizados de Milán, partía de «las lecturas de los Reyes» que acababan de escuchar: Naamán, al quedar limpio, comprendió que no es el agua, sino la gracia, la que purifica; y la muchacha cautiva es la Iglesia reunida de entre los gentiles, que señala a los paganos el camino de la salvación (*Sobre los misterios* 3,16-18). El Catecismo, al recordar las figuras del bautismo que la Iglesia evoca cuando bendice el agua, nombra el paso del mar Rojo y el del Jordán (nn. 1221-1222; ver el ensayo «El paso del Jordán y el bautismo», en Josué 3 – 5). Las iglesias de rito bizantino leen la curación de Naa-

mán (5,9-14) en las vísperas de la Teofanía, la fiesta del bautismo de Cristo.

La historia de Naamán es la de cada creyente: el orgullo que exige gestos espectaculares, la mediación humilde de otros, el agua sencilla que sana, la confesión de fe y la gratitud. Y queda la advertencia de Giezi: se puede vivir junto a las cosas santas y querer sacarles provecho.

PAUSA

1. ¿Qué «pequeños», como la niña cautiva, ha puesto Dios en tu camino para acercarte a él?
2. Naamán quería gestos espectaculares y se ofendió por un remedio sencillo. ¿En qué te cuesta aceptar los caminos humildes de Dios?
3. Giezi vivía junto al profeta y no entendió nada. ¿Tratas como tuyo algo que has recibido gratis de Dios?

Para orar. *Señor, lávame en el agua de tu gracia, y dame un corazón agradecido y desprendido.*

6

Los carros de fuego y el hambre de Samaria

Tres escenas muy distintas. Un discípulo pierde un hacha prestada en el Jordán, y Eliseo hace flotar el hierro (vv. 1-7). El rey de Siria envía un ejército a Dotán para apresar al profeta que descubre sus planes; Eliseo, que ve los carros de fuego que lo rodean, ciega a los soldados, los lleva a Samaria y pide que se les dé de comer (vv. 8-23). Después llega el gran asedio de Samaria: el hambre es tal que dos madres se comen a un hijo, y el rey, desesperado, jura matar al profeta (vv. 24-33). Es una lección sobre la mirada: ver lo que Dios hace cuando todo parece perdido.

El hierro que flota

1 Dijeron los hijos o discípulos de los profetas a Eliseo [1]:
Bien ves que el lugar donde habitamos en tu compañía es
para nosotros angosto. 2 Vamos hasta el Jordán, y tome
cada cual de nosotros maderas del bosque para edificarnos
allí un lugar en que habitar. Respondió Eliseo: Id en hora
buena. 3 Ven, pues, le dijo uno de ellos, tú también con tus
siervos. Y contestó él: Iré. 4 Se fue, pues, con ellos, y ha-
biendo llegado al Jordán, se pusieron a cortar maderas. 5 Y
acaeció que mientras uno derribaba un árbol, se le cayó en
el agua el hierro del hacha, y exclamó diciendo a Eliseo:
¡Ay!, ¡ay de mí, señor mío!; ¡ay!, ¡que esta hacha la había

tomado prestada! [2] 6 Y dijo el varón de Dios: ¿Dónde ha
caído? Y le señaló el lugar. Cortó, pues, Eliseo un palo, y lo
arrojó allí; y salió nadando el hierro [3]. 7 Y le dijo: Cógelo;
y alargó la mano y lo cogió.

Los carros de fuego en Dotán

8 Hacía el rey de Siria la guerra a Israel; y tenido consejo
con sus criados o palaciegos [4], dijo: Pongamos emboscadas en tal y tal lugar. 9 Mas el varón de Dios envió a decir al
rey de Israel: Guárdate de pasar por tal lugar, porque los
sirios están allí emboscados. 10 Por lo cual el rey de Israel
destacó gente a aquel puesto, indicado por el varón de
Dios, y lo ocupó de antemano y se resguardó allí repetidas
veces. 11 Turbó este suceso el ánimo del rey de Siria; y habiendo convocado a sus criados u oficiales, dijo: ¿Por qué
no me descubrís quién es el que me hace traición para con
el rey de Israel? 12 A lo que uno de sus criados u oficiales,
respondió: No es nada de eso, oh rey y señor mío, sino que
el profeta Eliseo, que está en Israel, manifiesta al rey de Israel todo cuanto secreto hablas en lo más retirado de tu
gabinete [5].

13 Dijo él entonces: Id y averiguad dónde se halla, para enviar yo a prenderlo. Le dieron luego aviso, diciendo que
estaba en Dotán [6]. 14 Con esta noticia destacó allá caballos
y carros de guerra, y las mejores tropas de su ejército; los
cuales llegando de noche, cercaron la ciudad. 15 Y al apun-

tar el día, habiéndose levantado el criado del varón de Dios [7], y salido fuera, vio el ejército alrededor de la ciudad con los caballos y carros y fue a dar aviso a su amo, diciendo: ¡Ay!, ¡ay, señor mío!; ¡ay!, ¿qué es lo que haremos? [16] Mas él respondió: No tienes que temer, porque tenemos mucha más gente nosotros que ellos [8]. [17] Y Eliseo, después de haber hecho oración, dijo: Señor, ábrele los ojos a éste para que vea; y abrió el Señor los ojos del criado y miró y vio el monte lleno de caballos y de carros de fuego [9], que rodeaban a Eliseo.

[18] En esto se acercaban hacia él los enemigos; y Eliseo hizo oración al Señor, diciendo: Ciega, te suplico, a esta gente. Y el Señor los cegó o deslumbró [10], para que no viesen, conforme lo había pedido Eliseo. [19] Entonces Eliseo, llegándose a ellos, les dijo: No es este el camino, ni esta la ciudad [11]; seguidme a mí, que yo os enseñaré el hombre que buscáis. Dicho esto los condujo a Samaria; [20] y entrado que hubieron en Samaria, dijo Eliseo: Señor, abre los ojos a éstos para que vean. Y les abrió el Señor los ojos, y reconocieron que estaban en medio de Samaria.

[21] Así que los vio el rey de Israel, dijo a Eliseo: ¿Padre mío, los haré morir? [12] [22] Mas él respondió: No, de ningún modo les quitarás la vida; pues no los has hecho prisioneros con tu espada [13], ni con tu arco, para poder privarlos de la vida; antes bien, preséntales pan y agua, para que co-

man y beban, y se vuelvan a su señor. 23 Les pusieron, pues, comida en abundancia [14], y comieron y bebieron, y les dio el rey libertad, y volvieron a su señor. Desde entonces no volvieron más las guerrillas o partidas ligeras de Siria a hacer correrías en las tierras de Israel.

El hambre de Samaria

24 Algún tiempo después de estos sucesos, Benadad, rey de Siria, juntó todas sus tropas [15], y fue a sitiar a Samaria. 25 Y padeció Samaria una gran hambre; y duró tanto el sitio, que llegó a venderse la cabeza de un asno en ochenta monedas de plata [16], y un cuartillo de cebollas silvestres [17], en cinco monedas de plata.

26 Y pasando el rey de Israel por la muralla, clamó a él una mujer, diciendo: Sálvame, socórreme, oh rey mi señor [18]. 27 El cual respondió: No te salva el Señor; ¿cómo puedo yo salvarte? [19] ¿Tengo acaso trigo en las trojes, ni vino en las bodegas? ¿Qué es lo que quieres?, añadió el rey. Ella respondió: 28 Esta mujer me dijo: Da tu hijo para que le comamos hoy [20]; que mañana comeremos el mío. 29 Cocimos, pues, mi hijo, y nos lo comimos. Al día siguiente, le dije yo: Da tu hijo para que nos lo comamos; mas ella lo ha escondido [21].

30 Oído esto, rasgó el rey sus vestidos, y prosiguió andando por la muralla; y vio todo el pueblo el cilicio o saco que lle-

vaba vestido a raíz de sus carnes [22]. [31] Dijo entonces el rey: Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia [23], si la cabeza de Eliseo, hijo de Safat, quedare hoy sobre sus hombros. [32] Estaba a la sazón Eliseo sentado en su casa, y estaban con él los ancianos o senadores. Despachó, pues, el rey un hombre para que fuera a cortarle la cabeza; y antes que llegase este enviado, dijo Eliseo a los ancianos: ¿No sabéis que ese hijo del homicida Acab [24] ha enviado a cortarme la cabeza? Tened, pues, cuidado cuando llegare el enviado o ejecutor de tener cerrada la puerta y de no dejarlo entrar; porque ya estoy oyendo las pisadas de su señor que viene tras de él. [33] Aún estaba hablando con ellos cuando compareció el enviado que venía a él; y dijo: Tú ves cuántos males nos envía Dios: ¿qué tengo ya que esperar del Señor? [25]

¿Sabías que?

Hacia el año 593, el papa san Gregorio Magno contó en sus *Diálogos* la vida de san Benito. Un godo recién llegado al monasterio limpiaba de zarzas la orilla de un lago con una podadera, y el hierro se salió del mango y cayó al agua profunda. San Benito tomó el mango, lo metió en el lago, y el hierro subió del fondo y volvió a encajarse; el santo se lo devolvió al godo diciendo: «Ahí lo tienes; trabaja y no te entristezcas» (*Diálogos* II,6). Poco después, el diácono Pedro, que conversa con Gregorio, comenta que en Benito ve a Moisés, a Pedro, a Elías y a David, y «en el hierro que volvió del fondo del lago», a Eliseo (II,8).

Los caminos de Eliseo

Lugar	Qué hace	Cita
Abel-Meholá	Elías le echa el manto mientras ara; deja los bueyes y lo sigue	1 Re 19,16.19-21
El Jordán	Divide las aguas con el manto de Elías; después, hace flotar un hacha	2,13-14; 6,1-7
Jericó	Sana con sal el manantial	2,19-22
Betel	Los muchachos que se burlan y los osos	2,23-24
Monte Carmelo	Se retira allí; allí lo busca la sunamita	2,25; 4,25
Desierto de Edom	Da agua a tres reyes y anuncia la victoria sobre Moab	3,8-20
Sunam	Huésped de la sunamita; le anuncia un hijo y se lo devuelve vivo	4,8-37
Gálgala y Baalsalisa	Sana la olla envenenada; veinte panes para cien	4,38-44
Samaria	Cura a Naamán; en el asedio, anuncia la abundancia	5; 6,24 – 7,20
Dotán	Ve los carros de fuego; ciega a los sirios y los alimenta	6,13-23
Damasco	Llora ante Hazael, que será rey de Siria	8,7-15
Ramot de Galaad	Un discípulo enviado por él unge a Jehú	9,1-10
Su lecho y su sepulcro	Las flechas de la victoria; un muerto revive al tocar sus huesos	13,14-21

Según la cronología del libro, Eliseo actúa durante más de medio siglo, desde los últimos años de Acab hasta Joás de Israel, aunque sus relatos no siguen siempre el orden de los hechos. San Jerónimo cuenta que en Samaria, la Sebaste de su tiempo, se veneraba su sepulcro junto a los de Abdías y Juan Bautista (*Carta* 108,13).

PARA PROFUNDIZAR

«Más son los que están con nosotros»: Dotán y el hambre de Samaria

Los capítulos 6 y 7 forman un díptico. En las dos escenas el ejército sirio rodea a los israelitas; en las dos, alguien no ve lo que Dios está haciendo; y en las dos, la salvación llega de manera inesperada. Pero el tono no puede ser más distinto: en Dotán, un prodigio luminoso y un banquete; en Samaria, el hambre, una madre que se ha comido a su hijo y un rey que culpa al profeta.

En Dotán, el rey de Siria descubre que sus planes llegan a oídos del rey de Israel y manda un ejército entero para apresar a un solo hombre (6,13-14). Al amanecer, el criado de Eliseo ve la ciudad rodeada y grita: «¿qué es lo que haremos?». La respuesta del profeta es una de las palabras más consoladoras de la Biblia: «No tienes que temer», porque son más los que están con nosotros que los que están con ellos (ver nota a 6,16). Eliseo no le pide que piense en positivo: pide a Dios que le abra los ojos. Y el criado ve el monte lleno de caballos y carros de fuego alrededor de su amo (6,17), los mismos que se llevaron a Elías (2,11). La fe no inventa una realidad más amable; descubre la que estaba ahí y no se veía.

Lo más sorprendente viene después. Eliseo pide a Dios que deslumbre a los soldados, los lleva hasta el centro de Samaria y allí pide que se les abran los ojos (6,18-20). El rey de Israel, impaciente, pregunta dos veces si puede matarlos. El profeta responde que no: que les dé pan y agua y los deje volver con su señor; el rey les prepara un gran banquete (6,21-23). Es el consejo de los Proverbios, «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer» (Prov 25,21),

que san Pablo citará (Rom 12,20), y anticipa las palabras de Jesús: «amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen» (Lc 6,27). El narrador anota el fruto: las incursiones sirias cesan (6,23). La misericordia resultó más eficaz que la espada.

En Samaria, «algún tiempo después», vuelve el ejército sirio, ahora con todas sus tropas, y la ciudad sitiada se muere de hambre (6,24-25). El texto no ahorra lo peor: dos madres acordaron comerse a sus hijos, y una reclama justicia porque la otra ha escondido el suyo (6,28-29). Se cumplen las maldiciones de la alianza (Lv 26,29; Dt 28,53-57), que se repetirán en el asedio de Jerusalén (Lam 2,20; 4,10). La Biblia lo cuenta con sobriedad, sin morbo y sin aprobarlo. Como explica la Pontificia Comisión Bíblica, al poner ante los hombres «las terribles consecuencias de las perversiones del corazón», la palabra de Dios «tiene función profética; y así invita a reconocer el mal para evitarlo y combatirlo» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, n. 126). El rey rasga sus vestidos, y el pueblo ve que debajo lleva saco (6,30); pero su penitencia acaba en furia contra el profeta y en desesperación: si todo este mal viene del Señor, ¿qué se puede esperar de él? (6,33).

Eliseo responde con una palabra imposible: mañana a esta hora habrá harina y cebada a buen precio (7,1). El oficial del rey se burla, y el profeta le anuncia que lo verá, pero no lo comerá (7,2). Esa misma noche el Señor hace oír a los sirios un estruendo de carros y caballos, y huyen dejándolo todo (7,6-7). El texto atribuye el pánico al Señor; se puede pensar en un rumor o en un miedo colectivo, pero el narrador quiere que se vea quién actúa. Los primeros en descubrirlo son cuatro leprosos excluidos a la puerta de la

ciudad, que se convierten en mensajeros de un «día de albricias» (ver nota a 7,9).

El hilo que une las escenas es la mirada. El criado ve el ejército, pero no los carros de fuego; los sirios miran y no reconocen nada; el rey ve el hambre y ya no espera; el oficial verá el pan y no lo probará. La fe consiste en aprender a mirar de otro modo, sin poner la mira «en las cosas que se ven, sino en las que no se ven» (2 Cor 4,18), como Moisés, que se mantuvo firme «como si viera al Invisible» (Heb 11,27). La oración de Eliseo, «Señor, ábrele los ojos», sirve para cada día.

PAUSA

1. Cuando te sientes rodeado, como el criado de Eliseo, ¿qué es lo primero que miras?
2. Eliseo mandó dar de comer a los enemigos que venían a prenderlo. ¿A qué «enemigo» podrías tratar hoy con misericordia?
3. El rey llevaba saco bajo el manto, pero terminó culpando a Dios. ¿Cómo vives tú la prueba cuando se alarga?

Para orar. *Señor, ábreme los ojos para ver que son más los que están conmigo, y dame un corazón misericordioso con mis enemigos.*

7

El *día de las albricias*

La noche más oscura de Samaria termina con una palabra de Eliseo: mañana a estas horas la harina será barata en la puerta de la ciudad (vv. 1-2). Nadie lo cree, y menos el oficial del rey. Pero esa misma noche el Señor hace oír a los sirios un estruendo de ejércitos y huyen, y los primeros en descubrirlo son cuatro leprosos que vivían a la puerta, excluidos de todo (vv. 3-11). El rey sospecha una trampa, envía exploradores, y el pueblo saquea el campamento (vv. 12-16). La palabra se cumple al pie de la letra, también para el oficial incrédulo (vv. 17-20).

«Mañana a estas horas»

[1] Respondió a eso Eliseo: Oíd la palabra del Señor. He aquí
lo que el Señor dice: Mañana a estas horas el modio de flor
de harina se venderá por un siclo [1], y un siclo costarán dos
modios de cebada en la puerta de Samaria. [2] Uno de los ca-
pitanes, que servía de bracero al rey [2], respondió al varón
de Dios, y dijo: Aunque el Señor hiciese compuertas en el
cielo [3], y lloviese trigo, ¿podrá algún día suceder lo que tú
dices? Le contestó Eliseo: Lo verás con tus ojos; mas no co-
merás de ello.

Los cuatro leprosos

3 Había cuatro hombres leprosos cerca de la entrada de la
puerta [4] de la ciudad, los cuales se dijeron unos a otros:
¿Para qué queremos estar aquí hasta morir? 4 Si tratamos
de entrar en la ciudad, moriremos de hambre; si nos que-
damos aquí, moriremos también; vamos, pues, y pasémo-
nos al campamento de los siros [5]; si tuvieren compasión
de nosotros, viviremos; que si nos quieren matar, de cual-
quier modo también habríamos de morirnos acá. 5 Con
esto al anochecer se pusieron en camino para pasar al
campamento de los siros; y llegados que fueron a la entra-
da del campo de los siros, no hallaron allí a nadie.

6 Porque el Señor había hecho resonar en los campamen-
tos de los siros estruendo de carros falcados y de
caballos [6], y de un numerosísimo ejército; con lo que se
dijeron unos a otros: Sin duda el rey de Israel ha asalaria-
do contra nosotros a los reyes de los heteos y de los
egipcios [7], y se han echado sobre nosotros. 7 Por esto esca-
paron de noche, abandonando sus tiendas [8], y caballos y
asnos en el campamento; pensando solamente en salvar
sus vidas con la fuga. 8 Luego, pues, que aquellos leprosos
hubieron llegado a la entrada del campamento, entraron
en una tienda, y comieron y bebieron, y sacaron de ella
plata y oro, y vestidos, y fueron a esconderlo [9]. Volvieron

después, y entraron en otra tienda, y escondieron también lo que de allí pillaron.

9 Pero se dijeron unos a otros: No obramos bien, pues este día es día de albricias [10]; si nosotros callamos, y no damos aviso hasta la mañana, se nos hará de esto un crimen [11]. Ea, pues, vamos, y llevemos la nueva al palacio del rey. 10 Venidos a la puerta de la ciudad, dieron la noticia [12] diciendo: Hemos ido al campamento de los siros, y no hemos hallado allí a nadie, sino sólo los caballos y los asnos atados, y las tiendas que están todavía en pie. 11 Fueron, pues, los guardias de la puerta, y avisaron la novedad a los de dentro del palacio del rey;

La palabra se cumple

12 el cual se levantó, siendo aún de noche, y dijo a sus criados: Yo os diré lo que han hecho con nosotros los siros; saben que nos morimos de hambre, y por eso se han salido del campamento, y están escondidos por los campos [13], diciendo: Cuando salgan de la ciudad, los cogeremos vivos, y entonces podremos entrar en ella. 13 Mas uno de sus criados le respondió: Tomemos los cinco caballos que han quedado en la ciudad [14] (ya que sólo éstos restan de todos los que había en Israel, por haber sido consumidos los otros), y enviemos a hacer con ellos la descubierta. 14 Trajeron, pues, dos caballos, y envió el rey dos hombres al campamento de los siros, diciendo: Id y observad lo que

hay. 15 Los cuales marcharon, y fueron siguiendo a los siros
hasta el Jordán, y vieron cómo todo el camino estaba lleno
de vestidos y de muebles [15], que los siros habían arrojado
con la precipitación de la huida; y volviéndose los envia-
dos dieron parte al rey.

16 Entonces el pueblo salió, y saqueó los campamentos de
los siros; y de resultas un modio de flor de harina valió un
siclo y un siclo dos modios de cebada, conforme a la pala-
bra del Señor [16]. 17 Había puesto el rey a la puerta de la ciu-
dad aquel capitán que le servía de bracero, al cual atrope-
lló el gentío a la entrada de la puerta [17], y murió conforme
a lo que había predicho el varón de Dios, cuando fue el rey
a buscarlo. 18 Con esto se cumplió la palabra del varón de
Dios que había predicho al rey: Mañana a estas horas dos
modios de cebada se venderán por un siclo, y por un siclo
un modio de flor de harina en la puerta de Samaria; 19 en la
cual ocasión replicó aquel capitán al varón de Dios, dicien-
do: Aunque Dios abra las compuertas del cielo para llover
trigo, ¿podrá verificarse algún día lo que tú dices? Y le res-
pondió Eliseo: Lo verás con tus ojos; mas no comerás de
ello. 20 Así le aconteció, como estaba predicho, pues lo
atropelló el pueblo a la puerta, y quedó muerto.

¿Sabías que?

Durante siglos, de los «heteos» (7,6) apenas se sabía lo que decía la Biblia. En 1906, el alemán Hugo Winckler empezó a excavar en Boğazköy, en el centro de la actual Turquía, y encontró miles de tablillas de arcilla: era Hattusa, la capital de un imperio que en el segundo milenio antes de Cristo rivalizó con Egipto. En 1915, el checo Bedřich Hrozný descifró su lengua, una lengua indoeuropea, pariente lejana del latín y del griego. Los «reyes de los heteos» que temen los sirios de este capítulo son los de los pequeños reinos que sobrevivieron en el norte de Siria tras la caída de aquel imperio.

PAUSA

1. Los leprosos, los últimos de la ciudad, fueron los primeros en llevar la buena noticia. ¿Por medio de quién inesperado te ha llegado a ti una buena noticia de Dios?
2. «Si nosotros callamos… se nos hará de esto un crimen». ¿Qué buena noticia estás guardando solo para ti?
3. El oficial vio la abundancia y no la probó. ¿Qué dones de Dios tienes delante y no aprovechas por falta de fe?

Para orar. *Señor, abre mis labios para anunciar tus albricias, y mis ojos para creer en tu palabra.*

8

Hazael, rey de Siria

El capítulo cierra el ciclo de los milagros de Eliseo y abre una época de guerras. Primero, la sunamita vuelve de siete años de hambre en tierra de filisteos y recobra sus tierras, justo cuando Giezi cuenta al rey la resurrección de su hijo (vv. 1-6). Después, Eliseo va a Damasco y, ante Hazael, enviado del rey enfermo, llora por los males que hará a Israel; Hazael ahoga a su señor y reina en su lugar (vv. 7-15). Por último, el narrador vuelve a las crónicas de Judá: Joram y Ocozías, emparentados con la casa de Acab, siguen sus caminos, pero el Señor mantiene la «lámpara» de David (vv. 16-29).

La sunamita recobra sus tierras

[1] Habló Eliseo a la mujer sunamita, cuyo hijo había
resucitado [1], y le dijo: Márchate con tu familia, y vete fue-
ra de tu país a habitar donde te parezca mejor; porque
Dios ha llamado el hambre [2], y ella se apoderará de la tie-
rra de Israel por siete años. [2] Hizo, pues, la mujer lo que le
dijo el varón de Dios, y salió con su familia fuera de su
país, y permaneció largo tiempo en tierra de filisteos.
[3] Terminados los siete años, regresó la mujer del país de
los filisteos, y acudió al rey para que se le restituyesen su
casa y sus heredades [3].

4 Estaba entonces el rey hablando con Giezi, criado del varón de Dios [4], y le decía: Cuéntame todas las maravillas
que ha hecho Eliseo; 5 y mientras él estaba contando al rey
cómo había resucitado a un muerto, compareció la mujer,
a cuyo hijo había resucitado, reclamando ante el rey su
casa y sus heredades. Y dijo Giezi: Esta es, oh rey mi señor,
aquella mujer, y éste su hijo, a quien resucitó Eliseo. 6 Y
preguntó el rey a la mujer, la cual se lo contó. Inmediatamente el rey envió con ella un eunuco o ministro [5], a
quien dijo: Haz que se le restituya todo lo que le pertenece,
y todos los réditos de sus heredades, desde el día que salió
de su tierra hasta el presente.

Eliseo llora ante Hazael

7 Vino asimismo Eliseo a Damasco [6], a tiempo que Bena-
dad, rey de Siria, estaba enfermo; y se lo avisaron a éste,
diciendo: El varón de Dios ha llegado aquí. 8 Y dijo el rey a
Hazael: Toma contigo unos regalos, y sal a encontrar al varón de Dios, y consulta por su medio al Señor [7], pregun-
tando: ¿Si podré escapar de esta mi enfermedad? 9 Fue,
pues, Hazael a encontrarlo, llevando consigo presentes de
todas las cosas más preciosas de Damasco en cuarenta camellos cargados, y al llegar a su presencia, dijo: Tu hijo
Benadad, rey de Siria [8], me ha enviado a ti para saber si
podrá él sanar de su enfermedad. 10 Le respondió Eliseo:

Ve, y dile: Tu enfermedad no es mortal [9]. Pero el Señor
me ha hecho conocer que él ha de morir sin remedio.

11 Y estuvo el varón de Dios un rato parado con él, y se con-
turbó hasta demudar el semblante, y echó a llorar [10]. 12 Le
dijo entonces Hazael: ¿Por qué llora mi señor? Porque sé,
respondió, los males que has de hacer a los hijos de Israel.
Tú entregarás a las llamas sus ciudades fuertes, y pasarás a
cuchillo sus jóvenes, y estrellarás contra el suelo sus ni-
ños, y abrirás el vientre a las mujeres preñadas [11].
13 Replicó Hazael: Pues, ¿soy yo, siervo tuyo, otra cosa más
que un perro muerto [12], para que pueda ejecutar cosas tan
grandes y terribles? A lo que respondió Eliseo: El Señor
me ha manifestado que tú serás rey de Siria [13].

14 Habiéndose separado Hazael de Eliseo, volvió a su amo,
el cual le preguntó: ¿Qué te ha dicho Eliseo? Respondió él:
Me dijo que recobrarías la salud. 15 Llegado el día siguiente
tomó Hazael un paño acolchado [14], lo empapó en agua, y
lo extendió sobre el rostro del rey, el cual murió; y reinó
Hazael en su lugar.

Joram y Ocozías, reyes de Judá

16 Al quinto año de Joram, hijo de Acab, rey de Israel, y de
Josafat, rey de Judá [15], entró a reinar Joram, hijo de Josa-
fat rey de Judá. 17 Treinta y dos años tenía cuando empezó
a reinar, y ocho años reinó en Jerusalén. 18 Y siguió los pa-

sos de los reyes de Israel, como los había seguido la casa de Acab; porque una hija de Acab era su mujer [16], y obró el mal en presencia del Señor. [19] Mas el Señor no quiso exterminar a Judá por amor a su siervo David, según la promesa que había hecho a él y a sus hijos de conservar perpetuamente una lámpara ardiente [17].

[20] En ese tiempo se rebeló la Idumea contra Judá, y eligió un rey propio [18]. [21] Por lo que Joram marchó contra Seira con todos sus carros de guerra, y asaltó de noche y desbarató a los idumeos que lo habían cercado, y a los comandantes de los carros de guerra; mas el pueblo huyó a sus estancias. [22] Sin embargo, la Idumea sacudió el yugo de Judá hasta hoy día. En aquel mismo tiempo, se rebeló también Lobna [19]. [23] Las otras cosas de Joram y todo cuanto hizo, ¿no es así que se halla escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? [24] En fin, Joram durmió con sus padres, y fue con ellos sepultado en la ciudad de David; y le sucedió en el reino su hijo Ocozías [20].

[25] El año duodécimo de Joram, hijo de Acab, rey de Israel, entró a reinar Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá. [26] Hallábase Ocozías en la edad de veintidós años cuando comenzó a reinar, y reinó un año en Jerusalén; se llamaba su madre Atalía, hija de Acab, que lo era de Amri [21], rey de Israel. [27] Y siguió los mismos pasos de la casa de Acab, y obró el mal en presencia del Señor, a imitación de la casa

de Acab, como quien era yerno de éste. [28] Se asoció con Joram, hijo de Acab, para hacer la guerra contra Hazael, rey de Siria, en Ramot de Galaad [22]; e hirieron los siros a Joram, [29] el cual se volvió a Jezrael a curarse las heridas que le habían hecho los siros en el sitio de Ramot cuando peleaba contra Hazael, rey de Siria. Y Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá, pasó a Jezrael a visitar a Joram, hijo de Acab, porque estaba allí enfermo.

¿Sabías que?

Flavio Josefo, en el siglo I, cuenta que los habitantes de Damasco todavía honraban como dioses a Benadad y a Hazael, por sus beneficios y por los templos con que adornaron la ciudad, y que cada día les tributaban culto con gran pompa (*Antigüedades judías* IX,4,6). El nombre de Hazael ha aparecido también lejos de Damasco: en los santuarios griegos de Hera en Samos y de Apolo en Eretria, en la isla de Eubea, se encontraron en el siglo XX unas piezas de bronce del arnés de un caballo con una inscripción aramea que dice que el dios Hadad se las dio «a nuestro señor Hazael». Probablemente fueron botín de guerra que pasó de mano en mano y acabó como ofrenda en Grecia.

Damasco, el vecino del norte

Rey	Qué hace	Fuentes
Rezón	Reina en Damasco en tiempos de Salomón, «enemigo de Israel»	1 Re 11,23-25
Benadad, hijo de Tabremón	Ataca el norte de Israel, pagado por Asá de Judá	1 Re 15,18-20
Hadadezer	Lucha junto a Acab contra Asiria en Qarqar (853)	Monolito de Kurkh
«Benadad»	Sitia dos veces Samaria; enfermo, consulta a Eliseo	1 Re 20; 2 Re 6,24; 8,7
Hazael	Ahoga a su señor y reina; «hijo de nadie», dice Salmanasar III, que lo sitia en Damasco (841)	2 Re 8,15; textos asirios
Hazael	Quita a Israel Galaad y Basán; amenaza Jerusalén	2 Re 10,32-33; 12,17-18
Hazael	Se jacta de haber matado a los reyes de Israel y de Judá	Estela de Tel Dan
Benadad, hijo de Hazael	Joás de Israel lo vence tres veces	2 Re 13,24-25; estela de Zakkur
Rasín	Ataca a Acaz de Judá junto con Facee de Israel	2 Re 16,5; Is 7,1-9
Fin del reino	Teglatfalasar III toma Damasco (732) y mata a Rasín	2 Re 16,9

Cuántos reyes se llamaron Benadad, «hijo de Hadad», y cómo se relacionan con el Hadadezer de los textos asirios, se discute; sobre la estela de Tel Dan, ver el recuadro de 2 Sam 8. Amós anuncia fuego contra «la casa de Hazael» y «los palacios de Ben-Hadad» (Am 1,3-5).

PAUSA

1. La sunamita recuperó su casa porque alguien estaba contando lo que Dios había hecho por ella. ¿Cuentas tú las obras de Dios en tu vida?
2. Eliseo lloró por los males que vendrían sobre su pueblo. ¿Por quién lloras tú ante Dios?
3. Hazael escuchó una profecía y quiso adelantarla con un crimen. ¿Te tienta alguna vez «ayudar» a Dios con medios torcidos?

Para orar. *Señor, que sepa llorar con tus ojos por el mal del mundo, y que nunca sea instrumento del mal.*

9

Jehú, ungido rey

Comienza la revolución de Jehú, la más sangrienta de la historia de Israel. El capítulo avanza como una carrera de carros: un joven discípulo de Eliseo unge en secreto al general Jehú en Ramot de Galaad (vv. 1-13); Jehú cruza el Jordán hacia Jezrael, mata al rey Joram en el campo de Nabot y hace herir de muerte a Ocozías de Judá (vv. 14-29); al final, Jezabel muere arrojada desde su ventana (vv. 30-37). Una palabra recorre todo el relato: «paz». Todos la preguntan y nadie la encuentra. El narrador subraya que se cumple lo que Elías anunció en la viña de Nabot.

Un discípulo de Eliseo unge a Jehú

1 Por este tiempo el profeta Eliseo llamó a uno de los hijos
de los profetas, y le dijo: Recoge tus faldas y cíñete [1], y
toma esta vasija de óleo [2] en tu mano, y ve a Ramot de Ga-
laad. 2 Llegado allá irás a verte con Jehú, hijo de Josafat,
hijo de Namsi [3], y luego que entres le llamarás aparte de
sus hermanos, y lo meterás en un aposento retirado. 3 Y
recogiendo la vasija de óleo, la derramarás sobre su cabe-
za, diciendo: Esto dice el Señor: Yo te he ungido rey sobre
Israel. Dicho esto abrirás la puerta, y huirás sin detenerte
allí. 4 Marchó, pues, este joven, ministro del profeta, a Ra-
mot de Galaad, 5 y entrando en el lugar de la ciudad donde

estaban sentados los príncipes del ejército dijo: Una palabra tengo que decirte, oh príncipe. Preguntó Jehú: ¿A quién de todos nosotros? Y le respondió él: A ti, oh príncipe. 6 Al punto se levantó, y entró en un aposento, y el otro derramó el óleo sobre su cabeza, diciendo: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo te he ungido rey del pueblo mío de Israel [4].

7 Y exterminarás la casa de Acab, tu señor, y yo tomaré venganza de la sangre de mis siervos, los profetas [5], y de la sangre de todos los siervos del Señor, derramada por Jezabel. 8 Y extirparé toda la familia de Acab, y mataré de la casa de Acab hasta los perros; desde lo más estimado hasta lo más vil y desechado [6] en Israel. 9 Y trataré la casa de Acab como a la casa de Jeroboam, hijo de Nabat, y como la casa de Baasa, hijo de Ahías. 10 Y a Jezabel la comerán los perros en el campo de Jezrael [7], sin que haya quien la entierre. Dicho esto, abrió la puerta y echó a correr.

11 Mas Jehú salió a donde estaban los oficiales de su señor; los cuales le preguntaron: ¿Todo va bien? ¿A qué ha venido a ti ese mentecato [8]? Les respondió Jehú: Vosotros conocéis a ese hombre, y lo que puede haber dicho. 12 No es la verdad, replicaron ellos, pero sea lo que fuere, cuéntanoslo. Jehú les dijo: Tal cosa es lo que me ha dicho; y ha añadido: Esto es lo que dice el Señor: Yo te he ungido por rey de Israel. 13 Se levantaron entonces a toda prisa, y tomando

cada uno su propio manto, le pusieron debajo de los pies de Jehú en forma de tribunal [9]; y a son de trompetas lo proclamaron, diciendo: Jehú es nuestro rey.

Joram muere en el campo de Nabot

[14] Por tanto se conjuró Jehú [10], hijo de Josafat, hijo de Namsi, contra Joram; después que éste con todo Israel tenía sitiada la plaza de Ramot de Galaad contra Hazael, rey de Siria, [15] y se había retirado a Jezrael para curarse de las heridas que los siros le habían hecho en el combate contra Hazael, el rey de Siria. Dijo entonces Jehú: Si os parece, nadie salga ni huya de la ciudad, para que no vaya a dar la noticia en Jezrael. [16] Partió luego él, y tomó el camino de Jezrael, donde estaba enfermo Joram; a quien Ocozías, rey de Judá, había ido a visitar.

[17] En efecto, el atalaya que estaba sobre la torre de Jezrael, vio la comitiva de Jehú, que venía caminando, y dijo: Allá veo un pelotón de gente. Y dijo Joram: Toma un carro, y despacha alguno que les salga al encuentro; y el que vaya pregunte: ¿Va todo bien? [11] [18] Con esto el que montó en el carro fue corriendo al encuentro de Jehú, y le dijo: Esto dice el rey: ¿Está todo en paz? Respondió Jehú: ¿Qué te importa a ti de la paz, o de la guerra? Ponte atrás y sígueme. Al instante el atalaya dio aviso, diciendo: Llegó a ellos el correo y no vuelve. [19] Por lo que despachó Joram un segundo carro de caballos, y así que llegó el correo a Jehú,

dijo: Esto dice el rey: ¿Tenemos paz? Mas Jehú respondió: ¿Qué te importa a ti si hay paz? Ponte atrás y sígueme.
20 Luego avisó el atalaya diciendo: Ha llegado hasta ellos, y no vuelve; y el modo de andar del que viene se parece al de Jehú, hijo de Namsi, pues camina con atropellamiento y precipitación [12].

21 Entonces dijo Joram: Pon el coche. Le pusieron el coche, y salió Joram, rey de Israel, en compañía de Ocozías, rey de Judá, cada cual en su coche y fueron al encuentro de Jehú, y lo hallaron en el campo de Nabot, jezraelita [13].
22 Apenas vio Joram a Jehú, dijo: ¿Tenemos paz, Jehú? ¿Qué paz puede haber, le respondió, mientras permanecen aún en su vigor las fornicaciones o idolatrías [14] de tu madre Jezabel, y sus muchas hechicerías? 23 Al punto Joram volvió las riendas y echó a huir, diciendo a Ocozías: Traición, Ocozías [15]. 24 Pero Jehú flechó su arco, y atravesó a Joram por las espaldas, de suerte que la saeta le pasó de parte a parte el corazón y de repente cayó muerto en su coche. 25 Y Jehú le dijo al capitán Badacer: Cógelo, y arrójalo en el campo de Nabot, jezraelita; porque me acuerdo cuando tú y yo sentados en el carro de guerra íbamos siguiendo a Acab, padre de éste, el Señor pronunció esta terrible sentencia [16] contra él diciendo: 26 Yo juro, dice el Señor, que en este campo tomaré venganza en ti de la sangre de Nabot y de la sangre de sus hijos [17], que te vi ayer derra-

mar. Cógelo, pues, y arrójalo en el campo, conforme a la palabra del Señor.

27 Al ver esto Ocozías, rey de Judá, echó a huir por el camino de la casa del huerto [18]. Y corrió Jehú tras él, diciendo: Matad también a éste dentro de su coche. Y lo hicieron en la cuesta de Gaver, junto a Jeblaam, y siguió huyendo hasta Mageddo, donde murió. 28 Y lo pusieron sus criados dentro de su coche; y lo llevaron a Jerusalén. Y lo sepultaron en la ciudad de David en el sepulcro de sus padres. 29 Ocozías había comenzado a reinar sobre Judá el año undécimo de Joram, hijo de Acab [19].

Jezabel en la ventana

30 Entró, pues, Jehú en Jezrael. Jezabel, informada de su llegada se pintó los ojos con alcohol [20], y se adornó la cabeza y se puso en una ventana a mirar 31 cómo entraba Jehú por la puerta de la ciudad, y dijo: ¿Es posible que pueda tener paz o prosperidad éste, que como Zambri ha muerto a su señor [21]? 32 Alzó Jehú la cabeza hacia la ventana y preguntó: ¿Quién es ésa? [22] Y dos o tres eunucos hicieron a Jehú una profunda reverencia. 33 A los cuales dijo él: Arrojadla de ahí abajo. La arrojaron, y quedó la pared salpicada con su sangre; y la hollaron con sus pies los caballos.

34 Y después que Jehú entró en el palacio para comer y beber, dijo a sus gentes: Id a ver a aquella maldita, y dadle sepultura; que al fin es hija de un rey [23]. 35 Y habiendo ido para darle sepultura, no hallaron sino la calavera y los pies [24], y las extremidades de las manos. 36 Volviendo a Jehú con la noticia, dijo éste: Eso es aquello mismo que pronunció el Señor por medio de su siervo Elías, tesbita, cuando dijo: En el campo de Jezrael comerán los perros las carnes de Jezabel; 37 y estarán las carnes o huesos de Jezabel en el campo de Jezrael, como está el estiércol sobre la faz de la tierra [25]; de suerte que los pasajeros dirán: ¡Y ésta es aquella Jezabel!

¿Sabías que?

Entre los marfiles tallados por artesanos fenicios en los siglos IX y VIII a. C., que adornaban muebles de palacio, se repite un motivo: el rostro de una mujer, peinada a la egipcia, que se asoma por una ventana con balaustrada. Se han hallado ejemplares en Nimrud, en Asiria, y en Arslan Tash, en Siria, y no se sabe con certeza qué representan: una diosa, una sacerdotisa o una dama de la corte. Muchos comentaristas los han recordado al leer esta escena. La Biblia sitúa en una ventana a otras dos mujeres de alto rango: la madre de Sísara, que espera a un hijo que ya ha muerto (Jue 5,28), y Mical, que desde allí desprecia a David danzando ante el arca (2 Sam 6,16).

PAUSA

1. Todos preguntan «¿hay paz?» y nadie la encuentra. ¿Dónde buscas tú la paz, y qué tendría que cambiar en tu vida para encontrarla de verdad?
2. El campo de Nabot vuelve a aparecer años después del crimen. ¿Hay alguna injusticia en tu historia que todavía no has reparado?
3. Jezabel cae por la traición de sus propios servidores. ¿Te mueve a veces el miedo a quedar del lado perdedor más que la verdad?

Para orar. *Señor, Príncipe de la paz, haz de mí un instrumento de tu paz y no de la violencia.*

10

El celo de Jehú

Es el capítulo más sangriento del libro. Jehú elimina uno tras otro a todos los que podían disputarle el trono: los setenta hijos de Acab, degollados por los magnates de Samaria (vv. 1-11); cuarenta y dos parientes del rey de Judá (vv. 12-14); el resto de la casa de Acab (vv. 15-17) y, con una trampa, los sacerdotes y adoradores de Baal (vv. 18-28). Al final el narrador da su veredicto: el Señor aprueba el fin de Baal y promete a Jehú cuatro generaciones en el trono, pero Jehú no lo sigue de todo corazón, e Israel empieza a encogerse (vv. 29-36).

Las cabezas de los hijos de Acab

1 Quedaban de Acab setenta hijos [1] en Samaria. En consecuencia escribió Jehú una carta [2] y la envió a Samaria a
los magnates de la ciudad, y a los ancianos, y a los preceptores de los hijos de Acab. Decía en ella: 2 Luego que recibáis esta carta los que tenéis a vuestra disposición los hijos
de vuestro señor, y los carros de guerra, y los caballos y las ciudades fuertes, y las armas, 3 elegid el mejor y que más
os agradare entre los hijos de vuestro señor, y colocadlo sobre el trono de su padre, y combatid por la casa de vuestro señor. 4 Se intimidaron ellos sobremanera, y dijeron:
No han podido dos reyes hacerle frente, ¿cómo podremos

resistirle nosotros? [5] Enviaron, pues, los mayordomos de palacio y magistrados de la ciudad, y los ancianos y los preceptores a decir a Jehú: Vasallos tuyos somos, haremos cuanto mandares; no pensamos elegir rey sobre nosotros; haz todo lo que bien te pareciere.

[6] Mas él les volvió a escribir una segunda carta, en la cual les decía: Si sois de los míos, y me prestáis obediencia, tomad las cabezas de los hijos de vuestro señor [3], y venid a veros conmigo mañana a estas horas en Jezrael. Eran los hijos del rey en número de setenta: los cuales se criaban en las casas de los magnates de aquella ciudad. [7] Luego que recibieron esta carta, cogieron a los setenta hijos del rey y los mataron; y metieron sus cabezas en unas cestas, y se las remitieron a Jezrael. [8] Llegó, pues, un mensajero, y dio a Jehú el aviso diciendo: Han traído las cabezas de los hijos del rey. A lo que respondió Jehú: Ponedlas en dos montones a la entrada de la puerta [4] hasta la mañana.

[9] Y luego que amaneció, salió él, y puesto de pie dijo a todo el pueblo: Vosotros que sois justos [5], decidme: Si yo he conspirado contra mi señor, y le he quitado la vida, ¿quién ha degollado a todos éstos? [10] Por tanto considerad ahora cómo no ha caído en tierra una sola palabra [6] de las que habló el Señor contra la casa de Acab, y cómo ha ejecutado el Señor lo que predijo por medio de Elías, su siervo. [11] Hizo, pues, matar Jehú a cuantos habían quedado en la

familia de Acab en Jezrael, y a todos sus magnates, y familiares, y sacerdotes [7], sin dejar ninguno con vida.

Los parientes de Ocozías y Jonadab

[12] De aquí partió para Samaria, y al llegar a la Casa-esquileo [8], que está junto al camino, [13] se encontró con los hijos de los hermanos de Ocozías [9], rey de Judá, y les preguntó: ¿Quiénes sois vosotros? Los cuales respondieron: Somos hermanos de Ocozías, y venimos a saludar a los hijos del rey y a los de la reina. [14] Dijo Jehú: Prendedlos vivos. Presos que fueron vivos, los degollaron junto a una cisterna vecina a la Casa-esquileo, en orden de cuarenta y dos hombres [10], sin perdonar a ninguno.

[15] Pasando adelante halló a Jonadab, hijo de Recab [11], que le salía al encuentro, y Jehú lo saludó, y dijo: ¿Es tu corazón recto y propenso hacia mí, como lo es mi corazón hacia el tuyo? Sí, por cierto, respondió Jonadab. Si lo es, replicó Jehú, dame tu mano. Y él le dio la mano. Y lo hizo Jehú subir en su coche, [16] diciéndole: Ven conmigo, y verás mi celo por el Señor [12]. Y así que lo tuvo en el coche, [17] lo llevó a Samaria, donde acabó de matar a cuantos habían quedado allí de la casa de Acab, sin dejar uno siquiera; conforme a la palabra del Señor pronunciada por Elías.

La trampa del templo de Baal

18 Juntó también Jehú a todo el pueblo, y le dijo: Acab tributó algún culto a Baal; pero yo se lo tributaré mayor [13].
19 Ahora, pues, convocadme a todos los profetas de Baal, y a sus adoradores todos, y a todos sus sacerdotes; ninguno deje de venir, porque voy a hacer un sacrificio grandioso a Baal; todo aquel que faltare, morirá. Mas Jehú trazaba todo esto astutamente para acabar con todos los adoradores de Baal. 20 Y así es que dijo: Promulgad una fiesta solemne a Baal [14]. Y echó un bando, 21 y lo hizo publicar en todos los términos de Israel. Con esto acudieron todos los ministros de Baal; no quedó ni uno siquiera que no asistiese. Y entraron en el templo de Baal, y se llenó la casa de Baal de punta a cabo. 22 Dijo también a los que tenían el cargo de las vestiduras: Sacad vestiduras para todos los ministros de Baal. Y le sacaron las vestiduras. 23 Después de esto entrando Jehú con Jonadab, hijo de Recab, en el templo de Baal, dijo a los adoradores de Baal: Registrad bien, y mirad que no haya con vosotros ninguno de los siervos del Señor, sino los siervos de Baal.

24 Entraron, pues, para ofrecer las víctimas y holocaustos. Mas Jehú tenía dispuestos afuera ochenta hombres, a quienes había dicho: Cualquiera que dejare escapar alguno de estos hombres que yo entrego en vuestras manos, pagará con su vida la vida del que escapare. 25 Concluido

que fue el holocausto, dijo Jehú a sus soldados y capitanes:
Entrad y matadlos; que ninguno escape. Y los soldados y
capitanes los pasaron a cuchillo, arrojando fuera los
cadáveres [15]. De aquí marcharon a la ciudad del templo de
Baal, [26] y sacaron fuera del templo la estatua de Baal, y la
quemaron y redujeron a cenizas. [27] Destruyeron asimismo
el templo de Baal, e hicieron en su lugar letrinas [16] que
permanecen hasta hoy día. [28] Así Jehú exterminó del país
de Israel a Baal.

El juicio sobre Jehú

[29] Mas con todo eso no se apartó de los pecados de Jero-
boam, hijo de Nabat, e hizo pecar a Israel, ni abandonó los
becerros de oro que quedaban en Betel y en Dan [17]. [30] Por
lo demás el Señor dijo a Jehú: Por cuanto has ejecutado
con celo lo que era justo y agradable a mis ojos, y cumplido
todo lo que tenía resuelto en mi corazón contra la casa de
Acab, tus hijos hasta la cuarta generación ocuparán el
trono de Israel [18]. [31] Jehú no tuvo cuidado en caminar con
todo su corazón por la ley del Señor Dios de Israel; puesto
que no se apartó de los pecados de Jeroboam, el cual había
hecho pecar a Israel.

[32] En aquellos días comenzó el Señor a indignarse con
Israel [19]; y así Hazael lo derrotó, y devastó en todos sus
confines, [33] desde el Jordán hacia el oriente arruinando
toda la tierra de Galaad, de Gad y de Rubén, y de Manasés;

desde Aroer, situada junto al torrente de Arnón [20], hasta Galaad y Basán.

[34] Las otras cosas de Jehú, y todo cuanto hizo, y sus proezas de valor, ¿acaso ya no están escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? [35] Al fin durmió Jehú con sus padres, y fue sepultado en Samaria, y su hijo Joacaz le sucedió en el reino. [36] El tiempo que reinó Jehú sobre Israel en Samaria fue de veintiocho años [21].

¿Sabías que?

En 1846, el inglés Austen Henry Layard excavaba en Nimrud, la antigua Kalhu, junto al Tigris, cuando apareció un monolito de piedra negra de unos dos metros, en forma de obelisco, con veinte relieves y una larga inscripción cuneiforme. Layard, que aún no podía leerla, pensó por los elefantes y los monos de los tributarios que conmemoraba una conquista en la India. Cuando se descifró la escritura, se supo que era un monumento de Salmanasar III, y sobre uno de los relieves se leyó: «Tributo de Jehú, hijo de Omrí»: plata, oro, vasos de oro, estaño y un cetro, entre otras cosas. Jehú, o un enviado suyo, aparece postrado con la frente en tierra ante el rey asirio, en el 841 a. C. Los asirios lo llamaban «hijo de Omrí», aunque había exterminado esa casa. El obelisco está en el Museo Británico.

La palabra cumplida: el fin de la casa de Acab

Quién	Qué le pasó	Qué se había anunciado
Ocozías de Israel	Muere en su cama (1,17)	«No te levantarás» (1,4.16)
Joram de Israel	Asaeteado, arrojado al campo de Nabot (9,24-26)	1 Re 21,19.29
Ocozías de Judá	Herido, muere en Meguido (9,27; otra versión en 2 Cr 22,9)	—
Jezabel	Arrojada por la ventana, comida por los perros (9,33-37)	1 Re 21,23; 2 Re 9,10
Setenta hijos de Acab	Degollados en Samaria (10,1-8)	1 Re 21,21; 2 Re 9,8
Su corte	Grandes, íntimos y sacerdotes, muertos (10,11.17)	«Por Elías» (10,17)
Parientes de Ocozías	Cuarenta y dos, junto a un pozo (10,14)	—
Fieles de Baal	Muertos en su templo (10,18-27)	Cf. 1 Re 19,17
Atalía	Muerta junto al palacio (11,16)	—
Casa de Jehú	Cuatro generaciones; acaba con Zacarías (15,8-12)	10,30; Os 1,4

No cayó en tierra ni una palabra del Señor (10,10): Samuel y Reyes son «una sucesión de anuncios de desgracia y de su cumplimiento» (Comisión Bíblica, 2014, n. 15). Las rayas marcan las muertes que ningún oráculo anunció, y Oseas juzga esa sangre. Sobre Tel Dan y el Obelisco Negro, ver el recuadro de 2 Sam 8 y el cuadro de las inscripciones en 1 Reyes 16.

PARA PROFUNDIZAR

Jehú: el celo del Señor y la sangre de Jezrael

Pocas páginas de la Biblia son tan violentas como los capítulos 9 y 10. Todo empieza en un cuarto cerrado de Ramot de Galaad, donde un discípulo de Eliseo unge a un general y huye (ver nota a 9,1). En pocas horas, Joram cae atravesado por una flecha en el campo de Nabot, Ocozías de Judá muere en Meguido y Jezabel es arrojada por la ventana (ver nota a 9,30). Siguen las cabezas de setenta príncipes en dos montones a la puerta de Jezrael, cuarenta y dos parientes del rey de Judá degollados junto a un pozo y un gran sacrificio a Baal que termina con todos sus adoradores pasados a cuchillo. Todos preguntan si hay «paz»; nadie la encuentra.

El narrador da su juicio en dos frases. Por un lado, «no ha caído en tierra una sola palabra» de las que el Señor dijo por Elías contra la casa de Acab (10,10), y Dios aprueba que Jehú haya acabado con ella y con Baal: sus hijos reinarán hasta la cuarta generación (ver notas a 10,10 y 10,30). Por otro lado, Jehú «no tuvo cuidado en caminar con todo su corazón por la ley del Señor» (10,31): conserva los becerros de Betel y Dan, que le eran útiles, e Israel empieza a encogerse bajo Hazael (10,32-33).

La Biblia no deja solo este juicio. Casi un siglo después, bajo el bisnieto de Jehú, el profeta Oseas llama a su primer hijo Jezrael, «porque dentro de poco castigaré a la casa de Jehú por la sangre de Jezrael» (Os 1,4): la sangre que el narrador ve como cumplimiento, el profeta la ve como crimen. Fuera de la Biblia hay otras dos voces. En la estela de Tel Dan, un rey arameo, casi seguramente Hazael, se atribuye la muerte de un rey de Israel y de otro

de la «casa de David» (ver el recuadro de 2 Sam 8); en el Obelisco Negro, Jehú se postra ante Salmanasar III de Asiria en el 841 (ver el recuadro de este capítulo). Por eso algunos historiadores suponen apoyos o cálculos internacionales detrás de la revolución, pero las reconstrucciones se discuten.

¿Por qué cuenta la Biblia estas cosas? No para proponerlas como modelo. Benedicto XVI explicaba que la revelación «se acomoda al nivel cultural y moral de épocas lejanas» y narra «artimañas fraudulentas, actos de violencia, exterminio de poblaciones, sin denunciar explícitamente su inmoralidad», mientras que la predicación de los profetas «se alza vigorosamente contra todo tipo de injusticia y violencia» (*Verbum Domini*, n. 42). El Catecismo enseña que el Antiguo Testamento, aun con sus imperfecciones, da testimonio de la paciente pedagogía de Dios (n. 122), y la Comisión Bíblica añade que, al poner ante los ojos las consecuencias del mal, «la Palabra de Dios tiene función profética; y así invita a reconocer el mal para evitarlo y combatirlo» (2014, n. 126).

Los Padres no idealizaron a Jehú. San Agustín, que escribía contra quienes lo citaban para justificar la mentira, llamó a su engaño «mentira impía» y a su sacrificio, «sacrílego», y observó que su obediencia, ejercida por ansia de dominio, solo le valió un reino pasajero (*Contra la mentira*, n. 3). Torres Amat, en sus notas de 1824, recuerda ese juicio y habla de la «perversa astucia, y negra política de Jehú» (ver notas a 10,9 y 10,18). El Catecismo lo formula en general: «Nunca está permitido hacer el mal para obtener un bien» (n. 1789), y la vida humana es sagrada, porque solo Dios es Señor de la vida (n. 2258).

Para el cristiano, la clave es Cristo. Jehú presume: «verás mi celo por el Señor» (ver nota a 10,16). Cuando Santiago y Juan quieren hacer bajar fuego del cielo sobre una aldea samaritana, Jesús los reprende, y la Vulgata conserva sus palabras: no saben de qué espíritu son, porque el Hijo del hombre no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos (Lc 9,54-56). También Jesús arde de celo por la casa de su Padre (Jn 2,17), pero ese celo lo lleva a derramar su propia sangre, no la de sus enemigos, y san Pablo saca la consecuencia: vencer el mal con el bien (Rom 12,21). La historia de Jehú muestra hasta dónde puede llegar un celo religioso mezclado con la ambición; la Escritura la cuenta sin maquillaje y la deja abierta a la corrección de los profetas y, al final, del Evangelio.

PAUSA

1. Jehú invocaba la palabra de Dios para justificar su violencia. ¿Usas alguna vez la religión para tener razón o para imponerte a los demás?
2. Jehú quitó a Baal, pero conservó los becerros que le convenían. ¿Qué reformas haces a medias en tu vida, solo hasta donde no te cuestan?
3. El celo de Jesús lo llevó a dar su propia sangre. ¿Cómo puede tu celo por Dios convertirse en servicio y no en dureza?

Para orar. *Señor Jesús, que tu celo me consuma, pero para amar y servir, no para herir.*

11

Atalía y el niño Joás

En Jerusalén, la muerte de Ocozías desata otra matanza: su madre Atalía, hija de la casa de Acab, se apodera del trono y extermina a la familia real (vv. 1-3). Pero una princesa salva a un niño, y el sumo sacerdote Joíada lo esconde seis años en el templo. El capítulo cuenta después, con detalle casi militar, la conjura del séptimo año y la coronación (vv. 4-12), la muerte de Atalía (vv. 13-16) y la alianza que renueva al pueblo y derriba el templo de Baal (vv. 17-21). La «lámpara» prometida a David estuvo a punto de apagarse, y sobrevivió en un solo niño.

Atalía y el niño escondido

1 Por otra parte Atalía, madre de Ocozías [1], viendo muerto
a su hijo, se alzó con el mando, y mató toda la prosapia
real [2]. 2 Bien que Josabá, hija del rey Joram, hermana de
Ocozías [3], sacando a Joás, hijo de Ocozías, de en medio de
los demás hijos del rey, al tiempo que los iban matando, lo
robó, sacándole del dormitorio con su ama de leche, y lo
escondió de la furia de Atalía para que no fuese muerto. 3 Y
estuvo por espacio de seis años oculto con su ama de leche
en la casa del Señor [4]; mientras tanto reinó Atalía en el
país de Judá [5].

La conjura del sumo sacerdote

4 Pero a los siete años Joíada, convocando a los centuriones y soldados [6], los introdujo consigo en el templo del Señor, e hizo liga con ellos; y juramentándolos en la casa del Señor, les mostró el hijo del rey, 5 y les dio orden diciendo: He aquí lo que debéis hacer: 6 La tercera parte de vosotros que entra de semana [7], esté atenta en centinela hacia la habitación del rey; otra tercera parte guarde la puerta del sur, y la última tercera parte cuide de la puerta que cae detrás de la habitación de los escuderos o guardias, y haréis la guardia a la casa de Mesa. 7 Finalmente, de todos los que saliereis de semana, dos terceras partes estaréis de guardia en la casa del Señor, cerca del rey, 8 y lo rodearéis teniendo las armas en vuestras manos; que si alguno intenta entrar en el recinto del templo para insultarle, sea muerto; y estaréis al lado del rey, ora entre, ora salga.

9 Ejecutaron puntualmente todo lo que les había ordenado el sumo sacerdote Joíada, y tomando cada uno de sus gentes, así los que entraban de semana como los que salían, se presentaron al sumo sacerdote Joíada, 10 el cual les dio las armas y lanzas o escudos del rey David [8], que se guardaban en la casa del Señor. 11 Y se apostaron todos con las armas en la mano desde la derecha del templo o atrio, hasta la izquierda del altar y del templo, alrededor del rey.

12 Entonces Joíada sacó fuera al hijo del rey, y le puso la
diadema sobre la cabeza y el libro de la ley [9]; lo hicieron
rey, y lo ungieron; y dando palmadas le proclamaron, di-
ciendo: Viva el rey [10].

La muerte de Atalía y la alianza

13 En esto oyó Atalía las voces del pueblo que corría, y acu-
diendo al tropel de gente que estaba en el templo del Se-
ñor, 14 vio al rey colocado sobre el trono, según se
acostumbraba [11], y a los cantores y trompetas junto a él, y
a toda la gente del país llena de regocijo, tocando los cla-
rines; por lo que rasgó sus vestidos y gritó: Traición,
traición [12]. 15 Mas Joíada dio orden a los centuriones que
mandaban la tropa, diciéndoles: Sacadla fuera del recinto
del templo; y cualquiera que la siga, sea pasado a cuchillo.
Pues había dicho el sumo sacerdote: No sea muerta en el
templo del Señor [13]. 16 Con esto se apoderaron de ella, y la
llevaron a empellones por la calle de la entrada de los ca-
ballos, junto al palacio, y allí fue muerta.

17 Después asentó Joíada el pacto del Señor con el rey y con
el pueblo [14], de que sería pueblo del Señor; y asimismo un
tratado entre el rey y el pueblo. 18 E inmediatamente entró
todo el pueblo de la tierra en el templo de Baal, y derriba-
ron sus aras, e hicieron añicos sus imágenes, y delante del
mismo altar mataron a Matán, sacerdote de Baal [15]. Y el
sumo sacerdote puso guardias en la casa del Señor. 19 Y ca-

pitaneando a los centuriones y a las legiones de cereteos y feleteos [16], y a todo el pueblo de la tierra, condujeron al rey desde el templo del Señor, y por el camino de la puerta de los escuderos lo llevaron a palacio, donde se sentó sobre el trono de los reyes de Judá. [20] Y todo el pueblo de la tierra se regocijó, y quedó en reposo la ciudad [17] después que Atalía pereció a filo de espada en la casa del rey.

[21] Siete años tenía Joás cuando entró a reinar [18].

¿Sabías que?

En 1691, Jean Racine, que se había retirado del teatro, escribió *Athalie* para las alumnas del colegio de Saint-Cyr, fundado por Madame de Maintenon para educar a muchachas nobles sin recursos. En la tragedia, el sumo sacerdote Joad prepara la coronación del niño Joas, y la reina, atormentada por un sueño en que se le aparece su madre Jezabel, entra en el templo y cae en la trampa. Muchos la consideran su obra maestra. En 1733 Haendel estrenó en Oxford su oratorio *Athalia*, con un libreto inglés de Samuel Humphreys basado en Racine, y en la década de 1840 Mendelssohn compuso para la misma tragedia una música de escena, de la que se hizo famosa la «Marcha guerrera de los sacerdotes».

La lámpara de David

Momento	Qué pasa	Cita
La promesa	Una casa, un trono y un reino «para siempre»	2 Sam 7,12-16
La lámpara	Por amor a David, Dios no la deja apagarse	1 Re 11,36; 15,4; 2 Re 8,19; Sal 132,17
Joram de Judá	Mata a todos sus hermanos	2 Cr 21,4
Los árabes	Matan a sus hijos; solo queda el menor, Ocozías	2 Cr 21,16-17; 22,1
Jehú	Mata a Ocozías y a cuarenta y dos parientes	2 Re 9,27; 10,13-14
Atalía	Extermina la descendencia real; se salva un niño, Joás	2 Re 11,1-3
Isaías	Planean poner en el trono al «hijo de Tabeel»; la señal del Emmanuel	Is 7,6.14
El destierro	Joaquín, deportado a Babilonia	2 Re 24,12-15
Sedecías	Sus hijos, degollados ante sus ojos	2 Re 25,7
La esperanza	Joaquín sale de la cárcel y come a la mesa del rey	2 Re 25,27-30
El regreso	Salatiel y Zorobabel; «te haré como un anillo de sello»	1 Cr 3,17-19; Ag 2,23
Jesús	«Hijo de David»; «su reino no tendrá fin»	Mt 1,11-16; Lc 1,32-33

Dos veces sobrevive la lámpara de David en una sola persona: un niño escondido en el templo y un rey prisionero en Babilonia. La promesa no dependió de la fidelidad de los reyes, sino de la de Dios.

PARA PROFUNDIZAR

Atalía y el niño Joás: la lámpara de David no se apaga

En el capítulo 11, la violencia de Jehú llega a Jerusalén por otro camino. Atalía, hija de la casa de Acab y viuda de Joram de Judá, ve muerto a su hijo Ocozías y se alza con el poder matando a «toda la prosapia real» (11,1), es decir, a sus propios nietos. Es la única mujer que reinó sola en la historia que cuentan los libros de los Reyes, y lo hizo durante seis años. Pero una princesa, Josabá, hermana del rey muerto y esposa del sacerdote Joíada (2 Cr 22,11), roba un niño de pecho de entre los que estaban matando y lo esconde con su nodriza en el templo (ver nota a 11,2). La dinastía de David queda reducida a un niño escondido en un depósito de camas.

En el séptimo año, Joíada prepara la conjura con la precisión de un estratega: pacta con los jefes de la guardia, aprovecha el relevo del sábado para tener dos turnos a la vez, reparte las lanzas y los escudos del rey David y rodea al niño de hombres armados (11,4-11). Luego lo saca, le pone la diadema y «el testimonio», que Torres Amat entiende como el libro de la ley (ver nota a 11,12), lo unge, y el pueblo aplaude y grita «¡Viva el rey!». Atalía acude al ruido, ve al niño en el lugar del rey, rasga sus vestidos y grita «¡Traición, traición!» (11,14). La sacan del recinto sagrado y la matan junto al palacio.

El final no es solo un cambio de gobierno. Joíada sella dos alianzas: la del Señor con el rey y el pueblo, «de que sería pueblo del Señor», y la del rey con el pueblo (ver nota a 11,17). Primero Dios,

después el poder: un rey que gobierna bajo la Ley y un pueblo que lo reconoce. Cae el templo de Baal de Jerusalén, y «la ciudad quedó en reposo» (11,20). El narrador no oculta la dureza de la escena, pero la diferencia de la de Jehú: no hay engaño en el culto, se evita derramar sangre en el templo, y lo que se celebra al final es una alianza.

Detrás de la historia hay una promesa. Dios había prometido a David una casa y un trono «para siempre» (2 Sam 7,12-16) y, a pesar de los pecados de sus hijos, le había dejado una «lámpara» en Jerusalén (1 Re 11,36; 15,4; 2 Re 8,19; ver nota a 8,19). En pocos años esa lámpara estuvo a punto de apagarse varias veces: Joram de Judá mató a sus hermanos (2 Cr 21,4), los árabes mataron a sus hijos mayores (2 Cr 21,17; 22,1), Jehú acabó con Ocozías y con cuarenta y dos parientes (9,27; 10,13-14), y Atalía con el resto. Sobrevivió en un solo niño, como al final del libro sobrevivirá en un solo prisionero, el rey Joaquín, liberado en Babilonia (25,27-30; ver el cuadro «La lámpara de David»). El Salmo que la liturgia une a este relato canta la promesa de hacer brotar el poder de David y de preparar una lámpara para su ungido (Sal 132,17).

Muchos cristianos han visto aquí una figura. Un niño de la casa de David salvado de la matanza de los hijos del rey hace pensar en otro niño de la misma casa que escapa de la matanza de Belén (Mt 2,13-18), y antes en Moisés, salvado de las aguas (Éx 2,1-10): es un motivo que se repite en la historia de la salvación, sin necesidad de forzar las semejanzas. La lección de fondo es la de san Pablo: «si somos infieles, él permanece fiel» (2 Tim 2,13). La promesa no depende de la virtud de los reyes, sino de la fidelidad de Dios: el mismo Joás, salvado de la muerte y educado por un sa-

cerdote santo, terminará haciendo apedrear al hijo de su protector (ver nota a 12,2).

La historia inspiró a Racine su última tragedia, *Athalie* (1691), y a Haendel un oratorio (1733) (ver el recuadro de este capítulo). Pero la imagen más fuerte la da el propio texto: durante seis años, mientras una reina asesina gobernaba en el palacio, el futuro del pueblo de Dios dormía escondido en la casa del Señor, en brazos de una nodriza. Así suele guardar Dios sus promesas: en lo pequeño, en lo escondido y en lo frágil.

PAUSA

1. Josabá arriesgó su vida para salvar a un niño. ¿A quién podrías proteger tú, aunque te cueste?
2. Durante seis años, la promesa de Dios dependió de un niño escondido. ¿Qué promesa de Dios en tu vida parece hoy pequeña y escondida?
3. El pueblo renovó su alianza con el Señor antes que su pacto con el rey. ¿Qué lugar ocupa Dios en tus decisiones importantes?

Para orar. *Señor fiel, que nunca dejas apagarse la lámpara de tus promesas, cuida en mí la luz que encendiste.*

12

Joás repara el templo

Joás reina cuarenta años, y el libro se fija en una sola de sus obras: la reparación del templo. El capítulo tiene tres partes: el juicio sobre el rey y su dependencia del sacerdote Joiada (vv. 1-3); la reforma de la administración del dinero del templo, con el arca junto al altar y los encargados que pagan a los obreros sin rendir cuentas (vv. 4-16), y un final amargo: Joás compra la retirada de Hazael con los tesoros sagrados y muere asesinado por sus propios oficiales (vv. 17-21). Las Crónicas cuentan además su caída tras la muerte de Joiada.

Joás, rey de Judá

1 El año séptimo del reinado de Jehú [1] en Israel entró a reinar Joás, y reinó cuarenta años en Jerusalén. Se llamaba
su madre Sebia, y era de Bersabee. 2 Procedió Joás rectamente delante del Señor todo el tiempo que tuvo por director al sumo sacerdote Joiada [2]. 3 Verdad es que no quitó el sacrificar a Dios en los lugares altos [3]; porque todavía
el pueblo sacrificaba y ofrecía incienso en las alturas.

El dinero del templo

4 Y Joás había dicho a los sacerdotes: Todo el dinero de cosas consagradas que fuere presentado en el templo del Se-

ñor por los forasteros que pasaren [4], y el que se ofrece por rescate de la persona [5], y el que voluntariamente y al arbitrio de su corazón trae cada cual al templo del Señor, [5] lo han de recibir los sacerdotes según su turno [6] para reparar las quiebras de la casa del Señor, según vieren que necesite repararse alguna cosa. [6] Sin embargo, los sacerdotes no habían cuidado hasta el año veintitrés del reinado de Joás de hacer los reparos del templo. [7] Entonces llamó el rey Joás al sumo sacerdote Joíada y a los sacerdotes, y les dijo: ¿Por qué no habéis hecho los reparos [7] en la construcción del templo? No tenéis, pues, que recibir de aquí en adelante el dinero en vuestros turnos o semanas, sino dejadlo para reparar el templo. [8] Y así se prohibió a los sacerdotes continuar recibiendo del pueblo el dinero, y cuidar de la construcción y reparos de la casa.

[9] Entonces el sumo sacerdote Joíada mandó hacer una arca [8], y abrir encima de ella un agujero; y la colocó cerca del altar, a mano derecha de los que entraban en la Casa del Señor. Y los sacerdotes que estaban de guardia en las puertas echaban en ella todo el dinero que se ofrecía al templo del Señor. [10] Y cuando veían que había mucho dinero en el arca, venía un secretario del rey [9], y con el sumo sacerdote sacaban y contaban el dinero, que se hallaba en la casa del Señor, [11] y lo entregaban con su cuenta y razón en mano de los sobrestantes de los obreros de la casa

del Señor; quienes pagaban con él a los carpinteros y albañiles que trabajaban en la casa del Señor, 12 y hacían los reparos, y a los que labraban las piedras; y asimismo compraban con él la madera y piedra que se labraba; a fin de que fuese perfectamente restaurada la casa del Señor en todas partes que necesitaban de algún gasto para repararla.

13 Pero de este dinero, que se ofrecía al templo del Señor, no se hacían los cántaros o vasijas, ni los tridentes o arrejaques [10], ni los incensarios, ni las trompetas, ni vaso alguno de oro y plata; 14 porque todo era empleado en los que trabajaban en restaurar el templo del Señor; 15 y no se tomaban cuentas a aquellos hombres que recibían el dinero para distribuirlo a los obreros, sino que lo manejaban sobre su buena fe [11]. 16 Es de advertir que no se metía en el templo del Señor el dinero ofrecido por los delitos, o por los pecados [12], pues éste era propio de los sacerdotes.

Hazael y la muerte de Joás

17 En aquel tiempo Hazael, rey de Siria, salió a campaña, y poniendo sitio a Get, la tomó [13], y enderezó su mira contra Jerusalén. 18 Por cuya razón Joás, rey de Judá, tomó todas las ofrendas sagradas que habían ofrecido Josafat, y Joram, y Ocozías, reyes de Judá sus mayores, y las que él mismo había ofrecido, y toda la plata que se pudo hallar en los tesoros del templo del Señor, y en el palacio real, y

lo envió al rey de Siria Hazael [14], que con eso se retiró de Jerusalén.

[19] Las demás cosas de Joás y todos sus hechos, ¿no es así que están escritos en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? [20] Por último se sublevaron unos criados u oficiales de Joás, y formando entre sí una conjuración, le mataron en la casa o palacio de Mello, a la bajada de Sella [15]. [21] Los criados que le quitaron la vida fueron Josacar, hijo de Semaat, y Jozabad, hijo de Somer; y muerto que fue, lo sepultaron con sus padres en la ciudad de David, sucediéndole en el reino su hijo Amasías [16].

¿Sabías que?

En 2003 apareció en el mercado de antigüedades una lápida de piedra oscura, de origen desconocido, con una inscripción en hebreo antiguo en la que un rey llamado Joás contaba cómo había reparado el templo con el dinero de las ofrendas, como en este capítulo. De ser auténtica, habría sido un hallazgo extraordinario. Una comisión de expertos de la Autoridad de Antigüedades de Israel la declaró falsa ese mismo año, por rasgos de lengua y de escritura sospechosos y por una pátina que parecía artificial. Su propietario fue juzgado durante años y en 2012 fue absuelto de falsificación por falta de pruebas, aunque el tribunal advirtió que eso no demostraba la autenticidad de la lápida, que la mayoría de los especialistas tienen por falsa. También la arqueología bíblica necesita buena fe y controles.

Las cuentas del templo: Joás y Josías

Joás (2 Re 12)	Josías (2 Re 22)
Manda a los sacerdotes reparar el templo con las ofrendas (12,4-5)	Envía a Safán al sumo sacerdote Helcías (22,3-4)
En su año veintitrés aún no se ha reparado nada (12,6-8)	—
Un arca con un agujero junto al altar; los porteros echan el dinero (12,9)	Los porteros recogen el dinero (22,4)
El secretario del rey y el sumo sacerdote lo cuentan (12,10)	Safán da cuenta al rey (22,9)
Se paga a carpinteros, albañiles y canteros; madera y piedra (12,11-12)	Los mismos oficios y materiales (22,5-6)
No se piden cuentas: «sobre su buena fe» (12,15)	No se piden cuentas: «sobre su conciencia» (22,7)
No se hacen vasos ni trompetas (12,13-14)	—
—	Se halla el libro de la ley (22,8)
Las Crónicas: el arca a la puerta y la contribución de Moisés (2 Cr 24,8-14)	Las Crónicas: los levitas recogen y dirigen la obra (2 Cr 34,8-13)

El narrador cuenta las dos obras con el mismo esquema y casi las mismas palabras. En tiempos de Josías, una reparación del templo termina en el hallazgo que cambiará la historia de Judá (ver el capítulo 22).

PAUSA

1. Joás obró bien mientras tuvo a su lado a Joíada. ¿Quiénes te ayudan a mantenerte fiel, y cómo cuidas esas amistades?
2. Los encargados de las obras manejaban el dinero «sobre su buena fe». ¿Pueden fiarse de ti en lo pequeño y en lo económico?
3. Joás vació el templo que había restaurado para comprar la paz. ¿Qué cosas sagradas sacrificas tú para evitar un conflicto?

Para orar. *Señor, que mi fidelidad no dependa de quien tengo al lado, sino de tu gracia, todos los días de mi vida.*

13

La muerte de Eliseo

El capítulo cierra el ciclo de Eliseo, que había empezado en el capítulo 2, y lo enmarca entre dos reyes de la casa de Jehú. Tiene cuatro partes: Joacaz, que suplica al Señor en plena opresión aramea (vv. 1-9); Joás de Israel y la fórmula que cierra su reinado (vv. 10-13); la última escena de Eliseo, con las flechas de la victoria, su muerte y el muerto que revive al tocar sus huesos (vv. 14-21), y el respiro de Israel, que Dios concede por su alianza con los patriarcas (vv. 22-25). El profeta que había llenado con sus milagros los capítulos 2 a 8 se va casi en silencio, pero ni la muerte apaga su palabra.

Joacaz, rey de Israel

1 El año veintitrés del reinado de Joás, hijo de Ocozías, rey
de Judá, reinó Joacaz, hijo de Jehú, sobre Israel en
Samaria [1] por espacio de diecisiete años. 2 E hizo el mal en
la presencia del Señor, y siguió los pecados de Jeroboam,
hijo de Nabat (el cual hizo pecar a Israel), y no se arrepin-
tió de ellos. 3 Con lo que se encendió el furor del Señor
contra Israel, y lo entregó por mucho tiempo en poder de
Hazael [2], rey de Siria y en poder de Benadad, hijo de Ha-
zael. 4 Mas Joacaz hizo sus plegarias ante la presencia del
Señor [3], y lo oyó el Señor, vista la angustia de Israel, des-

trozado por el rey de Siria; 5y envió el Señor a Israel un
salvador [4] que lo libró del poder del rey de Siria; de suerte
que los hijos de Israel pudieron vivir en sus habitaciones
con tranquilidad, como en los tiempos anteriores. 6Mas
no por eso se desviaron de los pecados con que la casa de
Jeroboam hizo pecar a Israel, sino que los imitaron, tanto
que aun el bosque de Samaria [5] quedó en pie.

7A Joacaz no le había quedado de la gente de guerra más
que cincuenta soldados de a caballo, y diez carros de gue-
rra, y diez mil hombres de a pie; porque el rey de Siria los
había pasado a cuchillo y deshecho como al polvo de la era
en que se trilla [6]. 8Las otras cosas de Joacaz, y todos sus
hechos, y su valor, ¿no está escrito todo esto en el Libro de
los Anales de los Reyes de Israel? 9En fin Joacaz durmió
con el sueño de la muerte con sus padres, y lo sepultaron
en Samaria, sucediéndole en el trono su hijo Joás.

Joás, rey de Israel

10El año treinta y siete del reinado de Joás rey de Judá, co-
menzó a reinar, asociado a su padre [7] Joás, hijo de Joacaz,
sobre Israel en Samaria, y reinó por espacio de dieciséis
años. 11E hizo el mal en la presencia del Señor, y no se
apartó de ninguno de los pecados de Jeroboam, hijo de Na-
bat (que hizo pecar a Israel), sino que los imitó. 12Las de-
más cosas de Joás y todos sus hechos, y su valor, y cómo
hizo guerra contra Amasías, rey de Judá [8], ¿no está todo

escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel?
13 Joás fue a descansar en el sepulcro con sus padres; y Jeroboam ocupó su trono, después que fue Joás sepultado en Samaria con los demás reyes de Israel.

La muerte de Eliseo

14 Y sucedió antes que estando Eliseo enfermo de la enfermedad de que murió, pasó a visitarle Joás, rey de Israel; y llorando delante de él, decía: Padre mío, padre mío, carro armado de Israel y conductor suyo [9]. 15 Y le dijo Eliseo: Trae acá un arco y unas flechas; y habiéndole traído un arco y flechas, 16 dijo al rey de Israel: Pon tu mano sobre el arco. Cuando tuvo puesta la mano, puso Eliseo sus manos sobre las del rey [10]. 17 Y dijo: Abre la ventana que cae al oriente. Luego que la abrió, dijo Eliseo: Dispara una saeta. La disparó. Y dijo Eliseo: Saeta es ésta de salvación por el Señor [11], y saeta de salvación contra la Siria, porque tú derrotarás la Siria en Afec hasta consumirla.

18 Dijo más: Toma saetas; y habiéndolas tomado, le dijo de nuevo: Hiere la tierra con un dardo. Y habiéndola herido tres veces, cesó de tirar [12]. 19 Y se irritó contra él el varón de Dios, y dijo: Si hubieses tirado cinco o seis, o siete veces, hubieras herido a la Siria hasta exterminarla; mas ahora la vencerás por tres veces.

20 Murió al fin Eliseo, y lo sepultaron. Aquel mismo año
entraron por el país los guerrilleros o tropas ligeras de
Moab [13]. 21 Y unos hombres que iban a enterrar a un muer-
to, viendo a los guerrilleros, echaron el cadáver en el se-
pulcro de Eliseo y al punto que tocó los huesos de Eliseo, el
muerto resucitó y se puso en pie [14].

El Señor no abandona a Israel

22 Hazael, pues, rey de Siria, tuvo acosado a Israel en todo
el reinado de Joacaz. 23 Mas al cabo el Señor se compadeció
de ellos, y volvió hacia ellos sus ojos, a causa del pacto que
tenía hecho con Abrahán e Isaac, y Jacob [15]; y no quiso
enteramente perderlos, ni abandonarlos del todo hasta el
tiempo presente. 24 Finalmente, murió Hazael, rey de Si-
ria, y lo sucedió Benadad, su hijo [16]. 25 Entonces Joás, hijo
de Joacaz, recobró del poder de Benadad, hijo de Hazael,
las ciudades o plazas que había éste tomado a su padre Joa-
caz por derecho de guerra. Tres veces lo derrotó Joás [17], y
restituyó a Israel aquellas ciudades.

¿Sabías que?

En Sebastia, la antigua Samaria, al noroeste de Nablus, se alzan las ruinas de la catedral que los cruzados dedicaron a san Juan Bautista en el siglo XII. La levantaron donde una tradición antigua, que ya recoge san Jerónimo, situaba el sepulcro del Bautista junto a los de los profetas Eliseo y Abdías (Carta 108,13). Parte de esas ruinas es hoy la mezquita del profeta Yahya, el nombre árabe de Juan, y desde ella se baja a una cripta excavada en la roca que la tradición local sigue mostrando como la tumba de los tres.

PARA PROFUNDIZAR

Los huesos de Eliseo: la veneración de las reliquias

La última escena de Eliseo es de una sobriedad extraordinaria. El profeta que había llenado con sus milagros los capítulos 2 a 8 está enfermo de muerte, y el rey Joás baja a verlo y llora: «Padre mío, padre mío, carro de Israel y su caballería» (13,14), el mismo grito con que Eliseo había despedido a Elías (2,12). El anciano no habla de sí mismo, sino de la victoria de Israel: pone sus manos sobre las del rey, le hace disparar una flecha hacia el oriente y le manda golpear el suelo. Joás se detiene a la tercera vez, y la victoria será a medias, porque el deseo fue a medias (13,15-19). Luego, en un solo versículo, Eliseo muere y es sepultado. Pero el narrador añade una escena más: unos hombres que llevan a enterrar a un muerto ven llegar una banda de moabitas, arrojan el cadáver en

el sepulcro de Eliseo, y al tocar sus huesos el muerto revive y se pone en pie (13,20-21).

La Escritura misma comentó el episodio. Ben Sirá, al cantar a los antepasados, dice de Eliseo que «aun muerto, su cuerpo profetizó», y que «en vida hizo prodigios, y en la muerte, obras admirables» (Si 48,13-14). El Dios que actuaba por medio de su siervo vivo sigue actuando por medio de su cuerpo muerto: la santidad de un hombre de Dios no era solo una cualidad de su alma, había marcado también su carne.

El Nuevo Testamento conoce la misma lógica. Una mujer queda curada al tocar el manto de Jesús, y él siente que «ha salido de él una fuerza» (Mc 5,27-30); la gente saca a los enfermos a la calle para que los cubra la sombra de Pedro (Hch 5,15), y los pañuelos que habían tocado a Pablo curan a los enfermos (Hch 19,11-12). Desde muy pronto, los cristianos recogieron los restos de sus mártires. Hacia el 156, la Iglesia de Esmirna cuenta que tomó los huesos de su obispo Policarpo, quemado vivo, «más valiosos que las piedras preciosas», para reunirse junto a ellos en el aniversario de su martirio (*Martirio de Policarpo* 18). Y santa Paula, hacia el 386, oró en Sebaste ante los sepulcros de Eliseo, de Abdías y de Juan Bautista (san Jerónimo, Carta 108,13).

No faltaron las objeciones. Hacia el 406, el presbítero Vigilancio tachó de pagana la costumbre de besar y llevar en procesión los restos de los mártires. San Jerónimo le respondió con dureza y con una distinción que se hizo clásica: «¿Quién ha adorado jamás a los mártires? ¿Quién ha creído que un hombre fuera Dios?» (*Contra Vigilancio* 5); y en una carta escribe: «honramos

las reliquias de los mártires para adorar a Aquel de quien son mártires» (Carta 109,1). San Agustín cuenta que en el 386, en Milán, san Ambrosio halló los cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio, y que un ciego conocido de toda la ciudad recobró la vista al tocar con un paño el féretro (*Confesiones* IX,7,16). El concilio de Trento, en su sesión XXV (1563), enseñó que los cuerpos de los mártires y de los demás santos, que fueron «miembros vivos de Cristo y templo del Espíritu Santo» y han de resucitar, deben ser venerados por los fieles, y el Catecismo romano que siguió al concilio puso como ejemplo el muerto que revivió en el sepulcro de Eliseo. El Catecismo de la Iglesia Católica cuenta la veneración de las reliquias entre las formas de piedad popular que la catequesis debe acompañar (n. 1674).

La misma página marca los límites. El que da la vida no son los huesos, sino Dios: dos versículos después, el narrador dice que fue el Señor quien «se compadeció» de Israel (13,23). Atribuir a un objeto una eficacia casi mágica, separada de la fe y de la oración, es superstición (Catecismo, n. 2111), y la historia conoce los abusos del comercio de reliquias, que el mismo Trento quiso cortar. Venerar los restos de los santos no es un culto a la muerte: el Dios de Eliseo «no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mc 12,27). Por eso esta escena mira hacia delante. Un cuerpo que, aun muerto, da vida anuncia el cuerpo de Cristo resucitado y la esperanza de que también nuestros cuerpos, templos del Espíritu Santo (1 Cor 6,19), resuciten.

PAUSA

1. Joás se detuvo a la tercera flecha. ¿En qué aspecto de tu vida te conformas con poco ante lo que Dios quiere darte?
2. Un rey que «hizo el mal» llora ante el profeta y reconoce en él la fuerza de su pueblo. ¿Quiénes son para ti «carro y caballería», personas cuya fe te sostiene?
3. Los huesos de Eliseo dieron vida aun después de su muerte. ¿Qué te gustaría que quedara de tu vida cuando ya no estés?

Para orar. *Señor, Dios de los vivos, que obras maravillas por tus santos, no dejes que me canse antes de tiempo de pedirte la victoria.*

14

Amasías de Judá y Jeroboam II

La narración vuelve a Judá. Amasías, hijo del Joás que fue salvado de niño, empieza bien: castiga a los asesinos de su padre sin tocar a sus hijos, como manda la ley, y vence a Edom (vv. 1-7). Pero la victoria se le sube a la cabeza: desafía a Joás de Israel, que le responde con una fábula, y lo pierde todo; Judá es derrotado, la muralla de Jerusalén queda abierta, el templo saqueado, y él mismo muere asesinado (vv. 8-22). El capítulo termina con Jeroboam II, el rey más largo y próspero del norte, que recupera las fronteras de Israel según la palabra del profeta Jonás (vv. 23-29).

Amasías, rey de Judá

1 En el segundo año de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel,
entró a reinar Amasías, hijo del otro Joás [1], rey de Judá.
2 Veinticinco años tenía cuando comenzó a reinar; y reinó
veintinueve años en Jerusalén. Se llamaba su madre Joa-
dán, natural de Jerusalén. 3 E hizo lo que era justo en la
presencia del Señor; mas no como David, su padre [2]. En
todo imitó el proceder de su padre Joás; 4 aunque tampoco
quitó los lugares altos, pues todavía sacrificaba el pueblo,
y quemaba incienso en las alturas.

5 Luego que entró en posesión del reino, hizo quitar la vida
a sus criados, que habían muerto al rey, su padre; 6 aunque
no mató a los hijos de los que lo habían muerto, conforme
a lo que se halla escrito en el libro de la ley de Moisés, se-
gún el precepto del Señor, que dice: No morirán los padres
por los hijos, ni los hijos por los padres [3], sino que cada
uno morirá por su pecado personal. 7 Este mismo derrotó
diez mil idumeos en el valle de las Salinas, y tomó a viva
fuerza a Petra [4], a la cual llamó Jectehel, nombre que con-
serva hasta hoy día.

La guerra de Amasías contra Israel

8 Entonces envió Amasías embajadores a Joás, hijo de Joa-
caz, hijo de Jehú, rey de Israel, diciendo: Ven, y veámonos
las caras [5]. 9 Y Joás, rey de Israel, envió a Amasías, rey de
Judá, esta respuesta: El cardo del Líbano envió a decir al
cedro [6] que está en el Líbano: Da tu hija por mujer a mi
hijo. Mas las bestias salvajes que habitan en el Líbano pa-
saron y pisotearon al cardo orgulloso. 10 Como tú has ven-
cido y derrotado a los idumeos, por esto se ha engreído tu
corazón. Conténtate con esa gloria, y estáte quedo en tu
casa: ¿a qué fin quieres acarrearte males para perderte tú
y Judá contigo?

11 Pero Amasías no quiso aquietarse. Por lo cual Joás, rey
de Israel, salió a campaña, y encontrándose él y Amasías,
rey de Judá, junto a Betsamés, ciudad de Judá, 12 fue el

ejército de Judá derrotado por el de Israel; y cada cual huyó a su casa. 13 Y Joás, rey de Israel, hizo prisionero en la batalla de Betsamés a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo de Ocozías, y lo llevó a Jerusalén; y abrió una brecha de cuatrocientos codos en la muralla de Jerusalén [7], desde la puerta de Efraín hasta la puerta de la esquina. 14 Y tomó todo el oro y plata, y todas las alhajas que se hallaron en el templo del Señor, y en los tesoros del rey, y los rehenes; y volvió a Samaria.

15 Las demás acciones de Joás y el valor con que peleó contra Amasías, rey de Judá, ¿todo eso no está escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 16 Finalmente, Joás pasó a descansar con sus padres, y fue sepultado en Samaria con los reyes de Israel, sucediéndole en el reino su hijo Jeroboam Segundo [8]. 17 Mas Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años después de la muerte de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel. 18 Lo restante de las acciones de Amasías, ¿no está todo escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? 19 Contra éste se suscitó una conjuración en Jerusalén, por causa de la cual huyó a Laquís [9]; pero destacaron gentes a Laquís, y allí lo mataron. 20 Lo transportaron después de allí en un carro tirado de caballos, y fue sepultado en Jerusalén con sus padres en la ciudad de David. 21 Luego todo el pueblo de Judá cogió a Azarías, que era de dieciséis años [10], y lo proclamó rey en

lugar de Amasías, su padre. 22 Este reedificó a Elat, y la restituyó a Judá, después que el rey pasó a descansar con sus padres.

Jeroboam II, rey de Israel

23 El año decimoquinto del reinado de Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, entró a reinar en Samaria Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, y reinó cuarenta y un años [11]. 24 Y obró el mal delante del Señor, en nada se apartó de todos los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. 25 Restableció en el primitivo estado los límites del reino de Israel, reconquistando desde la entrada de Emat hasta el mar del desierto [12], conforme a la palabra del Señor Dios de Israel, pronunciada por su siervo el profeta Jonás hijo de Amati [13] natural de Get, ciudad situada en Ofer.

26 Porque vio el Señor la amarguísima aflicción de Israel, y que habían perecido a filo de espada hasta los que estaban en la cárcel, y los más desvalidos [14], y que no había quien socorriese a Israel. 27 No había decretado el Señor borrar el nombre de Israel [15] de debajo del cielo; y así los libertó por mano de Jeroboam, hijo de Joás. 28 Las demás cosas de Jeroboam, y todo cuanto hizo, y el valor con que combatió, y cómo restituyó a Israel las ciudades de Damasco y Emat, que habían sido de Judá [16], ¿no está todo eso escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 29 En fin, Jero-

boam fue a reposar con sus padres, los reyes de Israel, y lo sucedió en el reino su hijo Zacarías.

¿Sabías que?

En 1904, el alemán Gottlieb Schumacher excavaba en Meguido cuando apareció un sello de jaspe con un león rugiente, finamente grabado, y una inscripción en letras hebreas antiguas: «De Shemá, siervo de Jeroboam». «Siervo del rey» era el título de un alto funcionario. La mayoría de los estudiosos, por la forma de las letras y el estilo del grabado, lo atribuyen a un ministro de Jeroboam II; algunos piensan en Jeroboam I. El original fue enviado al sultán otomano en Estambul y se perdió; hoy se conoce por un vaciado en bronce y por fotografías.

PAUSA

1. Amasías cumplió la ley con los hijos de los asesinos, pero la victoria lo volvió orgulloso. ¿Qué éxitos te hacen olvidar tus límites?
2. Joás le dijo a Amasías: «Conténtate con esa gloria». ¿Hay alguna batalla innecesaria que te convendría dejar?
3. Dios salvó a Israel por medio de un rey que no lo merecía. ¿Dónde has visto actuar a Dios por caminos que no esperabas?

Para orar. *Señor, que no habías decretado borrar el nombre de tu pueblo, líbrame del orgullo y enséñame a confiar en tu misericordia.*

15

Ozías y los últimos reyes de Israel

Medio siglo de historia corre en un capítulo. En Judá, dos reinados largos y tranquilos: el de Azarías, el rey leproso, al que otros textos llaman Ozías (vv. 1-7), y el de su hijo Joatam (vv. 32-38). En Israel, en cambio, tras la muerte de Jeroboam II, todo se precipita: cinco reyes en unos veinte años, cuatro de ellos asesinados, y la sombra creciente de Asiria, que cobra tributo a Manahem y deporta el norte del país en tiempos de Facee (vv. 8-31). El narrador apenas comenta: la rapidez de los golpes de Estado habla por sí sola.

Azarías (Ozías), rey de Judá

1 El año veintisiete del reinado de Jeroboam, rey de Israel,
entró a reinar Azarías, hijo de Amasías, rey de Judá.
2 Dieciséis años tenía cuando comenzó a reinar, y reinó
cincuenta y dos años en Jerusalén. Se llamaba su madre
Jequelía, natural de Jerusalén. 3 E hizo lo que era agrada-
ble al Señor, imitando en todo y por todo a su padre Ama-
sías. 4 Verdad es que no demolió los lugares altos, pues to-
davía el pueblo sacrificaba y quemaba incienso a Dios en
las alturas. 5 Mas el Señor castigó al rey; el cual estuvo le-
proso hasta el día de su muerte [1], y habitó separado en
una casa aislada. Mientras tanto Joatam, hijo del rey, go-

bernaba el palacio, y administraba justicia al pueblo de aquella tierra. 6 Las demás cosas de Azarías y todos sus hechos, ¿no están escritos en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? 7 Pasó, en fin Azarías a descansar con sus padres, y fue sepultado con sus antepasados en la ciudad de David, sucediéndole en el reino su hijo Joatam.

Cuatro reyes en Samaria

8 El año treinta y ocho del reinado de Azarías, rey de Judá, reinó Zacarías, hijo de Jeroboam, sobre Israel, en Samaria, por espacio de seis meses; 9 e hizo el mal delante del Señor, así como lo habían hecho sus padres. No se desvió de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat que hizo pecar a Israel. 10 Conjuró contra él Sellum, hijo de Jabés, y acometiéndolo en público [2], lo mató y reinó en su lugar. 11 Las demás cosas de Zacarías, ¿no están todas escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 12 Esta es la palabra que dio el Señor a Jehú, diciendo: Tus hijos hasta la cuarta generación [3] se sentarán en el trono de Israel; y así se cumplió.

13 Sellum, pues, hijo de Jabés, se apoderó del reino el año trigésimo nono de Azarías, rey de Judá, y reinó un solo mes en Samaria [4]. 14 Porque Manahem, hijo de Gadi, marchó desde Tersa, y fue a Samaria, e hiriendo a Sellum, hijo de Jabés, lo mató y reinó en su lugar. 15 Las demás acciones de Sellum y la conjuración que tramó engañosamente,

¿no está ya escrito esto en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 16 Entonces fue cuando Manahem se apoderó de Tapsa y mató a todos sus moradores y devastó su territorio desde Tersa, porque no quisieron abrirle las puertas, y mató a todas las mujeres preñadas, a las cuales hizo rasgar el vientre [5].

17 El año trigésimo nono del reinado de Azarías, rey de Judá, comenzó a reinar pacíficamente [6] en Samaria sobre Israel Manahem, hijo de Gadi, y reinó diez años; 18 e hizo lo que era malo delante del Señor. No se apartó de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel todo el tiempo de su reinado. 19 Ful, rey de los asirios [7], vino entonces a esta tierra; y dio Manahem a Ful mil talentos de plata para que lo ayudase, y lo asegurase en el trono. 20 E hizo pagar Manahem este dinero a todos los poderosos y ricos de Israel, a razón de cincuenta siclos de plata por cabeza [8], para darlo al rey de los asirios. Con eso el rey de los asirios se retiró y no se detuvo en el país. 21 Las demás cosas de Manahem y todas sus acciones, ¿no están ellas escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel? 22 En fin, Manahem fue a descansar con sus padres; y su hijo Faceía entró a reinar en su lugar.

23 El año quincuagésimo del reinado de Azarías, rey de Judá, comenzó a reinar Faceía, hijo de Manahem, sobre Israel, en Samaria, y reinó dos años. 24 E hizo lo que era

malo a los ojos del Señor; no se apartó de los pecados de
Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel.
25 Conjuró contra él Facee, hijo de Romelías, general suyo,
el cual le acometió con cincuenta hombres naturales de
Galaad, en Samaria, en la torre de la casa real, cerca de Ar-
gob y de Arie [9]; y le quitó la vida, y reinó en su lugar. 26 Las
demás cosas de Faceía y todas sus acciones, ¿no están ya
escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Israel?

Facee de Israel y Joatam de Judá

27 El año quincuagésimo segundo del reinado de Azarías,
rey de Judá, ocupó el trono Facee, hijo de Romelías, el cual
reinó sobre Israel en Samaria por espacio de veinte años;
28 e hizo lo malo en la presencia del Señor; no se apartó de
los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a
Israel. 29 En el reinado de Facee, rey de Israel, vino Teglat-
falasar, rey de Asur, y se apoderó de Ayrón, y de Abel-Casa
de Maaca, y de Janoé, y de Cedes, y de Asor, y de Galaad, y
de Galilea y de todo el país de Neftalí; y trasportó sus habi-
tantes a la Asiria [10]. 30 Mas Osee, hijo de Ela, formó una
conjuración contra Facee, hijo de Romelías, y le armó ase-
chanzas, lo hirió y lo mató, y reinó en su lugar, en el año
vigésimo de Joatam [11], hijo de Ozías. 31 Las demás cosas de
Facee y todo cuanto hizo, ¿no está todo escrito en el Libro
de los Anales de los Reyes de Israel?

32 El año segundo de Facee, hijo de Romelías, rey de Israel,
ocupó el trono Joatam, hijo de Ozías, rey de Judá.
33 Veinticinco años tenía cuando comenzó a reinar; y reinó
dieciséis años en Jerusalén. Se llamaba su madre Jerusa,
hija de Sadoc. 34 Hizo lo que era agradable a los ojos del Se-
ñor; y se condujo en todo conforme se había conducido su
padre Ozías. 35 Verdad es que no arruinó los lugares altos;
todavía siguió el pueblo sacrificando y ofreciendo incienso
a Dios en las alturas. Edificó la puerta más alta de la casa
del Señor [12]. 36 Las demás cosas de Joatam y todos sus he-
chos, ¿no están ya escritos en el Libro de los Anales de los
Reyes de Judá? 37 En aquellos días comenzó el Señor a en-
viar contra Judá a Rasín [13], rey de la Siria, y a Facee, hijo
de Romelías. 38 Pasó Joatam a descansar con sus padres, y
fue sepultado con ellos en la ciudad de David, su padre, su-
cediéndole en el reino su hijo Acaz.

¿Sabías que?

En 1931, el arqueólogo Eleazar Sukenik encontró en la colección del convento ruso del monte de los Olivos una lápida de piedra caliza con una inscripción aramea: «Aquí fueron traídos los huesos de Ozías, rey de Judá. No abrir». Por la escritura es de la época del segundo templo, unos siete siglos posterior al rey: alguien trasladó entonces sus restos. Las Crónicas cuentan que, por ser leproso, no lo enterraron en el sepulcro de los reyes, sino «en el campo» que les pertenecía (2 Cr 26,23). La lápida se conserva hoy en el Museo de Israel, en Jerusalén.

Israel y Judá, de Jehú a la caída de Samaria

Israel (el norte)	Judá (el sur)
Joram, 852 – 841 (3,1-3)	**Joram**, 848 – 841, y **Ocozías**, 841 (8,16-29)
Jehú, 841 – 814: extermina la casa de Acab (9 – 10)	**Atalía**, 841 – 835: la única reina (11,1-20)
Joacaz, 814 – 798: la opresión de Hazael (13,1-9)	**Joás**, 835 – 796: restaura el templo (11,21 – 12,21)
Joás, 798 – 782: muere Eliseo (13,10-25)	**Amasías**, 796 – 767: vence a Edom; Joás lo derrota (14,1-22)
Jeroboam II, 793 – 753: Jonás, Amós, Oseas (14,23-29)	**Azarías** u **Ozías**, 792 – 740: el rey leproso (15,1-7)
Zacarías, seis meses, y **Sellum**, un mes: 753 – 752 (15,8-15)	Sigue Azarías
Manahem, 752 – 742: tributo a Asiria (15,17-22)	**Joatam** gobierna por su padre leproso desde hacia 750 (15,5)
Faceía, 742 – 740 (15,23-26)	**Joatam**, rey (15,32-38)
Facee, hasta 732: primera deportación (15,27-31)	**Acaz**, 735 – 715: vasallo de Asiria (16)
Oseas, 732 – 722 (17,1-6)	**Acaz**; después, **Ezequías** (18,1)
722: cae Samaria (17,6)	Judá sigue sola hasta el 587 (18 – 25)

Fechas aproximadas (a. C.), redondeadas según E. R. Thiele; los sistemas difieren en algunos años. El libro pasa de un reino al otro fechando a cada rey por los años del vecino («el año tal de...»), y esos sincronismos no siempre casan (1,17; 3,1; 8,16; 13,10; 15,30; 17,1; 18,1.9-10): hay reinados que se solapan, corregencias, como la de Joatam, y distintas maneras de contar los años. Sobre los sistemas, ver «Antes de empezar» en 1 Reyes.

PAUSA

1. Ozías quiso ocupar un lugar que no le correspondía. ¿Te cuesta aceptar los límites de tu propio servicio?
2. En Samaria los reyes se sucedían a fuerza de puñal. ¿Dónde ves hoy el poder buscado a cualquier precio, y cómo puedes resistirte a esa lógica?
3. Manahem compró con plata la protección de Asiria. ¿En qué seguridades pones tu confianza en lugar de ponerla en Dios?

Para orar. *Señor, que en el año de la muerte del rey Ozías te mostraste santo a Isaías, enséñame a buscar tu reino antes que cualquier otro poder.*

16

Acaz y el altar de Damasco

Acaz es el primer rey de Judá desde Atalía al que el narrador juzga sin una sola palabra buena. El capítulo tiene tres partes: su idolatría, hasta hacer pasar a su hijo por el fuego (vv. 1-4); la guerra de Rasín y Facee contra Jerusalén, de la que Acaz se libra haciéndose vasallo de Asiria y pagándole con el tesoro del templo (vv. 5-9), y el altar que copia en Damasco y que arrincona el altar de bronce de Salomón (vv. 10-20). En esos mismos días, Isaías le ofrecía otra salida: confiar en Dios, con la señal del Emmanuel (Is 7).

Acaz, rey de Judá

1 El año decimoséptimo de Facee, hijo de Romelías, subió
al trono Acaz, hijo de Joatam [1], rey de Judá. 2 Veinte años
tenía Acaz cuando comenzó a reinar, y dieciséis años reinó
en Jerusalén. No hizo lo que era agradable a los ojos del
Señor Dios suyo, como David su padre; 3 sino que siguió
las huellas de los reyes de Israel; y además de eso consagró
su propio hijo, haciéndole pasar por el fuego [2], según la
idolatría de las naciones que disipó el Señor delante de los
hijos de Israel. 4 Asimismo sacrificaba víctimas y quemaba
incienso en las alturas, y en los collados, y debajo de cual-
quier árbol frondoso [3].

La guerra siro-efraimita

5 Entonces Rasín, rey de Siria, y Facee, hijo de Romelías,
rey de Israel, subieron a sitiar a Jerusalén [4]; y después de
haber tenido cercado a Acaz, no pudieron vencerlo. 6 Por
aquel tiempo Rasín, rey de Siria, volvió a incorporar a Aila
con la Siria; y arrojó de Aila a los judíos [5]; y vinieron los
idumeos a ocuparla y han habitado en ella hasta el día de
hoy.

7 Entonces Acaz despachó embajadores a Teglatfalasar, rey
de los asirios, para que le dijesen: Siervo tuyo soy, y tu
hijo [6]; ven y sálvame de las manos del rey de Siria y de las
manos del rey de Israel, que se han coligado contra mí. 8 Y
habiendo recogido cuanta plata y oro pudo hallarse en la
casa del Señor y en los tesoros del rey, se lo remitió como
un presente [7] al rey de los asirios; 9 el cual condescendió
con sus deseos. Marchó, pues, el rey de los asirios contra
Damasco, y la destruyó. Transportó sus moradores a
Cirene [8], y a Rasín le quitó la vida.

El altar de Damasco

10 Entonces el rey Acaz fue a Damasco a recibir a Teglatfa-
lasar, rey de los asirios; y viendo el altar de Damasco, en-
vió el rey Acaz al sumo sacerdote Urías un modelo de él [9],
que representaba exactamente todas sus labores. 11 Y el
sumo sacerdote Urías erigió un altar [10] conforme en un

todo a las órdenes que le había comunicado el rey Acaz
desde Damasco. El sumo sacerdote Urías hizo esto, mien-
tras el rey Acaz volvía de Damasco. 12 Y el rey, llegado que
hubo de Damasco, vio aquel altar, y lo veneró, y subió a
ofrecer en él holocausto [11], y su sacrificio. 13 E hizo las liba-
ciones y derramó la sangre de las víctimas pacíficas [12] sa-
crificadas sobre el altar.

14 Trasladó el altar de bronce, que estaba en la presencia
del Señor, desde la fachada del templo, y de su sitio y lugar
propio en el templo del Señor, y lo colocó a un lado de
aquel altar, al septentrión. 15 Además dio el rey Acaz al
sumo sacerdote Urías esta orden: Ofrecerás sobre este al-
tar grande el holocausto de la mañana y el sacrificio de la
tarde, y el holocausto del rey con su sacrificio, y el holo-
causto de todo el pueblo de la tierra con sus sacrificios y li-
baciones; y has de derramar sobre este altar toda la sangre
de los holocaustos, y toda la sangre de las víctimas. En
cuanto al altar de bronce estará pronto a disposición
mía [13]. 16 Hizo, pues, el sumo sacerdote Urías todo cuanto
el rey Acaz le había mandado.

17 Quitó también el rey Acaz las bases entalladas, y las con-
chas puestas encima de ellas, y la gran concha o mar [14] la
quitó igualmente de encima de los bueyes de bronce que la
sostenían, y la dejó sobre el pavimento enlosado.
18 Asimismo quitó el Musac del sábado [15], construido en el

templo; y por causa del rey de los asirios hizo en la parte interior del templo del Señor el pasadizo para ir a él desde su palacio que antes estaba en la parte de afuera. [19] Las otras cosas que hizo Acaz, ¿no están ellas escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? [20] En fin, Acaz pasó a descansar con sus padres, y fue sepultado con ellos en la ciudad de David, sucediéndole en el reino su hijo Ezequías [16].

¿Sabías que?

El oratorio *El Mesías*, que Georg Friedrich Händel estrenó en Dublín el 13 de abril de 1742, con textos bíblicos reunidos por Charles Jennens, toma de este momento de la historia uno de sus pasajes más conocidos. En la primera parte, una contralto canta en recitativo: «He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, Dios con nosotros», uniendo las palabras de Isaías a Acaz con las de san Mateo (Is 7,14; Mt 1,23), y enlaza con el aria y coro «Oh tú, que anuncias buenas nuevas a Sión» (Is 40,9). La señal que Acaz no quiso pedir se canta hoy cada Navidad en medio mundo.

PARA PROFUNDIZAR

«*Hacer pasar a los hijos por el fuego*»

El libro de los Reyes vuelve una y otra vez sobre una práctica que hoy nos parece inconcebible. El rey de Moab sacrifica a su primogénito sobre la muralla (3,27); Acaz hace pasar a su hijo por el

fuego (16,3); el sermón sobre la caída de Samaria acusa de lo mismo a los israelitas del norte (17,17); los colonos de Sefarvaím «quemaban sus hijos» a sus dioses (17,31); Manasés repite el gesto de Acaz (21,6), y Josías profana el Tofet del valle de Ben-Hinón «a fin de que nadie consagrara su hijo o su hija a Moloc» (23,10). Algunos intérpretes judíos pensaron en un rito en el que el niño pasaba entre hogueras sin morir, pero las Crónicas dicen que Acaz «quemó a sus hijos» (2 Cr 28,3), y Ezequiel habla de hijos degollados (Ez 16,21).

La Ley lo prohíbe con dureza (Lv 18,21; 20,2-5; Dt 12,31; 18,10), y los profetas lo denuncian como el colmo de la idolatría. Jeremías pone en boca de Dios una frase tajante: lo hicieron en el Tofet, «cosa que yo no mandé ni me pasó por la mente» (Jer 7,31; 19,5; 32,35). Miqueas desmonta la lógica que lo sostenía: «¿Daré a mi primogénito por mi delito?» (Miq 6,7). La frase más difícil es de Ezequiel: Dios dice que les dio «preceptos que no eran buenos» y que los contaminó con sus ofrendas, «cuando hacían pasar por el fuego a todo primogénito» (Ez 20,25-26). Muchos la entienden como una manera extrema de decir que Dios los abandonó a sus propios caminos (cf. Rom 1,24), y quizá como alusión a quienes leían mal la ley de los primogénitos, que debían ser rescatados, no inmolados (Éx 13,13-15; 34,20).

¿Quién era Moloc? El hebreo dice «hacer pasar para el Mólej» (Lv 18,21). Unos ven en él un dios, quizá el Milcom de los amonitas (1 Re 11,7) o un título de Baal; otros, desde que el alemán Otto Eissfeldt lo propuso en 1935, piensan que molk era el nombre de un tipo de sacrificio, como en las inscripciones fenicias y púnicas. En el tofet de Cartago se hallaron miles de urnas con huesos que-

mados de niños pequeños y de animales: la mayoría de los estudiosos ve en ellas sacrificios, que mencionan autores antiguos como Diodoro de Sicilia (*Biblioteca histórica* XX,14), y otros, un cementerio de niños muertos al nacer (ver Lv 18,21). La discusión no está cerrada.

La escena de Acaz tiene su contexto. Jerusalén estaba cercada por los reyes de Damasco y de Samaria (16,5), y en el mundo antiguo se pensaba que, en el peligro extremo, el don más precioso podía torcer la voluntad de los dioses, como hizo el rey de Moab (ver nota a 3,27). En esa misma guerra, Isaías ofreció al rey otro camino: confiar en el Señor y pedirle una señal. Acaz se negó, y el profeta anunció: «la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14). San Mateo verá la señal cumplida en Jesús (Mt 1,23). El contraste es elocuente: el rey entrega a su hijo para salvarse; Dios da un hijo para salvar a su pueblo.

La Biblia había contado ya, en su primer libro, la historia de un padre dispuesto a sacrificar a su hijo y de un Dios que detiene su mano (Gn 22; ver el ensayo del capítulo 22 del Génesis). El Dios de Israel pide el corazón, no la sangre de los niños. Y cuando san Pablo habla del Padre que «no perdonó a su propio Hijo» (Rom 8,32), invierte la lógica de Moloc: no es el hombre quien entrega a sus hijos para comprar el favor de Dios, sino Dios quien se entrega para salvar a los hombres.

La Iglesia lee estas páginas como historia y como advertencia. «La vida humana ha de ser tenida como sagrada, porque desde su inicio es fruto de la acción creadora de Dios», recuerda el Catecis-

mo (n. 2258), y enseña que la idolatría, que consiste en «divinizar lo que no es Dios», es «una tentación constante de la fe» (n. 2113): los dioses falsos terminan siempre exigiendo vidas. Del valle de Ben-Hinón, donde estaba el Tofet, viene el nombre de la gehena, la imagen del infierno en el Evangelio (Mt 5,22). Y frente a ella resuena la palabra de Jesús: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis» (Mc 10,14).

PAUSA

1. Acaz buscó la salvación en el rey de Asiria y no en Dios. ¿A qué «poderosos» acudes primero cuando tienes miedo?
2. Acaz copió el altar de Damasco, deslumbrado por el vencedor. ¿Qué modelos ajenos han ido desplazando lo esencial en tu fe?
3. El hijo de Acaz fue Ezequías, el rey más elogiado de Judá. ¿Qué te dice esto sobre la herencia que recibimos y la libertad de cada uno?

Para orar. *Señor, Emmanuel, Dios con nosotros, dame la fe que le faltó a Acaz para confiar en ti en medio del peligro.*

17

La caída de Samaria

El capítulo cuenta el fin del reino del norte, unos doscientos años después de la división, y es una de las páginas clave del libro. Tiene tres partes: los hechos, en pocas líneas (vv. 1-6): Oseas, vasallo rebelde de Asiria, Samaria sitiada y tomada, los israelitas deportados; el largo sermón del narrador que explica por qué cayó Israel (vv. 7-23), y lo que vino después (vv. 24-41): los colonos traídos por Asiria, los leones, el sacerdote enviado a Betel y una religión mezclada. De esa última parte nació la imagen que los judíos tuvieron durante siglos de los samaritanos.

Oseas y la caída de Samaria

1 El año duodécimo del reinado de Acaz, rey de Judá, comenzó a reinar pacíficamente sobre Israel en Samaria Osee [1], hijo de Ela, y reinó nueve años. 2 E hizo el mal delante del Señor; aunque no tanto como los reyes de Israel sus predecesores [2]. 3 Contra éste vino Salmanasar, rey de los asirios, y Osee se hizo su feudatario [3], y le pagaba tributo. 4 Mas como descubriese el rey de los asirios que Osee había enviado embajadores a Sua, rey de Egipto [4], con intención de rebelarse contra el rey de los asirios y no pagarle el acostumbrado anual tributo, habiéndole cogido prisionero, lo encerró en una cárcel. 5 Porque Salmanasar co-

menzó haciendo correrías por todo el país, y al fin acercándose a Samaria la tuvo sitiada tres años [5]; [6] hasta que el año noveno del reinado de Osee fue tomada Samaria por el rey de los asirios [6], y trasladados a Asiria los israelitas, los cuales colocó en Hala y en Habor, ciudades de la Media junto al río Gozán.

Por qué cayó Israel

[7] La causa fue que los hijos de Israel habían pecado [7], adorando dioses ajenos, contra el Señor Dios suyo que los había sacado de la tierra de Egipto del poder del faraón, rey de Egipto; [8] y siguiendo los ritos o prácticas de las naciones que el Señor había destruido delante de los hijos de Israel, y los ritos o costumbres de los reyes de Israel que habían hecho lo mismo. [9] Habían, pues, los hijos de Israel ofendido al Señor Dios suyo con su mal proceder; y habían erigido altares en los lugares altos en todas sus ciudades, desde las torres de guardas hasta las plazas fuertes o grandes ciudades [8]. [10] Y habían plantado bosques o arboledas, y levantado estatuas en todo collado alto, y debajo de todo árbol frondoso, [11] quemando allí incienso sobre los altares, a imitación de las naciones que había dispersado el Señor así que entraron en aquella tierra; y habían cometido acciones muy criminales provocando la ira del Señor. [12] Adoraron las inmundicias o ídolos contra el precepto con que se lo había prohibido el Señor.

13 Sobre lo cual no cesó el Señor de amonestarlos, así en Israel como en Judá, por medio de todos los profetas y videntes [9] diciendo: Convertíos de vuestras pésimas costumbres, observad mis preceptos y ceremonias, conforme a todas las leyes que promulgué a vuestros padres, y como os lo he enviado a decir por medio de mis siervos, los profetas. 14 Mas ellos no dieron oídos; antes endurecieron su cerviz, o se obstinaron [10], imitando la dureza de sus padres, los cuales no quisieron obedecer al Señor Dios suyo. 15 Y desecharon sus leyes y el pacto que había concertado con sus padres, despreciando las amonestaciones con que los reconvino; y siguiendo las vanidades o ídolos se infatuaron [11], e imitaron a las naciones circunvecinas, sobre las cuales les había prevenido el Señor que no hicieran lo que ellas hacían. 16 Y abandonaron todos los preceptos del Señor Dios suyo, y se formaron dos becerros de fundición, y bosques y adoraron a toda la milicia o constelaciones del cielo [12]; y dieron culto a Baal; 17 y consagraron a sus hijos e hijas por medio del fuego [13]; y se ocuparon en adivinaciones y agüeros; en suma, se abandonaron a toda maldad delante del Señor, provocando su ira.

18 Por tanto el Señor se indignó altamente contra Israel, y lo arrojó de delante de sí, y no quedó sino la sola tribu de Judá. 19 Mas ni aun la misma tribu de Judá observó los mandamientos [14] del Señor Dios suyo; antes bien imitó los

extravíos o errores en que había incurrido Israel. 20 Y así el
Señor desechó a todo el linaje de Israel, y lo castigó y lo en-
tregó en manos de sus opresores, hasta que lo arrojó enter-
amente de su presencia. 21 Enojado ya desde aquel tiempo
en que Israel, separándose de la casa de David, eligió por
rey suyo a Jeroboam, hijo de Nabat; pues Jeroboam apartó
del Señor a Israel, y le hizo cometer el pecado grande de
idolatría [15]. 22 Imitaron los hijos de Israel todas las malda-
des de Jeroboam, y jamás se apartaron de ellas. 23 Hasta
tanto que el Señor arrojó de su presencia a Israel, como lo
tenía predicho por medio de todos los profetas, sus sier-
vos. Y fue Israel transportado de su tierra a la Asiria, en
donde se halla hasta hoy día [16].

Los nuevos pobladores de Samaria

24 Y en lugar de los hijos de Israel hizo venir el rey de los
asirios gentes de Babilonia [17], y de Cuta, y de Ava, de
Emat, y de Sefarvaím, y las puso en las ciudades de Sama-
ria; y estas gentes poseyeron la Samaria, y habitaron en
sus ciudades. 25 Mas cuando comenzaron a morar en ellas,
no temían al Señor ni le adoraban; por lo que el Señor en-
vió contra dichas gentes leones [18] que las iban despeda-
zando. 26 Dieron aviso de esto al rey de los asirios y le dije-
ron: Las gentes que tú has transportado para poblar las
ciudades de Samaria, ignoran el culto del Dios de aquel
país, y el Señor ha enviado contra ellas leones que las van

despedazando, por cuanto no saben ellas el culto del Dios de aquella tierra. 27 En consecuencia el rey de los asirios dio orden diciendo: Llevad allá uno de los sacerdotes que se han traído de allí cautivos, y vaya a habitar con ellas, y enséñeles el culto del Dios de aquel país. 28 Habiendo, pues, ido uno de los sacerdotes que habían sido traídos cautivos de Samaria, habitó en Betel, y les enseñaba la manera de honrar al Señor [19].

29 Con todo eso, cada uno de dichos pueblos se fabricó su dios, que colocaron en los adoratorios de las alturas, que habían erigido los de Samaria [20]; cada nación puso el dios suyo en las poblaciones donde habitaba. 30 Porque los babilonios pusieron a su dios Socotbenot, y los cuteos a Nergel [21], y los de Emat a Asima. 31 Los heveos pusieron a Nebahaz y a Tartac. Mas los que eran de Sefarvaím quemaban sus hijos en honor de Adramelec y de Anamelec, dioses de Sefarvaím; 32 y no obstante todos estos pueblos adoraban al Señor. Crearon del bajo pueblo sacerdotes para los lugares altos, y los colocaban en los adoratorios de las alturas. 33 Y adorando al Señor, servían también a sus dioses [22], según el rito de las naciones de donde habían sido transportados a Samaria.

«Hasta el día presente»

34 Hasta el día presente perseveran en la costumbre antigua [23]; no temen al Señor, ni observan sus ceremo-

nias, ni los ritos, leyes, ni mandamientos comunicados
por el Señor a los hijos de Jacob, a quien puso el sobre-
nombre de Israel, [35] con quienes había firmado el pacto, y
a quienes había dado este precepto, diciendo: No temáis,
ni reverenciéis a dioses ajenos; no los adoréis ni les déis
culto ninguno, ni les ofrezcáis sacrificios, [36] sino al Señor
Dios vuestro que os sacó de la tierra de Egipto con gran
fortaleza y con el poder de su brazo; a ése habéis de temer,
a ése adorar, y a ése ofrecer sacrificios. [37] Observad asimis-
mo y cumplid constantemente las ceremonias y los ritos, y
leyes, y mandamientos que os dio por escrito, y no temáis
a los dioses extranjeros. [38] Y no echéis en olvido el pacto
que hizo con vosotros, ni tributéis culto a dioses ajenos;
[39] sino temed al Señor Dios vuestro, y él os librará de las
manos de todos vuestros enemigos. [40] Mas ellos no hicie-
ron caso de eso, sino que procedieron según su antigua
costumbre. [41] Recibieron, pues, dichas gentes el culto del
Señor; pero continuaron como antes en servir a sus ídolos;
y lo que hicieron sus padres, eso mismo hacen hasta hoy
día sus hijos y nietos [24].

¿Sabías que?

Sargón II, que se atribuye la conquista de Samaria, aparece una sola vez en la Biblia, en Is 20,1, y durante siglos fue poco más que un nombre; algunos lo confundían con otros reyes asirios. En 1843, el cónsul francés en Mosul, Paul-Émile Botta, empezó a excavar en Jorsabad y sacó a la luz su palacio de Dur-Sharrukin, «la fortaleza de Sargón», con largos frisos de relieves y enormes toros alados con cabeza humana. Con sus hallazgos se abrió en el Louvre, en 1847, la primera sala de arte asirio de Europa. En las losas del palacio, Sargón presume de haber sitiado y tomado Samaria.

Asiria contra Israel

Rey de Asiria	Qué cuentan sus inscripciones	En la Biblia
Salmanasar III 858 – 824	Qarqar (853); tributo de «Jehú, hijo de Omrí» (841): ver 1 Reyes	2 Re 9 – 10
Adad-nirari III 811 – 783	Somete a Damasco; tributo de «Joás de Samaria», hacia 796 (estela de Tell al-Rimah)	13,5 (¿el «salvador»?)
Teglatfalasar III 745 – 727	Tributo de «Menahem de Samaria», hacia 738; en Babilonia se llama Pulu	«Ful» (15,19-20)
Teglatfalasar III	Tributo de «Joacaz [Acaz] de Judá» (734); toma Damasco (732); Facee es derrocado, y él pone a Oseas	15,29-30; 16,7-10
Salmanasar V 727 – 722	Crónica babilónica: «arrasó Samaria»	17,3-6; 18,9-10
Sargón II 722 – 705	Se atribuye la toma de Samaria: 27.290 deportados; asienta allí a otros pueblos	17,6.24; Is 20,1
Senaquerib 705 – 681	Campaña del 701: Ezequías, «como un pájaro en su jaula»	18 – 19 (ver el cuadro del capítulo 18)
Asarhadón 681 – 669	«Manasés, rey de Judá», entre veintidós reyes vasallos	19,37; Esd 4,2
Asurbanipal 669 – 631	Nombra también a Manasés; quizá el «Osnapar» que llevó colonos a Samaria	Esd 4,10
612 – 609	Crónica babilónica: cae Nínive; el último rey asirio pierde Harán	23,29; Nah 2 – 3

Fechas aproximadas (a. C.). Durante más de un siglo, los asirios llamaron a Israel «casa de Omrí», aunque sus reyes fueran de otra dinastía. Sus inscripciones hablan de victorias y tributos; la Biblia, de fidelidad e infidelidad.

PARA PROFUNDIZAR

¿Por qué cayó Samaria? El sermón del capítulo 17 y los samaritanos

Los hechos ocupan seis versículos. Oseas era vasallo de Asiria; buscó la ayuda de Egipto, dejó de pagar el tributo y acabó en prisión, y Samaria cayó tras tres años de asedio, hacia el 722 a. C. (17,3-6; 18,9-11). La Crónica babilónica atribuye la ruina de la ciudad a Salmanasar V, y su sucesor, Sargón II, se jacta de haber deportado a 27.290 personas y de haber traído gentes de otros países (ver nota a 17,6 y el cuadro de este capítulo).

Al narrador no le interesa tanto cómo cayó Samaria como por qué. Por eso se detiene en un largo sermón (17,7-23), escrito con el lenguaje del Deuteronomio. La lista de culpas es completa: otros dioses, lugares altos, estelas y aserás, el ejército del cielo, el sacrificio de los hijos, la adivinación y, en la raíz, el «pecado grande» de Jeroboam, que repitió el becerro del Sinaí (ver nota a 17,21). Pero lo más grave es que Israel no escuchó: el Señor le había enviado «todos los profetas y videntes» con una sola palabra, «convertíos» (17,13). En esos discursos, observa la Comisión Bíblica, el Señor «no anuncia desgracias a Israel y Judá, sino que los exhorta a convertirse» (*Inspiración y verdad*, 2014, n. 15). Y el sermón no deja tranquilo a Judá, que tampoco guardó los mandamientos (17,19): Samaria es una advertencia para Jerusalén, que caerá en el 587. La misma Comisión recuerda que el Señor «rechazó» a los israelitas del norte y sometió a los del sur a «la prueba purificadora del exilio», tras la cual «la antigua promesa renació bien pronto» (*El pueblo judío y sus Escrituras sagradas*, 2001, n. 54).

La última parte (17,24-41) cuenta lo que vino después: los colonos traídos por Asiria, los leones, el sacerdote deportado que vuelve a Betel para enseñarles «el culto del Dios de aquel país», y una religión mezclada: «adorando al Señor, servían también a sus dioses» (17,33.41).

Para el judaísmo posterior, esta página explicaba el origen de los samaritanos. Flavio Josefo los llama «cuteos», por Cuta, y los acusa de declararse parientes de los judíos cuando a estos les iba bien, y extraños cuando les iba mal (*Antigüedades judías* IX, 288-291). Los samaritanos cuentan otra historia: se llaman shamerim, «guardianes» de la Ley, y se tienen por descendientes de las tribus de José y de Leví, que nunca abandonaron el monte Garizim, el lugar elegido por Dios según su Pentateuco (ver Dt 27,4). San Jerónimo conocía ese sentido: «el samaritano, es decir, el guardián» (Carta 108,12). Muchos historiadores piensan hoy que en el origen de la comunidad hubo sobre todo israelitas que quedaron en el país, y que la ruptura con Jerusalén fue lenta, entre la época persa y la destrucción del templo del Garizim, hacia el 110 a. C. La Comisión Bíblica la describe como «un grupo disidente, repudiado por los otros», que «se basaba en una forma particular del Pentateuco y había rechazado el santuario y el sacerdocio de Jerusalén» (2001, n. 66). Todavía viven algo menos de mil samaritanos, que celebran la Pascua en el Garizim (ver el recuadro del capítulo 12 del Éxodo).

Jesús se encontró con esa herida: «los judíos no se tratan con los samaritanos», le dice la mujer de Sicar cuando él le pide de beber (Jn 4,9), y a él mismo lo insultan llamándolo «samaritano» (Jn 8,48). Pero Jesús le anuncia una adoración «en espíritu y en ver-

dad» que no depende de un monte (Jn 4,21-24), y los de su pueblo lo reconocen como «el Salvador del mundo» (Jn 4,42). Reprende a Santiago y a Juan cuando quieren hacer bajar fuego, como Elías, sobre una aldea samaritana (Lc 9,52-56); pone a un samaritano como modelo del amor al prójimo (Lc 10,30-37), y de diez leprosos curados solo uno, «este extranjero», vuelve a dar gracias (Lc 17,16-18). Después de la resurrección, Samaria es la segunda etapa de la misión (Hch 1,8; 8,5-17).

La caída de Samaria fue una tragedia, y la Biblia no la suaviza. Pero los profetas no se resignaron a perder a las tribus del norte: Jeremías oye a Raquel llorar por sus hijos y a Dios decir de Efraín: «se conmueven mis entrañas por él» (Jer 31,15-20), y Ezequiel une en su mano dos maderas, Judá y José, para hacer un solo pueblo (Ez 37,15-28). En la tierra de la que salieron los deportados, el Evangelio recogió una de sus primeras cosechas.

PAUSA

1. El narrador dice que Israel cayó porque no escuchó a los profetas que le decían «convertíos». ¿Qué llamada a la conversión llevas tiempo sin escuchar?
2. Los colonos «temían al Señor» y servían a la vez a sus dioses. ¿Qué otros «dioses» conviven en ti con tu fe?
3. Jesús rompió la vieja enemistad entre judíos y samaritanos. ¿Con quién tienes tú una enemistad antigua que el Evangelio te pide superar?

Para orar. *Señor, que no quieres la muerte del pecador sino que se convierta y viva, dame un corazón que escuche a tiempo tu palabra.*

18

Ezequías y la amenaza de Asiria

Por fin un rey de Judá al que el narrador alaba sin reservas: Ezequías destruye los santuarios de los lugares altos y hasta la serpiente de bronce de Moisés, y «puso su esperanza en el Señor». El capítulo tiene tres partes: el retrato del rey y su reforma (vv. 1-8), el recuerdo de la caída de Samaria (vv. 9-12) y la invasión de Senaquerib, con el tributo y los discursos del copero mayor ante la muralla de Jerusalén (vv. 13-37). Una palabra lo recorre todo: confiar. El enemigo lo sabe, y su arma más afilada no es el ejército, sino una pregunta: «¿qué confianza es ésa?».

Ezequías, el rey que confió en el Señor

1 El año tercero del reinado de Osee [1], hijo de Ela, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías, hijo de Acaz [2], rey de
Judá. 2 Veinticinco años tenía cuando subió al trono, y
reinó veintinueve años en Jerusalén. Se llamaba su madre
Abi, hija de Zacarías. 3 Hizo Ezequías lo que era bueno y
agradable a los ojos del Señor, imitando en todo a su padre
David. 4 Destruyó los lugares altos, quebró las estatuas,
taló los bosques de los ídolos [3], e hizo pedazos la serpiente
de bronce que había hecho Moisés; porque hasta aquel
tiempo le quemaban incienso los hijos de Israel; y la llamó
Nohestán [4].

5 Puso su esperanza en el Señor [5] Dios de Israel; y así no
tuvo semejante en todos los reyes de Judá, sus sucesores,
como ni tampoco en los que le precedieron. 6 Se mantuvo
unido al Señor, y no se apartó de sus sendas; sino que ob-
servó los mandamientos que el Señor dio a Moisés. 7 Por
eso también el Señor estaba con él, y portábase Ezequías
sabiamente en cuanto emprendía [6]. Asimismo sacudió el
yugo del rey de los asirios [7], y no quiso ser tributario suyo.
8 Arruinó a los filisteos hasta Gaza [8], y taló todo su país
desde las torres o atalayas de los guardas, hasta las ciuda-
des fuertes.

El recuerdo de Samaria

9 El año cuarto del reinado de Ezequías, que era el séptimo
del reinado de Osee, hijo de Ela, rey de Israel, vino Salma-
nasar, rey de los asirios, contra Samaria, y la sitió. 10 Y se
apoderó de ella, pues Samaria fue tomada después de un
sitio de tres años, el año sexto del reinado del rey Ezequías,
esto es, el noveno del de Osee, rey de Israel. 11 Y el rey de
los asirios transportó a los israelitas a la Asiria, y los colo-
có en Hala y en Habor, ciudades de la Media, junto al río
Gozán; 12 porque no quisieron obedecer a la voz del
Señor [9] Dios suyo, sino que violaron el pacto, y no escu-
charon ni practicaron nada de cuanto les tenía mandado
Moisés, siervo del Señor.

Senaquerib invade Judá

13 El año decimocuarto del reinado del rey Ezequías, subió
Sennaquerib, rey de los asirios [10], a la conquista de todas
las ciudades fuertes de Judá, y se apoderó de ellas.
14 Entonces Ezequías, rey de Judá, envió a decir por medio
de embajadores al rey de los asirios, que se hallaba en La-
quís: He faltado a lo que debía [11]; pero retírate de mis tie-
rras, que yo sufriré todo lo que me impusieres. En vista de
esto el rey de los asirios echó de contribuciones a Ezequías,
rey de Judá, trescientos talentos de plata, y treinta talen-
tos de oro. 15 Le dio, pues, Ezequías toda la plata que se ha-
llaba en la casa del Señor, y en los tesoros reales; 16 y enton-
ces fue cuando Ezequías mandó arrancar de las puertas del
templo del Señor las planchas de oro [12] con que él mismo
las había guarnecido y las dio al rey de los asirios.

Rabsaces ante la muralla de Jerusalén

17 Mas el rey de los asirios, faltando a lo prometido [13], en-
vió desde Laquís a Jerusalén contra el rey Ezequías a Tar-
tán, y a Rabsaris, y a Rabsaces [14] con mucha tropa; los cua-
les, poniéndose en camino vinieron a Jerusalén, e hicie-
ron alto cerca del acueducto del estanque superior, situa-
do sobre el camino del campo del Batanero [15], 18 y llama-
ron al rey. Pero salieron a verse con ellos Eliacim, hijo de
Helcías, mayordomo mayor [16], Sobna, secretario o doctor
de la ley [17], y Joahe, hijo de Asaf, canciller.

19 A los cuales dijo Rabsaces: Decid a Ezequías: Esto dice el
gran rey, el rey de los asirios: ¿qué confianza es ésa en que
estáis? 20 ¿Has acaso formado el designio de prepararte
para el combate? ¿En qué apoyas tu esperanza para que así
te atrevas a oponerte a mí? 21 ¿Por ventura esperas en Egip-
to que es un bastón de caña quebrada [18], sobre el cual si un
hombre se apoyare, rompiéndose se le hincará en la mano
y se la horadará? Tal es el faraón, rey de Egipto, para todos
los que confían en él. 22 Que si me decís: Nosotros la espe-
ranza la tenemos en el Señor Dios nuestro: ¿no es ése el
mismo Dios cuyos lugares altos y altares ha destruido Eze-
quías, dando a Judá y Jerusalén esta orden: Desde hoy ha-
béis de adorar a Dios en Jerusalén, y sólo delante de este
altar [19]?

23 Ahora, pues, venid adonde está el rey de los asirios, mi
señor, y yo os daré dos mil caballos y ved si tan siquiera
podéis hallar quien los monte. 24 Mas ¿cómo podréis resis-
tir ni a uno de los más pequeños sátrapas o capitanes que
sirven a mi señor? ¿Confías acaso en Egipto por sus carros
armados y su caballería? 25 Pues, ¿no es por orden del Se-
ñor que yo he venido a ese país para arruinarlo? Marcha
contra ese país, me dijo el Señor, y arrásalo.

26 Entonces Eliacim, hijo de Helcías, y Sobna, y Joahe dije-
ron a Rabsaces: Te rogamos que nos hables a nosotros, tus
siervos, en siríaco, pues entendemos esa lengua, y no en

lengua hebrea [20], la cual entiende el pueblo que está sobre la muralla. [27] Le respondió Rabsaces, diciendo: Pues, ¿acaso mi señor me ha enviado para deciros estas cosas a tu señor y a ti, y no más bien a decirlas a esas gentes que están sobre el muro, expuestas a tener que comer con vosotros sus excrementos [21], y a beber sus propios orines?

[28] En seguida puesto en pie gritó en alta voz, diciendo en hebreo: Oíd las palabras del gran rey, del rey de los asirios: [29] Esto dice el rey: Cuidado no os engañe Ezequías; pues él no ha de poder libraros de mis manos. [30] Ni os inspire confianza en el Señor, diciéndoos: Sin falta nos librará el Señor y no caerá esta ciudad en poder del rey de los asirios.

[31] No queráis dar oídos a Ezequías; porque he aquí lo que os dice el rey de los asirios: Capitulad conmigo lo que os tiene cuenta, y salid a rendiros a mí; y con esto comerá cada cual el fruto de su viña y de su higuera [22], y beberéis del agua de vuestras cisternas; [32] hasta tanto que yo vaya y os traslade a un país semejante al vuestro, a una tierra fructífera y abundante de vino, tierra de pan llevar, y de viñas y de olivares, tierra de aceite y de miel. Con eso viviréis en paz y no moriréis. No queráis escuchar a Ezequías, que os engaña diciendo: El Señor nos librará. [33] ¿Por ventura los dioses de las gentes han libertado su tierra del poder del rey de los asirios? [34] ¿Dónde está el dios de Emat, y de Arfad? ¿Dónde el dios de Sefarvaím, de Ana y de Ava? ¿Li-

braron acaso a Samaria de caer en mi poder? 35 ¿Cuáles
son entre todos los dioses de la tierra los que han salvado
su región de caer en mis manos, para que el Señor pueda
librar a Jerusalén de caer en las mismas?

36 A todo esto calló el pueblo, y no le respondió palabra [23];
pues habían tenido orden del rey de no dar ninguna res-
puesta. 37 Después de esto Eliacim, hijo de Helcías, mayor-
domo mayor de palacio, y Sobna, secretario, y Joahe, hijo
de Asaf, canciller, volvieron a Ezequías, rasgados sus
vestidos [24], y le refirieron las palabras de Rabsaces.

¿Sabías que?

En 1870, el arqueólogo francés Charles Clermont-Ganneau encontró sobre la puerta de una casa de Silwan, la aldea que mira a la Ciudad de David desde el otro lado del Cedrón, una inscripción hebrea tallada en piedra; el Museo Británico la compró al año siguiente. Procedía de la entrada de un sepulcro excavado en la roca y dice: «Éste es [el sepulcro de ...]yahu, el que está sobre la casa. Aquí no hay plata ni oro, sino [sus huesos] y los huesos de su sierva con él. Maldito el hombre que abra esto». El nombre está roto. En 1953, Nahman Avigad, que la descifró, examinó con mucha cautela la posibilidad de leer Sebanyahu, la forma larga de Sobna, el mayordomo al que Isaías reprochó: «¿Qué tienes tú aquí, que te has labrado aquí un sepulcro?» (Is 22,15-16).

El año 701 según la Biblia y según Senaquerib

2 Reyes 18 – 19	Anales de Senaquerib
Ezequías «sacudió el yugo del rey de los asirios» (18,7)	«Ezequías de Judá, que no se había sometido a mi yugo»
«Arruinó a los filisteos hasta Gaza» (18,8)	Ecrón le entrega a su rey, Padi; Senaquerib lo libera
Toma «todas las ciudades fuertes de Judá» (18,13)	«46 ciudades amuralladas», aldeas sin número, 200.150 personas
El rey está en Laquis (18,14.17; 19,8)	Un relieve lo muestra ante el botín de Laquis
«No pondrá el pie en esta ciudad» (19,32)	«Lo encerré en Jerusalén… como a un pájaro en su jaula»
Sale a campaña «Taraca, rey de Etiopía» (19,9)	Batalla de Elteqé contra Egipto y Kush
300 talentos de plata y 30 de oro (18,14)	30 de oro, 800 de plata, marfiles, sus hijas, cantores…, enviados a Nínive
—	Reparte ciudades de Judá entre Asdod, Ecrón y Gaza
El ángel hiere el campamento (19,35)	Ni desastre ni toma de Jerusalén
Lo matan sus hijos en el templo (19,37)	681 a. C.: lo mata «su hijo» (crónica babilónica)

El prisma de Taylor (691 a. C.), hallado en Nínive en 1830, está en el Museo Británico; hay copias en Chicago y Jerusalén. La diferencia en la plata quizá se debe a pesos distintos o a pagos añadidos.

PAUSA

1. Ezequías rompió la serpiente de bronce cuando se había convertido en un ídolo. ¿Hay algo bueno en tu vida que ha ido ocupando el lugar de Dios?
2. «¿Qué confianza es ésa?», pregunta el enemigo. ¿En qué pones de verdad tu seguridad cuando llegan las amenazas?
3. El pueblo calló ante las burlas. ¿Sabes callar a tiempo y llevar a Dios lo que te hiere?

Para orar. *Señor, Dios de Ezequías, que mi confianza no descanse en cañas quebradas, sino solo en ti.*

19

La oración de Ezequías y la liberación de Jerusalén

Ante las blasfemias del enemigo, Ezequías no responde con las armas, sino con un saco y una oración. El capítulo avanza en cuatro movimientos: el rey acude al profeta Isaías, que le promete la retirada del asirio (vv. 1-7); llega una segunda embajada con una carta todavía más insolente, y Ezequías la extiende delante del Señor y ora (vv. 8-19); Isaías responde con un oráculo contra Senaquerib y una señal para Judá (vv. 20-34), y en una sola noche el ángel del Señor salva la ciudad (vv. 35-37). La historia del gran rey termina donde había empezado su soberbia: ante un dios que no lo pudo salvar.

Ezequías acude a Isaías

1 Así que lo oyó el rey Ezequías, rasgó sus vestiduras, y se
cubrió de un saco, y se fue a la casa del Señor [1].
2 Y envió a
Eliacim, su mayordomo mayor, y a Sobna, su secretario, y
a los más ancianos de los sacerdotes cubiertos de sacos, a
hablar a Isaías profeta, hijo de Amós [2],
3 los cuales le dije-
ron: Esto dice Ezequías: Día es éste de tribulación, y de
amenazas y de blasfemias; llegaron los hijos hasta el punto
de nacer [3]; pero la que está de parto no tiene fuerzas para
darlos a luz.
4 Mas el Señor Dios tuyo habrá sin duda

oído [4] todas las palabras de Rabsaces, enviado de su amo,
el rey de los asirios, a ultrajar al Dios vivo, y a llenarlo de
denuestos con las palabras que acaba de escuchar el Señor
tu Dios; haz, pues oración por estos pocos israelitas que
han quedado.

[5] Fueron, pues, con este mensaje los ministros del rey Eze-
quías a Isaías. [6] Y les dijo Isaías: Esto diréis a vuestro amo:
Así habla el Señor: No tienes que intimidarte por las pala-
bras que has oído, con las cuales han blasfemado contra
mí los criados del rey de los asirios [5]. [7] Yo voy a enviarle
cierto espíritu [6], y oirá una nueva, y se volverá a su país,
donde le haré perecer al filo de la espada.

La carta de Senaquerib y la oración del rey

[8] Entretanto Rabsaces, habiendo sabido que el rey de los
asirios se había ido de Laquís, volvió, y lo halló batiendo a
Lobna. [9] Mas Sennaquerib, habiendo oído que Taraca, rey
de Etiopía [7], había salido a campaña contra él, al tiempo
de marchar contra este rey envió embajadores a Ezequías,
diciéndoles: [10] Esto diréis a Ezequías, rey de Judá: No te de-
jes engañar del Señor Dios tuyo, en quien pones tu
confianza [8]; y no digas: Jerusalén no será entregada en
poder del rey de los asirios. [11] Ya que tú mismo has oído lo
que han hecho los reyes de los asirios en todos los demás
países, y cómo los han asolado. ¿Serás por ventura tú solo
el que podrás librarte? [12] ¿Acaso los dioses de las naciones

libraron a algunas de aquellas que fueron exterminadas
por mis padres, es a saber, a Gozán, y Harán, y Resef, y a
los hijos de Edén que estaban en Telasar [9]? [13] ¿Dónde está
el rey de Emat, y el rey de Arfad, y el rey de la ciudad de Se-
farvaím, y de Ana y de Ava?

[14] Luego que Ezequías recibió la carta de mano de los em-
bajadores, y la hubo leído, se fue al templo del Señor, y la
extendió delante del Señor [10], [15] y oró en su acatamiento,
diciendo: Señor Dios de Israel, que estás sentado sobre los
querubines [11], tú eres el solo Dios de todos los reyes de la
tierra; tú creaste el cielo y la tierra. [16] Inclina tus oídos, y
escucha: abre, ¡oh Señor!, tus ojos, y mira; oye todas las
palabras blasfemas de Sennaquerib, el cual ha enviado a
blasfemar entre nosotros del Dios vivo. [17] Cierto es Señor,
que los reyes de los asirios han desolado las gentes y todas
sus tierras, [18] y han arrojado al fuego a sus dioses, y los han
destruido, porque no eran dioses, sino obras de la mano
del hombre [12], hechas de madera y de piedra. [19] Ahora,
pues, ¡oh Señor Dios nuestro!, sálvanos de la mano de éste;
para que sepan todos los reinos de la tierra que tú eres el
Señor, el solo Dios.

La palabra de Isaías contra el rey de Asiria

[20] Entonces Isaías, hijo de Amós, envió a decir a Ezequías:
Esto dice el Señor Dios de Israel: He oído la plegaria que
me has hecho acerca de Sennaquerib, rey de los asirios.

21 He aquí la sentencia que contra él ha pronunciado el Señor: La virgen hija de Sión [13] te ha menospreciado y escarnecido; detrás de ti ha meneado su cabeza la hija de Jerusalén. 22 ¿A quién piensas que has insultado tú, y de quién has blasfemado? ¿Contra quién has levantado la voz y alzado en alto tus ojos insolentes? Contra el Santo de Israel [14]. 23 Por la boca de tus siervos has denostado al Señor, y has dicho: Con la muchedumbre de mis carros armados he subido sobre los montes encumbrados, a la cima del Líbano, y he cortado sus altos cedros y sus mejores abetos o hayas [15]; he penetrado hasta sus últimos extremos; y las frondosas selvas de su Carmelo 24 yo las he cortado. Yo he bebido las aguas ajenas, y con mi tránsito he agotado todas las aguas encerradas.

25 Pues, ¿no has oído decir tú lo que yo hice desde el principio? Desde antes de los siglos primeros tengo yo ideado esto [16] para castigo suyo, y ahora lo ejecuto; las ciudades fuertes por sus valerosos combatientes, quedarán reducidas a unas colinas desiertas. 26 Y los que las habitaban, quedando faltos de fuerza en sus brazos, temblaron y se amilanaron; y vinieron a quedar como el heno del campo y como la hierba verde de los tejados, que se seca antes de llegar a sazón. 27 Yo desde el principio previ también tu habitación, tus salidas y tus entradas y tu marcha, y el furor con que te alzarías contra mí. 28 Tú has enloquecido contra

mí, ha llegado hasta mis oídos el ruido de tu soberbia. Yo
te pondré pues, un anillo en tus narices y una mordaza en
tus labios [17], y te haré volver por el camino por donde vi-
niste.

[29] A ti, oh Ezequías, te doy esta señal: Come este año lo que
hallares [18], y el año siguiente lo que por sí mismo naciere;
pero al tercer año sembrad y segad; plantad viñas y comed
sus frutos. [30] Y todo lo que restare de la casa de Judá, echa-
rá otra vez hondas raíces, y afuera producirá frutos;
[31] porque de Jerusalén saldrán unos restos de pueblo [19], y
de ese monte Sión saldrá la gente que se ha de salvar. Esto
es lo que hará por su pueblo el celo del Señor de los ejérci-
tos.

[32] Por lo cual he aquí lo que acerca del rey de los asirios
dice el Señor: No pondrá el pie en esta ciudad, ni disparará
contra ella saeta alguna, ni el soldado cubierto con su bro-
quel la asaltará ni la cercará con trincheras. [33] Por el ca-
mino que ha venido se volverá, y no entrará en la ciudad,
dice el Señor. [34] Pues yo ampararé a esta ciudad, y la salva-
ré por amor de mí y por amor de David, siervo mío [20].

La noche de la liberación

[35] En efecto, aquella noche vino el ángel del Señor, y mató
en el campamento de los asirios [21] a ciento ochenta y cin-
co mil hombres. Y levantándose muy de mañana el rey de

los asirios Sennaquerib, vio todos aquellos cuerpos muertos, y levantó el campo, y se marchó; [36] y volvió a Nínive, donde fijó su asiento, [37] y mientras que estaba adorando en el templo a su dios Nesroc [22], lo mataron a puñaladas sus hijos Adramelec y Sarasar, y huyeron a tierra de los armenios, reinando en su lugar su hijo Asaraddón.

¿Sabías que?

En 1815, lord Byron publicó en sus *Melodías hebreas*, con música de Isaac Nathan, el poema «La destrucción de Senaquerib», que se recitó durante generaciones en las escuelas inglesas. Empieza así: «El asirio cayó como el lobo sobre el redil, y sus cohortes brillaban de púrpura y oro». Por la noche, el ángel de la muerte extiende sus alas sobre el viento y sopla en el rostro del enemigo; al amanecer, los caballos yacen con los ollares abiertos y las tiendas guardan silencio. Y termina: el poder del gentil, sin que lo hiriera la espada, «se ha derretido como la nieve ante la mirada del Señor».

Dos veces la misma historia: 2 Reyes 18 – 20 e Isaías 36 – 39

2 Reyes	Isaías
Reinado y reforma de Ezequías; caída de Samaria (18,1-12)	— (empieza con la invasión)
«El año decimocuarto... subió Senaquerib» (18,13)	Igual (Is 36,1)
Ezequías se somete y paga el tributo con el oro del templo (18,14-16)	— (lo omite)
Tartán, Rabsaris y Rabsaces; «llamaron al rey» (18,17-18)	Solo Rabsaces (Is 36,2-3)
Los discursos, la oración de Ezequías y el oráculo de Isaías (18,19 – 19,34)	Casi palabra por palabra (Is 36,4 – 37,35)
«Aquella noche vino el ángel del Señor» (19,35)	«Salió el ángel del Señor», sin «aquella noche» (Is 37,36)
La enfermedad; Isaías no ha salido del atrio; «de aquí a tres días subirás al templo» (20,1-6)	Más breve, sin el atrio ni el tercer día (Is 38,1-6)
La masa de higos (20,7)	Al final del capítulo (Is 38,21)
Ezequías elige: que la sombra retroceda (20,8-11)	El Señor anuncia la señal: «el sol retrocedió diez gradas» (Is 38,7-8.22)
—	El cántico de Ezequías (Is 38,9-20)
Los enviados de Babilonia; «Ezequías los escuchó» (20,12-19)	Igual; «se alegró» (Is 39,1-8)
El estanque y el acueducto; muerte de Ezequías (20,20-21)	— (cf. Is 22,9-11)

La mayoría de los estudiosos piensa que los editores del libro de Isaías tomaron estos capítulos de Reyes, aunque otros creen que ambos dependen de una fuente común. Las Crónicas cuentan la reforma y la Pascua de Ezequías (2 Cr 29 – 31) y resumen la invasión, la enfermedad y el túnel (2 Cr 32); el Eclesiástico hace su elogio (Si 48,17-25).

PARA PROFUNDIZAR

Ezequías y Senaquerib: el año 701

Pocos sucesos del Antiguo Testamento pueden compararse tan de cerca con lo que contó el otro bando como la campaña del 701 a. C. La Biblia la narra en 2 Re 18 – 19, con un texto casi idéntico en Is 36 – 37 y un resumen en 2 Cr 32. Senaquerib la hizo escribir en sus anales, copiados en prismas de arcilla como el de Taylor, en el Museo Británico, y mandó esculpir el asedio de Laquis en su palacio de Nínive (ver el recuadro de Dt 20). Las dos versiones coinciden en lo esencial: Ezequías se rebeló (18,7), el asirio tomó las ciudades fortificadas de Judá (18,13; «46 ciudades amuralladas»), puso su cuartel en Laquis, amenazó Jerusalén y recibió un tributo enorme (18,14-16). Y coinciden, cada una a su manera, en el final: Jerusalén no fue tomada. Los anales, que enumeran con gusto las ciudades destruidas, solo dicen que encerró a Ezequías en su capital «como a un pájaro en su jaula» y que el tributo le llegó después a Nínive (ver el cuadro del capítulo 18).

Las versiones se separan en el porqué. La Biblia habla del ángel del Señor (19,35); los anales asirios no admiten nunca una derrota, y Heródoto recogió en Egipto la historia de unos ratones que royeron los arcos del ejército (ver nota a 19,35). Los historiadores han pensado en una epidemia, en malas noticias de Babilonia o de Egipto, o en una retirada pactada a cambio del tributo; a la Biblia no le interesa el mecanismo, sino quién salvó la ciudad. Se discute también si hubo una campaña o dos: la mención de Taharqa (19,9), faraón desde el 690, y la muerte de Senaquerib, contada como si siguiera de cerca a su regreso (19,37), llevaron a

algunos a suponer una segunda expedición años más tarde, de la que no queda rastro; hoy la mayoría de los estudiosos se inclina por una sola. Muchos distinguen además en el texto un relato breve del tributo (18,13-16) y uno o dos relatos de las embajadas, que suelen llamar B1 y B2; son hipótesis, y el texto se lee como un todo.

Lo que el narrador quiere que se vea es otra cosa. La palabra clave es batáj, «confiar», que aparece diez veces en estos dos capítulos. El discurso del copero mayor es una obra maestra de propaganda porque mezcla verdades y mentiras: Egipto es, en efecto, una caña quebrada, como decía Isaías (18,21; Is 30,1-5); la reforma de Ezequías pudo parecer a muchos una ofensa a los santuarios del Señor (18,22); Asiria es de verdad un instrumento de Dios (18,25; Is 10,5). Pero la conclusión es falsa: el Señor no es un dios más de los que han caído (18,33-35). La pregunta de fondo es la de todo creyente: ¿en quién confías? Isaías la había contestado: «en la conversión y en la calma estaba vuestra salvación» (Is 30,15), y los salmos la cantan: «unos confían en sus carros y otros en sus caballos; nosotros invocamos el nombre del Señor» (Sal 20,8).

Ezequías no responde con argumentos. Rasga sus vestidos, sube al templo, pide al profeta que interceda y, cuando llega la segunda carta, la extiende ante el Señor y ora: «tú eres el solo Dios de todos los reyes de la tierra» (19,15.19). La respuesta llega por medio de Isaías, en un poema en el que la «virgen hija de Sión» se ríe del gran rey y Dios le revela que sus conquistas eran planes suyos (19,21-28). No es una teoría de la historia, sino una confesión de

fe: el Señor lo es también de los imperios, y ninguno tiene la última palabra.

Esta página no promete que Jerusalén no caerá jamás. Un siglo después cayó (cap. 25), y Jeremías tuvo que combatir a quienes repetían «¡Templo del Señor!» como un amuleto (Jr 7,4). Pero el mismo Jeremías recordó que, cuando Miqueas anunció en tiempos de Ezequías que Sion sería arada como un campo, el rey «temió al Señor y suplicó al Señor, y el Señor se arrepintió del mal que había pronunciado» (Jr 26,18-19). La liberación del 701 fue una gracia, no una garantía: la respuesta de Dios a un rey que confió y oró. La Iglesia lee este capítulo el martes de la 12.ª semana del tiempo ordinario, en los años pares, con el salmo 48, que canta a la ciudad de Dios ante la que huyen los reyes.

PAUSA

1. Ezequías extendió la carta delante del Señor. ¿Qué «carta» (una noticia, un diagnóstico, una amenaza) necesitas poner hoy delante de Dios?
2. El enemigo se burlaba de la confianza del rey. ¿Te ha costado alguna vez mantener tu fe cuando otros se reían de ella?
3. Dios salvó la ciudad «por amor de David», no por sus méritos. ¿Confías en que Dios te es fiel aunque los tuyos sean pocos?

Para orar. *Señor, solo Dios de todos los reinos de la tierra, sálvanos de lo que nos amenaza, para que todos conozcan que solo tú eres Dios.*

20

La enfermedad de Ezequías y los enviados de Babilonia

Dos escenas íntimas cierran la historia de Ezequías. En la primera (vv. 1-11), el rey enfermo recibe una sentencia de muerte, se vuelve hacia la pared, ora y llora, y Dios le responde antes de que el profeta haya salido del palacio: quince años más, una masa de higos y una señal en las gradas de Acaz. En la segunda (vv. 12-19), unos enviados de Babilonia visitan al rey, que les enseña todos sus tesoros, e Isaías anuncia que todo aquello irá a parar a Babilonia. Una breve nota final (vv. 20-21) recuerda su obra más famosa: el canal que llevó el agua dentro de la ciudad.

La enfermedad y la oración del rey

1 Por aquel tiempo enfermó de muerte Ezequías [1], y vino a
visitarle Isaías profeta, hijo de Amós y le dijo: Esto dice el
Señor Dios: Dispón tus cosas [2]; porque vas a morir, va a
tener fin tu vida. 2 Entonces Ezequías volvió su rostro ha-
cia la pared [3], e hizo oración al Señor diciendo: 3 ¡Ah Se-
ñor!, acuérdate, te suplico, que yo he andado delante de ti
con sinceridad y rectitud de corazón [4], haciendo lo que es
agradable a tus ojos. Y derramó Ezequías abundancia de
lágrimas [5].

4 Mas antes que Isaías hubiese pasado la mitad del atrio [6]
le habló el Señor, diciendo: 5 Vuelve, y di a Ezequías, caudi-
llo de mi pueblo [7]: Esto dice el Señor Dios de tu padre Da-
vid: Oído he tu oración, y visto tus lágrimas [8]; yo te doy la
salud; de aquí a tres días subirás al templo del Señor. 6 Y
alargaré quince años tu vida [9]; además de eso te libraré
del poder del rey de los asirios a ti y a esta ciudad; a la cual
protegeré por amor mío, y por amor de David mi siervo.
7 Y dijo Isaías: Traedme una masa de higos [10]. Traída que
fue, y aplicada sobre la úlcera del rey, quedó éste curado.

La señal de la sombra

8 Había dicho antes Ezequías a Isaías: ¿Cuál será la señal
de que el Señor me dará la salud [11], y de que dentro de tres
días he de subir al templo del Señor? 9 Le respondió Isaías:
He aquí la señal que dará el Señor de que cumplirá la pala-
bra que ha pronunciado: ¿Quieres que la sombra en ese re-
loj solar se adelante diez líneas, o que retroceda otros tan-
tos grados? 10 A lo cual respondió Ezequías: Fácil es que la
sombra se adelante diez líneas; no deseo yo que suceda
esto, sino que vuelva atrás diez grados. 11 Entonces el pro-
feta Isaías invocó al Señor, e hizo retroceder la sombra de
línea en línea por los diez grados que había ya andado en
el reloj de Acaz [12].

Los enviados de Babilonia

12 En aquel tiempo Berodac Baladán, hijo de Baladán, rey
de Babilonia [13], envió cartas y presentes a Ezequías, por
haber escuchado que había estado enfermo. 13 Tuvo gran
contento Ezequías con la venida de los embajadores [14], y
les mostró la casa o fábrica de los perfumes, y el oro, y la
plata, y las varias confecciones aromáticas, y los ungüen-
tos o aceites de olor, y la pieza de sus alhajas y armas, y
todo cuanto tenía en sus tesoros. No hubo cosa en su pala-
cio, ni de cuanto poseía, que Ezequías no les mostrase.
14 Mas el profeta Isaías vino a ver al rey Ezequías, y le pre-
guntó: ¿Qué han dicho esos hombres? ¿Y de dónde han ve-
nido a verte? Al cual contestó Ezequías: Han venido a mí
de lejanas tierras, de Babilonia. 15 Le dijo Isaías: ¿Qué han
visto en tu casa? [15] Respondió Ezequías: Han visto todo
cuanto hay en palacio; nada hay en mis tesoros que no les
haya yo mostrado.

16 Dijo entonces Isaías a Ezequías: Escucha la palabra del
Señor: 17 He aquí que vendrá tiempo en que todas esas co-
sas que hay en tu casa y cuantas han atesorado tus padres
hasta el día presente, serán transportadas a Babilonia [16];
no quedará cosa alguna, dice el Señor. 18 Y aun tus mismos
hijos que saldrán de ti engendrados, serán llevados cauti-
vos, y vendrán a ser eunucos o cortesanos [17] en el palacio
del rey de Babilonia. 19 Respondió Ezequías a Isaías: Justa

es la sentencia del Señor pronunciada por tu boca; reine a
lo menos durante mi vida la paz y la verdad [18].

El fin de Ezequías

[20] En orden a los demás hechos de Ezequías, y su gran for-
taleza, y cómo fabricó el estanque, y el acueducto con que
introdujo las aguas en la ciudad [19], ¿no está todo esto es-
crito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? [21] En
fin, Ezequías fue a reposar con sus padres [20], sucediéndole
en el reino su hijo Manasés.

> **¿Sabías que?**
>
> En 2015, el equipo de la arqueóloga Eilat Mazar dio a conocer una bula, un sello de arcilla de apenas un centímetro, hallada al cribar la tierra de una excavación en el Ofel, al pie del monte del templo. Dice: «De Ezequías [hijo de] Acaz, rey de Judá», junto a un sol alado entre dos signos egipcios de vida. Según Mazar, era la primera impresión del sello de un rey de Israel o de Judá encontrada en una excavación científica. En 2018 publicó otra bula hallada a pocos metros, con el nombre de «Isaías» seguido de unas letras dañadas que ella propuso leer «profeta»; esa lectura es muy discutida.

El túnel de Ezequías

Dato	Qué se sabe	Cita
La fuente	El Guijón, al pie de la Ciudad de David, fuera de la muralla	2 Cr 32,30
El peligro	En un asedio, el agua quedaba al alcance del enemigo	2 Cr 32,3-4
El túnel	533 m en la roca, en curva, hasta el estanque de Siloé	2 Re 20,20
La inscripción	Hallada en 1880 cerca de la salida; arrancada en 1890; hoy en Estambul	—
Lo que dice	Dos cuadrillas se oyen a tres codos y se encuentran «pico contra pico»; 1.200 codos de canal, 100 de roca encima	—
La fecha	Hacia el 700 a. C., por la escritura y por un estudio de 2003; otros la adelantan	Si 48,17
Isaías	Miran los estanques y no a Dios	Is 22,9-11
Los sabios	No aprobaron que cegara el Guijón	Pesajim 4,9
Nehemías	«El estanque de Siloé, junto al jardín del rey»	Neh 3,15
Jesús	El ciego se lava en Siloé; las gradas del estanque aparecieron en 2004	Jn 9,7

El túnel todavía se puede recorrer. La mayoría lo atribuye a Ezequías, pero la inscripción no nombra a ningún rey: solo recuerda a los obreros.

PARA PROFUNDIZAR

«Dispón tus cosas»: la enfermedad de Ezequías

Después de los grandes discursos de la política internacional, el libro se asoma al cuarto de un enfermo. El rey que ha resistido al imperio más poderoso de su tiempo oye de boca del profeta una sentencia sin apelación: «Dispón tus cosas; porque vas a morir» (20,1). Ezequías se vuelve hacia la pared, recuerda a Dios su vida y llora. Y Dios responde antes de que Isaías haya salido del palacio: «Oído he tu oración, y visto tus lágrimas» (20,5). Y a la promesa de la curación une la de librar al rey y a la ciudad de manos del rey de Asiria (20,6). La salvación de un pueblo y la de una persona enferma pasan por el mismo corazón de Dios.

Isaías manda traer una masa de higos y aplicarla sobre la úlcera. La Biblia no opone la oración a la medicina. El Eclesiástico lo dirá con claridad: hay que honrar al médico, porque también él es obra del Señor; en la enfermedad, hay que orar, apartarse del pecado y dejar sitio al médico, que también pide a Dios acertar (Si 38,1-15). El Catecismo enseña que la vida y la salud son «bienes preciosos confiados por Dios» que debemos cuidar razonablemente (n. 2288), y recuerda que Israel vivía la enfermedad ante Dios, al que imploraba la curación (n. 1502). La Iglesia sigue orando por los enfermos y ungiéndolos en el nombre del Señor (Sant 5,14-15).

El libro de Isaías conserva el cántico que Ezequías escribió al curarse (Is 38,9-20). Es una oración de enorme honestidad: «En la mitad de mis días me voy a las puertas del abismo»; la vida se levanta como una tienda de pastores y se corta como la tela del te-

jedor; el rey gime como la golondrina y como la paloma. Y al final, la acción de gracias: «el que vive, el que vive es quien te alaba, como yo hoy» (Is 38,19). El Antiguo Testamento conocía todavía poco de la vida después de la muerte, y el abismo le parecía un lugar donde no se alaba a Dios (Is 38,18); por eso el cántico agradece la vida de este mundo. La Iglesia lo reza en las Laudes del martes de la semana II, y el antiguo oficio de difuntos lo cantaba con la antífona «A porta inferi erue, Domine, animam meam», «de las puertas del abismo libra, Señor, mi alma»: los cristianos lo rezan sabiendo que esas puertas se abrieron en la resurrección de Cristo.

¿Cambió Dios de parecer? La Biblia no tiene miedo de decirlo así: si una nación se convierte, «me arrepentiré del mal que pensaba hacerle» (Jr 18,7-10), y así ocurrió con Nínive (Jon 3,10). Jeremías recuerda que en tiempos de Ezequías Dios se arrepintió del mal anunciado por Miqueas, porque el rey suplicó al Señor (Jr 26,18-19). Santo Tomás lo explica con san Gregorio: Dios «cambia la sentencia, pero no su consejo» (ver notas a 20,1 y 20,6). La oración no doblega a Dios; es, dice el Catecismo, «cooperación con su Providencia» (n. 2738).

La segunda escena es más inquietante. El rey curado recibe a los enviados de Babilonia y les enseña todos sus tesoros, y Isaías le anuncia que todo eso, y algunos de sus hijos, irán a parar a Babilonia. La respuesta de Ezequías se ha leído de dos maneras: como la aceptación humilde de quien se somete a la palabra de Dios («justa es la sentencia del Señor») o como el alivio de quien piensa que, al menos, el desastre no le tocará a él (20,19). Torres Amat, con su «a lo menos», se inclina por la primera; muchos lec-

tores de hoy, por la segunda. El narrador no lo aclara: también los santos tienen sombras.

La tradición guardó de Ezequías una memoria luminosa. El Eclesiástico lo cuenta entre los tres reyes de Judá que no pecaron (Si 48,17-25; 49,4), san Mateo lo nombra entre los antepasados de Jesús (Mt 1,9-10), y el Talmud llega a decir que Dios quiso hacer de él el Mesías (Sanedrín 94a). No lo fue. Pero su historia apunta hacia el verdadero Hijo de David, que también oró ante la muerte con lágrimas y fue escuchado (Heb 5,7), no porque se le alargaran los años, sino porque al tercer día resucitó. Un lector cristiano no puede leer sin emoción la promesa hecha al rey enfermo: «de aquí a tres días subirás al templo del Señor» (20,5).

PAUSA

1. Ezequías se volvió hacia la pared para orar a solas. ¿Tienes un lugar y un momento en el que te quedas a solas con Dios?
2. Isaías mandó un remedio y Dios curó. ¿Cuidas tu salud como un don de Dios, sin dejar de confiarle tu vida?
3. «Reine a lo menos durante mi vida la paz.» ¿Piensas en las consecuencias de tus decisiones para los que vendrán después de ti?

Para orar. *Señor de la vida y de la muerte, escucha mi oración y mira mis lágrimas, y que los días que me das sean para tu alabanza.*

21

Manasés y Amón

Después del elogio de Ezequías, su hijo Manasés deshace toda su obra: es el reinado más largo de la historia de Judá y, para el narrador, el peor. El capítulo tiene tres partes: el catálogo de sus pecados, que reúne casi todo lo que el Deuteronomio había prohibido (vv. 1-9); la sentencia de los profetas, que anuncia para Jerusalén la suerte de Samaria (vv. 10-18), y el breve reinado de su hijo Amón, asesinado en su palacio (vv. 19-26). Desde aquí, Manasés será la explicación que el libro dé de la ruina final (23,26; 24,3-4). Las Crónicas conservan otro retrato del mismo rey (ver el ensayo).

Manasés deshace la reforma de su padre

1 De doce años era Manasés cuando comenzó a reinar, y
cincuenta y cinco años reinó en Jerusalén [1]; se llamaba su
madre Hafsiba [2]. 2 E hizo el mal en la presencia del Señor,
venerando los ídolos de las naciones que el Señor exterminó en presencia de los hijos de Israel. 3 Y volvió a reedificar
los lugares altos, derribados por su padre Ezequías [3], y
erigió altares a Baal, y plantó bosques en honor suyo,
como había hecho Acab, rey de Israel, y adoró todos los astros del cielo [4], y les rindió culto. 4 Y erigió altares profanos en la casa del Señor, de la cual el Señor había dicho:

Estableceré mi Nombre en Jerusalén [5]; [5] y en los dos atrios
del templo del Señor [6] edificó altares a todos los astros del
cielo. [6] E hizo pasar por el fuego a su propio hijo [7]; y se dio
a adivinaciones, y a observar los agüeros, y estableció pito-
nes o nigrománticos [8], multiplicó los adivinos, haciendo
el mal delante del Señor, e irritándolo.

[7] Además el ídolo del bosque que había plantado [9], lo colo-
có en el templo del Señor; templo del cual el Señor dijo a
David y a Salomón, su hijo: En este templo y en Jerusalén,
ciudad que tengo escogida entre todas las tribus de Israel,
estableceré mi Nombre para siempre; [8] y no permitiré que
en adelante haya de mover Israel su pie de la tierra que di a
sus padres; con tal que guarde todos mis mandamientos, y
la ley toda que le comunicó mi siervo Moisés. [9] Él no quiso
obedecer [10], sino que se dejó engañar de Manasés para
obrar el mal, o idolatrar aun más que las naciones exter-
minadas por el Señor a la vista de los hijos de Israel.

La sentencia de los profetas

[10] Y así habló el Señor por boca de sus siervos los profetas,
diciendo: [11] Por cuanto Manasés, rey de Judá, ha cometido
estas horrendas abominaciones, que sobrepujan a todas
cuantas hicieron antes de él los amorreos [11], y ha hecho
también pecar a Judá con sus inmundicias o idolatrías;
[12] Por tanto, esto dice el Señor Dios de Israel: Sabed que yo
lloveré sobre Jerusalén y Judá tales calamidades, que a

cualquiera que las oyere contar le retiñirán de terror ambas orejas [12]; [13] y mediré a Jerusalén con la misma cuerda
que he medido a Samaria [13], y con la misma plomada que
a la casa de Acab; y raeré a Jerusalén como suelen raerse, o
borrarse, las tablillas de escribir [14], pasando y repasando
el mango del punzón repetidas veces por encima de ellas, a
fin de que nada quede. [14] Abandonaré los restos de mi
heredad [15], entregándolos en manos de sus enemigos, y
serán saqueados y hechos presa de todos sus adversarios
[15] por haber obrado el mal en mi presencia, y haberse obstinado en irritarme desde el día en que salieron sus padres
del Egipto hasta el día de hoy.

[16] Además de esto Manasés derramó arroyos de sangre
inocente [16] hasta inundar a Jerusalén; sin contar los otros
pecados con que indujo a pecar a Judá para que hiciera lo
malo delante del Señor. [17] Las demás acciones de Manasés,
y todo cuanto hizo, y el pecado que cometió, ¿todo esto no
está escrito ya en el Libro de los Anales de los Reyes de
Judá? [18] Al fin pasó Manasés a descansar con sus padres, y
fue sepultado en el jardín de la casa llamado Jardín de
Oza [17]; y le sucedió en el reino su hijo Amón.

Amón

[19] Veintidós años tenía Amón cuando comenzó a reinar, y
reinó dos años en Jerusalén. Se llamó su madre Mesalemec, hija de Harús de Jeteba. [20] E hizo lo malo en presen-

cia del Señor, como lo había hecho Manasés su padre, 21 y siguió en todo y por todo el proceder de su padre, y sirvió a los ídolos inmundos como los había servido su padre, y los adoró. 22 Y abandonó al Señor Dios de sus padres, y no anduvo por las sendas del Señor.

23 Unos criados suyos le armaron asechanzas 18, y lo asesinaron en su casa. 24 Mas el pueblo del país 19 mató a todos los que se habían conjurado contra el rey Amón, y proclamaron por rey en su lugar a Josías, hijo suyo. 25 Las demás acciones de Amón, ¿no están ya escritas en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? 26 Y fue sepultado en su sepulcro en el huerto de Oza, y lo sucedió en el trono su hijo Josías.

¿Sabías que?

Las Crónicas dicen que la oración de Manasés en su cautiverio estaba escrita en los libros de los reyes y de los videntes (2 Cr 33,18-19). Esa oración no se conserva, pero desde la antigüedad circula en griego una breve *Oración de Manasés*, un hermoso salmo penitencial: «Doblo las rodillas de mi corazón... He pecado, Señor, he pecado, y reconozco mis iniquidades». Varios manuscritos de la traducción griega la copian entre los cánticos que siguen a los Salmos, y la recogen las *Constituciones apostólicas*, del siglo IV. Las ediciones de la Vulgata anteriores a Trento la ponían después de las Crónicas; la Vulgata clementina la pasó a un apéndice, junto con los libros tercero y cuarto de Esdras. Las Iglesias de rito bizantino la rezan todavía en las Grandes Completas.

PARA PROFUNDIZAR

Manasés: el peor rey y la misericordia de Dios

Ningún rey de Judá reinó tanto como Manasés, y de ninguno dice el libro cosas peores. En pocos versículos se acumula casi todo lo que el Deuteronomio había prohibido: los lugares altos reconstruidos, altares a Baal, una imagen de Aserá dentro del templo, altares al ejército del cielo en los atrios, el hijo pasado por el fuego, adivinos y evocadores de muertos (21,2-7; ver nota a 21,6) y, además, «arroyos de sangre inocente» (21,16). El narrador lo resume con una comparación terrible: Manasés hizo más mal que los amorreos que el Señor había expulsado de la tierra

(21,9.11). Su reinado es la imagen invertida del de Ezequías, que confió en el Señor como ningún otro (18,5).

Por eso los profetas pronuncian la sentencia: Jerusalén será medida con la cuerda de Samaria y la plomada de la casa de Acab, y borrada como se borra una tablilla (21,10-15). La Comisión Bíblica cita precisamente este oráculo como ejemplo de cómo, en Samuel y Reyes, los anuncios de desgracia van seguidos de su cumplimiento (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 15). Desde aquí, Manasés será la explicación del final: ni la reforma de Josías detiene la ira «por los ultrajes con que le había provocado Manasés» (23,26), y la ruina llega «a causa de todos los pecados cometidos por Manasés» (24,3-4; cf. Jer 15,4). El pecado de un rey no muere con él: deja una herencia que pesa sobre generaciones.

La tradición judía añadió a su retrato el martirio de Isaías. El Talmud cuenta que Manasés lo juzgó como falso profeta, acusándolo de contradecir a Moisés, y que Isaías, escondido en un cedro, murió cuando los soldados aserraron el árbol (Yevamot 49b). Un escrito judío reelaborado por cristianos, el *Martirio de Isaías*, dice que fue aserrado por orden del rey, y san Justino lo echa en cara a los judíos de su tiempo (*Diálogo con Trifón* 120); muchos piensan que a esta tradición alude Heb 11,37. Es leyenda, pero expresa lo que el libro deja entrever: entre la sangre inocente había sangre de profetas.

Hay, sin embargo, otro Manasés. Las Crónicas cuentan que los generales del rey de Asiria lo llevaron encadenado a Babilonia, que allí, en la angustia, se humilló profundamente ante el Dios

de sus padres y oró, que Dios lo escuchó y lo devolvió a Jerusalén, y que entonces quitó los ídolos del templo, restauró el altar del Señor y fortificó la ciudad (2 Cr 33,10-17). El libro de los Reyes no dice nada de esto. Muchos historiadores ven en el relato de las Crónicas una lectura teológica: un reinado tan largo pedía una explicación, y el Cronista la encuentra en la conversión. Otros recuerdan que los asirios convocaban a veces a sus vasallos sospechosos y después los devolvían a su trono. La Escritura conserva los dos retratos, uno junto al otro.

La tradición posterior discutió cuál tenía la última palabra. La Misná cuenta a Manasés entre los tres reyes que no tienen parte en el mundo futuro, aunque rabí Judá lo excluye de esa lista apoyándose en 2 Cr 33,13 (Sanedrín 10,2). El Talmud atribuye a rabí Yojanán una frase de gran sentido pastoral: quien dice que Manasés no tiene parte en el mundo futuro desanima a los penitentes; y añade que Dios abrió para él una especie de abertura en el cielo para recibir su arrepentimiento, porque la justicia estricta quería cerrarle el paso (Sanedrín 103a). La piedad cristiana conservó su súplica en la *Oración de Manasés* (ver el recuadro).

¿Cómo leer juntas las dos historias? El libro de los Reyes mira la historia de un pueblo y subraya las consecuencias: el mal sembrado por un rey no se borra con una buena intención, y la catástrofe llegará. Las Crónicas miran a la persona y subrayan que nadie está fuera del alcance de la misericordia: «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado, y no que se convierta y viva?» (Ez 18,23). Las dos verdades son de Dios, y Jesús las une en la parábola del hijo pródigo, que vuelve después de haberlo malgastado todo y es abrazado por su padre (Lc 15,11-32). El Catecismo lo dice en una lí-

nea: el Evangelio es «la revelación, en Jesucristo, de la misericordia de Dios con los pecadores» (n. 1846). Si hubo perdón para el peor de los reyes, nadie puede darse por perdido; pero quien lo pide sabe también que el pecado deja huellas que solo Dios, con paciencia, puede sanar.

PAUSA

1. Manasés deshizo en pocos años lo que su padre había construido con esfuerzo. ¿Qué bienes que recibiste corres el riesgo de descuidar o de deshacer?
2. Las Crónicas cuentan que Manasés se humilló en la angustia y Dios lo escuchó. ¿Hay algo en tu vida que creas demasiado grave para ser perdonado?

Para orar. *Señor, que escuchaste al rey Manasés en su cautiverio, no me dejes creer nunca que mi pecado es más grande que tu misericordia.*

22

Josías y el libro de la ley

Josías, puesto en el trono a los ocho años tras el asesinato de su padre, será el último gran rey de Judá. Este capítulo cuenta el hallazgo que marcó su reinado: el año dieciocho, hacia el 622 a. C., mientras se reparaba el templo, el sumo sacerdote Helcías encuentra «el libro de la ley». Tres escenas: las obras y el hallazgo (vv. 1-10); la reacción del rey, que rasga sus vestiduras y manda consultar al Señor (vv. 11-13), y el oráculo de la profetisa Holda, que anuncia castigo para Jerusalén y paz para el rey que se humilló (vv. 14-20). La palabra hallada juzga antes de consolar.

Las obras del templo

1 De edad de ocho años era Josías [1] cuando entró a reinar,
y reinó treinta y un años en Jerusalén. Se llamó su madre
Idida, hija de Hadaia, de Besecat. 2 E hizo lo que era agra-
dable a los ojos del Señor, y siguió la senda de David, su pa-
dre, sin desviarse a la derecha ni a la izquierda [2].

3 Y en su año decimoctavo [3] envió el rey Josías a Safán,
hijo de Asia, hijo de Mesulam, escribano o secretario [4] del
templo del Señor, dándole esta orden: 4 Ve a Helcías, sumo
sacerdote [5], y dile que mande recoger el dinero que ha en-
trado en el templo del Señor, que han recibido del pueblo

los porteros del templo, 5 y se dé a los obreros por mano de
los sobrestantes de la casa del Señor; a fin de que vayan pa-
gando a los que trabajan en el templo del Señor para repa-
rarlo, 6 es a saber, a los carpinteros y albañiles, y a los que
recomponen lo que se halla ya gastado o destrozado; y
para que se compren maderas y piedras de cantería, a fin
de reparar el templo del Señor. 7 Pero no se les pida cuenta
del dinero que reciban [6], sino que lo tengan a su disposi-
ción y sobre su conciencia.

El libro hallado

8 Con esta ocasión dijo el sumo sacerdote Helcías a Safán,
secretario: He hallado en el templo del Señor el libro de la
ley [7]. Y entregó Helcías aquel volumen a Safán; el cual lo
leyó. 9 Volvió el secretario Safán al rey y le dio cuenta de lo
que había hecho en cumplimiento de las órdenes recibi-
das, diciéndole: Tus siervos han recogido todo el dinero
que se hallaba en la casa del Señor, y lo han entregado a los
sobrestantes de la construcción del templo del Señor para
que lo distribuyan entre los obreros. 10 El secretario Safán
dijo además al rey: El sumo sacerdote Helcías me ha dado
este libro [8]. Y leyó Safán en presencia del rey;

11 quien al oír las palabras del libro de la ley del Señor, ras-
gó sus vestiduras [9]; 12 y dio esta orden al sumo sacerdote
Helcías, y a Ahicam, hijo de Safán, y a Acobor, hijo de
Micá [10], y a Safán, secretario, y a Asaías, ministro del rey:

13 Id y consultad al Señor acerca de mí y acerca del pueblo y
de todo Judá sobre las palabras de este libro que se ha ha-
llado, porque grande es la cólera del Señor [11] que se ha en-
cendido contra nosotros, visto que nuestros padres no es-
cucharon las palabras de este libro, ni pusieron en ejecu-
ción lo que nos estaba prescrito.

La profetisa Holda

14 Fueron, pues, el sumo sacerdote Helcías, y Ahicam, y
Acobor, y Safán, y Asaías a casa de Holda profetisa [12], mu-
jer de Sellum, hijo de Tecua, y nieto de Araas jefe del guar-
darropa, la cual habitaba en Jerusalén en la parte llamada
Segunda [13], y hablaron con ella. 15 Y Holda les respondió:
Esto es lo que dice el Señor Dios de Israel: Decid al varón
que os ha enviado a mí [14]: 16 Esto dice el Señor: He aquí
que yo descargaré sobre este lugar y sobre sus
habitantes [15] las calamidades que el rey de Judá ha leído
en este libro de la ley; 17 porque me han abandonado a mí,
y ofrecido sacrificios a los dioses ajenos, provocando mi
ira en todas sus obras; y se encenderá mi furor contra este
lugar, y no se apagará [16].

18 Y al rey de Judá que os ha enviado a consultar al Señor,
diréis así: Esto dice el Señor Dios de Israel: Por cuanto has
escuchado las palabras de este libro, 19 y se ha atemorizado
tu corazón, y te has humillado delante del Señor [17], oídas
las amenazas contra este lugar y sus moradores, es a saber,

que vendrían a ser objeto de pasmo y execración; y rasgaste tus vestidos, y lloraste en mi presencia; yo también te he escuchado, dice el Señor. 20 Por eso yo te reuniré con tus padres, y haré que vayas a descansar en paz en tu sepulcro 18, a fin de que no vean tus ojos todos los males que yo voy a llover sobre este lugar.

¿Sabías que?

La Misná, que describe el templo tal como era en tiempos de Herodes, dice que el monte del templo tenía cinco puertas y que «las dos puertas de Hulda, al sur, servían para entrar y para salir» (Middot 1,3). Todavía se ven, tapiadas, en el muro sur de la explanada: son la puerta doble y la triple. Las excavaciones que Benjamin Mazar dirigió allí desde 1968 sacaron a la luz la ancha escalinata por la que subían los peregrinos, la que con toda probabilidad subieron también Jesús y sus discípulos. Por qué se llamaban así no se sabe con certeza: la tradición piensa en la profetisa, que vivía en la ciudad, pero juldá significa también «comadreja», y se han propuesto otras explicaciones.

PAUSA

1. Josías se dejó juzgar por una palabra que no esperaba. ¿Cómo reaccionas cuando la Escritura te dice algo que no quieres oír?
2. El rey no se quedó solo con el libro: mandó consultar a una profetisa. ¿A quién acudes para entender lo que Dios te pide?

Para orar. *Señor, que tu palabra no quede olvidada en un rincón de mi vida; que al escucharla se conmueva mi corazón como el de Josías.*

23

La reforma de Josías

El rey lee el libro ante todo el pueblo y renueva la alianza (vv. 1-3). Sigue la purificación más radical que cuenta la Biblia, desde el templo hasta Betel y Samaria (vv. 4-20), y una Pascua como no se había celebrado desde los jueces (vv. 21-23). Pero el elogio sin igual de Josías (vv. 24-25) choca con el anuncio de que el castigo no se revoca (vv. 26-27), y el rey muere en Meguido frente al faraón (vv. 28-30). Sus hijos Joacaz y Joakim son ya vasallos de Egipto (vv. 31-37). La fidelidad de un rey no basta para salvar a un pueblo que no se convierte.

La alianza renovada

1 Volvieron, pues, a referir al rey lo que había dicho la profetisa. El cual dio luego orden, y se congregaron en su
presencia todos los ancianos de Judá y de Jerusalén. 2 Y subió
el rey al templo del Señor, acompañado de todos los varones de Judá y de los moradores de Jerusalén, de los sacerdotes y profetas, y de todo el pueblo, pequeños y grandes,
y leyó delante de ellos todas las palabras del Libro de la
Alianza [1] hallado en la casa del Señor. 3 Y puesto el rey en
pie sobre su tribuna o trono [2], hizo pacto o alianza delante del Señor, de que todos seguirían al Señor y guardarían sus preceptos y amonestaciones y ceremonias con todo el

corazón y con toda el alma, y restablecerían en su observancia las palabras de esta alianza escritas en aquel libro; y ratificó el pueblo ese pacto o promesa [3].

La purificación del culto

[4] Al mismo tiempo mandó el rey al sumo sacerdote Helcías y a los sacerdotes de segundo orden, y a los porteros, que arrojasen del templo del Señor todos los vasos o alhajas consagradas a Baal, y al ídolo del bosque, y a todos los astros del cielo, y los quemó fuera de Jerusalén en el valle de Cedrón, e hizo llevar las cenizas a Betel [4]. [5] Y exterminó los agoreros [5], instituidos por los reyes de Judá en las ciudades de Judá y alrededores de Jerusalén para sacrificar en los lugares altos; y a aquellos que quemaban incienso a Baal y al Sol, a la Luna y a los doce signos del Zodíaco [6], y a todos los astros del cielo. [6] Hizo también sacar el ídolo del bosque de la casa del Señor, y llevarlo fuera de Jerusalén, al valle de Cedrón, donde lo quemó, y redujo a cenizas, que hizo esparcir sobre los sepulcros del pueblo [7]. [7] Asimismo destruyó las casillas o pabellones de los afeminados [8], que se habían formado en la casa del Señor; para quienes las mujeres tejían unos como pabellones al servicio del ídolo del bosque.

[8] Recogió también a todos los sacerdotes de las ciudades de Judá y profanó los lugares altos, donde sacrificaban los sacerdotes, desde Gabaa hasta Bersabee [9], y derribó los alta-

res de las puertas de Jerusalén, situados a la entrada de la casa o puerta de Josué, príncipe de la ciudad, que habitaba a mano izquierda de la puerta de la ciudad. 9 Ni de allí en adelante [10] los sacerdotes que habían sacrificado en las alturas subieron al altar del Señor en Jerusalén; sólo se les permitía comer los panes ázimos en compañía de sus hermanos.

10 Profanó asimismo el lugar de Tofet [11], situado en el valle del hijo de Ennón; a fin de que nadie consagrara su hijo o su hija a Moloc, haciéndolos pasar por el fuego. 11 Quitó también los caballos que los reyes de Judá tenían consagrados al Sol [12] a la entrada del templo del Señor, junto a la vivienda del eunuco Natanmelec, la cual estaba en Farurim; y los carros del Sol los entregó a las llamas. 12 Destruyó igualmente el rey los altares colocados sobre el terrado del cuarto o habitación de Acaz, erigidos por los reyes de Judá; como también los altares puestos por Manasés en los dos atrios del templo del Señor; y desde aquí fue corriendo a esparcir la ceniza de ellos en el torrente de Cedrón.

13 Además profanó el rey los lugares altos junto a Jerusalén, que estaban a la derecha del monte Olivete, llamado del Escándalo [13], erigidos por Salomón, rey de Israel, al ídolo de los sidonios Astarot, y a Camos, escándalo de Moab, y a Melcom, oprobio de los hijos de Amón; 14 y des-

truyó las estatuas, y taló los bosques sacrílegos, y llenó aquellos lugares de huesos de muertos.

15 Además el altar que había en Betel y el lugar alto, formado por Jeroboam, hijo de Nabat, el que hizo pecar a Israel, uno y otro los destruyó, y abrasó, y redujo a cenizas; y quemó también el bosque. 16 Y volviendo los ojos Josías, vio los sepulcros que había en el monte, y envió a sacar los huesos de los sepulcros, y los quemó sobre el altar, con lo que lo profanó, según la palabra del Señor, pronunciada por el varón de Dios [14] que había predicho estas cosas. 17 Añadió: ¿De quién es aquel túmulo o monumento que veo? Le respondieron los vecinos de aquella ciudad: Es el sepulcro del varón de Dios que vino de Judá y profetizó estas cosas que acabas de ejecutar sobre el altar de Betel. 18 Y dijo el rey: Dejadle, ninguno mueva sus huesos; y así quedaron intactos sus huesos con los del profeta, venido de Samaria [15].

19 Finalmente, quitó Josías todos los adoratorios de las alturas que había en las ciudades de Samaria, construidos por los reyes de Israel para irritar al Señor, y ejecutó con ellos lo mismo que había hecho en Betel. 20 Y degolló a todos los sacerdotes de las alturas [16], que estaban allí encargados de los altares; y quemó sobre estos altares huesos humanos, y volvió a Jerusalén.

La Pascua y el juicio sobre Josías

21 Por último, dio esta orden a todo el pueblo: Celebrad la
Pascua al Señor Dios vuestro [17], conforme se halla escrito
en este Libro de la Alianza. 22 Jamás se celebró Pascua
igual desde el tiempo de los jueces que gobernaron a Is-
rael, ni en todo el tiempo de los reyes de Israel, y de los re-
yes de Judá, 23 como fue esta Pascua que se celebró en ho-
nor del Señor en Jerusalén, el año decimoctavo del rey Jo-
sías.

24 Extirpó igualmente Josías a los pitones o magos y a los
adivinos, y las figuras de ídolos [18], y las inmundicias y
abominaciones que habían quedado en el país de Judá y de
Jerusalén a fin de restablecer en su vigor las palabras de la
ley escritas en aquel libro hallado por Helcías, sumo sacer-
dote, en el templo del Señor. 25 No hubo entre sus predece-
sores ningún rey que del modo que éste se convirtiese al
Señor con todo el corazón [19], y con toda su alma, y con to-
das sus fuerzas, siguiendo en todo la ley de Moisés; ni des-
pués de él nació otro que le fuese semejante.

26 Sin embargo, no depuso el Señor su terrible enojo [20] y
gran indignación contra Judá por los ultrajes con que le
había provocado Manasés. 27 Y así dijo el Señor: Yo arroja-
ré de mi presencia también a Judá, como arrojé a Israel; y
desecharé a Jerusalén, esa ciudad que yo había escogido, y

el templo del cual dije: Aquí es donde mi Nombre será invocado.

Meguido y los hijos de Josías

28 En cuanto a las demás acciones de Josías y todas las cosas que hizo, ¿no está todo esto escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá? 29 En su reinado, el faraón Necao, rey de Egipto, se puso en marcha hacia el río Eufrates para batir al rey de los asirios [21], y salió contra él el rey Josías, que al primer encuentro quedó muerto en Mageddo [22]. 30 Y sus criados lo llevaron muerto desde Mageddo, y lo transportaron a Jerusalén, y lo sepultaron en su sepulcro. Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz [23], hijo de Josías, al cual ungieron y proclamaron rey en lugar de su padre.

31 Veintitrés años tenía Joacaz cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalén; su madre se llamaba Amital, hija de Jeremías, de Lobna. 32 E hizo Joacaz el mal en presencia del Señor, imitando todo el proceder de sus padres. 33 Y el rey faraón Necao lo puso en cadenas en Rebla, situada en tierra de Emat [24], privándole del reino de Jerusalén; y echó al país una contribución de cien talentos de plata y un talento de oro. 34 Después de esto el faraón Necao estableció rey a Eliacim, hijo de Josías, en lugar de Josías, su padre, mudándole el nombre en el de Joakim [25]. Pero a Joacaz se lo llevó consigo, y lo condujo a Egipto,

donde murió. [35] Joakim dio la plata y el oro al faraón, habiendo impuesto a todo el país un tributo personal para sacar la suma ordenada por el faraón, exigiendo de cada uno de sus vasallos así la plata como el oro, a proporción de su posibilidad, para dárselo al faraón Necao.

[36] Veinticinco años tenía Joakim cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén; se llamaba su madre Zebida, y era hija de Fadaía, natural de Ruma. [37] E hizo el mal delante del Señor, a imitación de todo lo que habían hecho sus padres o abuelos.

¿Sabías que?

¿Qué fue del arca de la alianza? El libro de los Reyes no la nombra entre el botín de Nabucodonosor (25,13-17). Una tradición judía atribuye su desaparición a Josías: según el Talmud, el rey la escondió, junto con la urna del maná, la vara de Aarón y el aceite de la unción, porque había leído en el libro que el pueblo y su rey irían al destierro (Dt 28,36) y no quería que el arca fuera llevada a tierra extraña (Yoma 52b). Se apoyaba en las palabras de Josías a los levitas: «Poned el arca santa en la casa que edificó Salomón… no tendréis que llevarla más sobre los hombros» (2 Cr 35,3). La Misná cuenta incluso que un sacerdote notó una losa distinta en el pavimento del templo y murió antes de poder decir lo que había visto (Shekalim 6,2). Otra tradición, la del segundo libro de los Macabeos, se recoge en el ensayo del capítulo 26 del Éxodo.

La reforma de Josías

Qué hace	Dónde	Qué ley cumple
Quema los objetos de Baal	Templo; cenizas a Betel (23,4)	Dt 7,5.25
Suprime a los kemarim	Ciudades de Judá (23,5)	Dt 12,2-3
Muele la imagen de Aserá	Templo; Cedrón (23,6)	Dt 16,21
Destruye las casas de los qedeshim	Templo (23,7)	Dt 23,18
Profana los lugares altos	De Gabaa a Bersabee (23,8-9)	Dt 12,2-5
Profana el Tofet	Valle de Ben-Hinón (23,10)	Lv 18,21; Dt 18,10
Quita los caballos del sol	Entrada del templo (23,11)	Dt 4,19; 17,3
Derriba altares a los astros	Terrados y atrios (23,12)	Dt 17,3
Profana los santuarios de Salomón	Frente a Jerusalén (23,13-14)	Dt 7,5
Destruye el altar de Jeroboam	Betel (23,15-18)	Cumple 1 Re 13,2
Mata a los sacerdotes del norte	Ciudades de Samaria (23,19-20)	Dt 13,7-12
Celebra la Pascua	Jerusalén (23,21-23)	Dt 16,1-8
Extirpa adivinos y terafim	Judá y Jerusalén (23,24)	Dt 18,10-11

La reforma es como un comentario en actos del Deuteronomio (ver el ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio). Las Crónicas sitúan la purificación antes del hallazgo del libro (2 Cr 34,3-7).

PARA PROFUNDIZAR

La reforma y la Pascua de Josías

El ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio contó el hallazgo del libro y la historia de la pregunta por su identidad. Aquí interesa otra cosa: qué hace un rey cuando la palabra de Dios lo encuentra. Josías no discute el libro ni lo archiva. Rasga sus vestiduras, confiesa la culpa de sus padres y manda «consultar al Señor» (22,11-13): la palabra escrita pide la palabra viva de la profecía. Por eso entra en escena Holda (ver nota a 22,14), con dos oráculos: el castigo de «este lugar» está decidido, pero el rey que se humilló irá a la tumba en paz, sin ver la ruina (22,15-20). Josías recibe un oráculo que no le promete el éxito, y emprende la reforma de todos modos.

La reforma empieza por una asamblea. El rey sube al templo con todo el pueblo, «pequeños y grandes», lee el «Libro de la Alianza» y, de pie junto a la columna, hace alianza delante del Señor; el pueblo se adhiere a ella (23,1-3). La escena repite la del Sinaí, donde Moisés leyó el libro de la alianza y el pueblo respondió (Éx 24,7). La Comisión Bíblica la cita para definir la alianza del Deuteronomio: «como un juramento de pertenencia al Señor» (2001, n. 38).

Siguen los hechos (23,4-20; ver el cuadro al final del capítulo). Josías vacía el templo de los objetos de Baal, de Aserá y de los astros; quita los caballos del sol y los altares de los terrados y de los atrios; profana el Tofet, donde se quemaba a los niños, y los santuarios que Salomón había levantado frente a Jerusalén; reúne en la ciudad a los sacerdotes de los lugares altos de Judá, y llega

hasta Betel, donde cumple la profecía pronunciada tres siglos antes (1 Re 13,2). Casi cada gesto aplica un mandamiento del Deuteronomio. Las Crónicas sitúan la purificación antes del hallazgo, desde el año doce del rey (2 Cr 34,3-7). El relato no esconde su página más dura: en el norte, Josías degüella a los sacerdotes de los lugares altos sobre sus altares (23,20). El narrador lo cuenta como cumplimiento de la ley contra la idolatría; el lector cristiano lo lee a la luz del que vino, como dice la Vulgata, «no a perder las almas, sino a salvarlas» (Lc 9,56; ver nota a 23,20).

La fiesta corona la reforma: «Celebrad la Pascua al Señor Dios vuestro, conforme se halla escrito en este Libro de la Alianza» (23,21). La Pascua del Éxodo era un rito de familia; el Deuteronomio la convierte en peregrinación al único santuario (Dt 16,1-8), y así la celebra Josías, como no se había hecho «desde el tiempo de los jueces» (23,22; 2 Cr 35). Siglos después, Jesús subirá a Jerusalén para la Pascua y dirá: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15). En esa cena, enseña el Catecismo, «Jesús dio su sentido definitivo a la pascua judía» (n. 1340).

Y sin embargo, el capítulo termina en sombra. Ningún rey se convirtió al Señor como Josías (23,25), pero el Señor «no depuso su terrible enojo» (23,26), y el rey muere en Meguido frente al faraón (23,29). ¿Se cumplió la promesa de Holda? En el sentido que ella misma le dio: Josías no vio la destrucción y fue enterrado en su sepulcro de Jerusalén (22,20; 23,30). Su muerte fue el gran duelo de Judá: Jeremías compuso lamentaciones por él (2 Cr 35,25), y Zacarías evocará «el llanto de Hadad-Rimón en la llanura de Meguido» al anunciar el día en que mirarán «al que traspa-

saron» (Zac 12,10-11). San Juan aplica estas palabras a Jesús en la cruz (Jn 19,37), y el Catecismo, a la conversión, que nace de mirar al que nuestros pecados traspasaron (n. 1432).

Jeremías dejó el mejor elogio de Josías, dirigido a su hijo Joakim: tu padre «practicó el derecho y la justicia... juzgaba la causa del pobre y del necesitado... ¿No es esto conocerme?, dice el Señor» (Jer 22,15-16). La reforma no fue solo una limpieza del culto; fue la obediencia de un rey a una palabra que lo juzgaba, y esa palabra incluía al pobre. La Comisión Bíblica ve en ella un momento decisivo en la formación de la Escritura: la reforma de Josías «tuvo como fundamento el libro de la alianza (acaso el Deuteronomio), reencontrado en el Templo» (2014, n. 60). Desde entonces, el pueblo de Dios es un pueblo que escucha un libro.

PAUSA

1. Josías no se limitó a escuchar: puso por obra lo que había leído. ¿Qué «ídolos» o hábitos tendrías que quitar de tu vida para vivir lo que escuchas?
2. Josías fue el mejor de los reyes y, aun así, no pudo evitar la ruina. ¿Cómo vives la fidelidad cuando no ves resultados?
3. Jeremías dijo que juzgar la causa del pobre es «conocer» a Dios. ¿Qué lugar tienen los pobres en tu manera de vivir la fe?

Para orar. *Señor, dame un corazón que se convierta a ti con toda el alma y con todas las fuerzas, como el de Josías, y que no te olvide en los pobres.*

24

Nabucodonosor y el primer destierro

Egipto deja paso a Babilonia. Joakim se somete a Nabucodonosor y después se rebela (vv. 1-7); su hijo Joaquín reina solo tres meses y se rinde: el rey, su madre, la corte, los soldados, los artesanos y los tesoros del templo van a Babilonia en el 597 a. C., la primera deportación (vv. 8-17); Nabucodonosor pone en el trono a Sedecías, que también se rebelará (vv. 18-20). El narrador repite que nada de esto ocurre por azar: el Señor cumple lo que había anunciado por sus siervos los profetas (vv. 2-4.13.20).

Joakim, vasallo de Babilonia

1 En tiempo de éste vino Nabucodonosor, rey de
Babilonia [1]; y Joakim estuvo sujeto a él por tres años, des-
pués de los cuales se le rebeló. 2 Entonces el Señor envió
contra él cuadrillas de tropa ligera de caldeos [2], cuadrillas
de siros, y cuadrillas de moabitas, y cuadrillas de amoni-
tas; a los cuales envió contra Judá, a fin de destruirlo, con-
forme lo había predicho el Señor por boca de sus siervos
los profetas [3]. 3 Esto sucedió en cumplimiento de la pala-
bra que el Señor había pronunciado de que arrojaría de su
presencia a Judá, a causa de todos los pecados cometidos
por Manasés, 4 y de la sangre inocente que derramó, inun-

dando a Jerusalén con la sangre de personas inocentes;
por esta razón no quiso el Señor aplacarse [4].

[5] Las otras cosas de Joakim y todos sus hechos, ¿no está
todo escrito en el Libro de los Anales de los Reyes de Judá?
En fin, Joakim pasó a descansar con sus padres [5]. [6] Y lo su-
cedió en el reino Joaquín, su hijo [6]. [7] Y de allí en adelante
no intentó el rey de Egipto salir de su tierra, por cuanto el
rey de Babilonia se había alzado con todo lo que había sido
del rey de Egipto, desde el río de Egipto hasta el río
Eufrates [7].

Joaquín y la primera deportación

[8] Dieciocho años tenía Joaquín [8] cuando comenzó a rei-
nar, y reinó tres meses en Jerusalén; se llamaba su madre
Nohesta, hija de Elnatán, de Jerusalén. [9] E hizo Joaquín lo
malo delante del Señor, siguiendo en todo el proceder de
su padre. [10] Por aquel tiempo vinieron contra Jerusalén los
capitanes de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y cercaron
la ciudad con trincheras. [11] Vino también Nabucodonosor,
rey de Babilonia, al sitio de la ciudad con sus oficiales para
batirla. [12] Entonces Joaquín, rey de Judá, salió a verse con
el rey de Babilonia [9] en compañía de su madre, y criados,
y de sus príncipes, y de sus eunucos o validos; y lo recibió
el rey de Babilonia el año octavo de su reinado.

13 Y tomó Nabucodonosor todos los tesoros del templo del
Señor, y los tesoros de la casa real, e hizo pedazos todos los
vasos de oro [10], que había hecho Salomón, rey de Israel
para el templo del Señor, como el Señor lo tenía predicho.
14 Y se llevó cautiva toda la corte de Jerusalén, todos sus
príncipes y toda la fuerza del ejército, en número de diez
mil, y a todos los artífices y maquinistas [11], sin dejar más
que la gente pobre. 15 Transportó asimismo a Babilonia a
Joaquín, y a su madre, y a sus mujeres, y a los eunucos o
validos; y llevó igualmente cautivos de Jerusalén a Babilo-
nia a los jueces del país. 16 Además a todos los varones ro-
bustos, en número de siete mil, y mil artífices e
ingenieros [12]; en suma, todos los hombres valerosos y
aguerridos; y los condujo el rey de Babilonia cautivos a di-
cha ciudad. 17 Y en lugar de Joaquín puso a Matanías su tío
paterno, a quien impuso el nombre de Sedecías [13].

Sedecías

18 Veintiún años tenía Sedecías cuando comenzó a reinar, y
reinó once años en Jerusalén; se llamaba su madre Amital,
hija de Jeremías, de Lobna [14]. 19 E hizo el mal en la presen-
cia del Señor ni más ni menos que Joakim. 20 Porque la ira
del Señor iba creciendo contra Jerusalén y contra Judá,
hasta tanto que los arrojara de su presencia. Y se rebeló
Sedecías contra el rey de Babilonia [15].

¿Sabías que?

La Crónica babilónica es una serie de tablillas de arcilla en las que los escribas de Babilonia anotaban, año por año, los hechos principales de cada reinado. La que cubre los primeros años de Nabucodonosor (Museo Británico, BM 21946) fue publicada por D. J. Wiseman en 1956. Cuenta la batalla de Carquemis del 605 y, en el año séptimo, la campaña contra «la ciudad de Judá»: el rey de Babilonia la tomó «el día segundo del mes de adar», capturó al rey, puso allí un rey de su elección, recibió un pesado tributo y lo llevó a Babilonia. Es decir, el 15 o 16 de marzo del 597 a. C.: una de las primeras fechas de la historia bíblica que se pueden fijar al día.

PAUSA

1. Joaquín se entregó para salvar la ciudad, y pasó treinta y siete años en el destierro. ¿Hay en tu vida alguna pérdida que todavía esperas ver iluminada por Dios?
2. Sedecías sabía lo que decía Jeremías y no se atrevió a obedecerle. ¿Qué te impide hacer lo que sabes que Dios te pide?

Para orar. *Señor de la historia, cuando todo parece derrumbarse, enséñame a reconocer tu palabra que se cumple y tu promesa que no se apaga.*

25

La caída de Jerusalén

El último capítulo cuenta con la sobriedad de un acta el fin de Judá: el asedio de año y medio y el hambre, la brecha, la huida y el castigo de Sedecías (vv. 1-7); el incendio del templo y de la ciudad, los bronces llevados a Babilonia y las ejecuciones de Riblá (vv. 8-21); el gobierno y el asesinato de Godolías, y la huida a Egipto (vv. 22-26). Pero el libro no termina ahí: treinta y siete años después, el rey Joaquín sale de la cárcel y come a la mesa del rey de Babilonia (vv. 27-30). En medio de la ruina, la promesa hecha a David sigue viva.

El asedio y la huida del rey

1 Pero el noveno año del reinado de Sedecías, el mes décimo, a los diez días del mes [1], vino el mismo Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército sobre Jerusalén,
y le puso sitio, y levantó trincheras alrededor de ella. 2 Con
lo que la ciudad quedó cerrada y circunvalada hasta el año
undécimo del reinado de Sedecías, 3 y día nueve del mes
cuarto [2]; y fue creciendo el hambre en la ciudad, de modo
que faltó el pan o alimento a la gente del pueblo.

4 Al cabo quedó abierta una brecha en la ciudad; y toda la
gente de guerra huyó de noche por el camino de la puerta,

que está entre los dos muros, junto al jardín del rey, mientras los caldeos estrechaban el cerco de la ciudad. Huyó, pues, Sedecías por el camino que va a las llanuras del desierto. 5 Mas el ejército de los caldeos fue persiguiéndolo, y lo alcanzó en la llanura de Jericó [3], y todos los soldados que lo acompañaban fueron dispersados, y lo abandonaron. 6 Hecho prisionero el rey, lo condujeron a Reblata al rey de Babilonia; el cual pronunció sentencia contra él. 7 E hizo matar a los hijos de Sedecías a la presencia de éste [4], y después sacarle los ojos, y atado con cadenas lo llevó consigo a Babilonia.

El templo en llamas

8 El mes quinto, a los siete del mes [5], corriendo el año diez y nueve del rey de Babilonia, Nabuzardán, vasallo de este rey y general de su ejército [6], entró en Jerusalén. 9 Y puso fuego al templo del Señor [7], y al palacio del rey, y a las casas de Jerusalén, y entregó a las llamas todos los edificios. 10 Y todo el ejército de los caldeos que seguía a su general, arrasó por todos lados los muros de Jerusalén. 11 Al resto del pueblo que había quedado en la ciudad, y a los desertores que se habían pasado al rey de Babilonia, y a la gente más pobre, los transportó Nabuzardán, general del ejército, a otra parte; 12 dejando solamente a gentes pobres del país para cultivar las viñas [8] y los campos.

13 Mas los caldeos haciendo trozos las columnas de bronce
que había en el templo del Señor [9], las basas y el mar de
bronce colocado en la casa del Señor, trasladaron todo este
metal a Babilonia. 14 Asimismo se llevaron las ollas de co-
bre, y las jarras, y los tridentes, y las copas, y los morteri-
llos, y todas las vasijas de cobre que se usaban en el minis-
terio. 15 Se llevó también el general del ejército los incensa-
rios y las ampollas, tanto los vasos de oro como los de pla-
ta, 16 con las dos columnas, el mar o la concha y las bases
que había hecho Salomón para el templo del Señor; el peso
del bronce de todos los vasos era inmenso. 17 Cada una de
las columnas tenía dieciocho codos de altura y un capitel
de bronce encima, de tres codos de alto; y en torno del ca-
pitel de la columna una como red, con granadas, todo de
bronce: el adorno de las demás columnas era el mismo.

18 Además, se llevó el general del ejército a Saraías, primer
sacerdote, y a Sofonías, segundo sacerdote [10], y a tres por-
teros. 19 Y también a un eunuco de la ciudad, bajo cuya ins-
pección estaba la gente de guerra, y cinco señores del ser-
vicio doméstico del rey, hallados en la ciudad; y a Sofer,
inspector del ejército [11], que amaestraba a los soldados bi-
soños del país, y a sesenta varones del pueblo que se halla-
ron en la ciudad. 20 Todos los cuales condujo consigo Na-
buzardán, general del ejército, a Reblata, a presencia del
rey de Babilonia; 21 el cual en la misma Reblata, territorio

de Emat, les hizo quitar la vida. Y la tribu de Judá fue transportada fuera de su tierra [12].

Godolías

[22] Para gobernar la gente que había quedado en el país de Judá por disposición de Nabucodonosor, rey de Babilonia, nombró a Godolías, hijo de Ahicam, hijo de Safán [13]. [23] Lo que sabido por todos los oficiales del ejército y la gente que estaba con ellos, esto es, que el rey de Babilonia había dado el gobierno a Godolías, acudieron luego a éste en Masfa, Ismael, hijo de Natanías, y Johanán, hijo de Caree, y Saraías, hijo de Tanehumet, netofatita, y Jezonías, hijo de Maacati [14], así ellos como sus compañeros. [24] Y Godolías les aseguró con juramento a ellos y a sus compañeros, diciendo: No temáis a estar sujetos a los caldeos [15]; quedaos en el país, y obedeced al rey de Babilonia, y lo pasaréis bien.

[25] Pero al séptimo mes sobrevino Ismael [16], hijo de Natanías y nieto de Elisama, de la estirpe real, acompañado de diez hombres; los cuales hirieron a Godolías, que murió de las heridas, con los judíos y caldeos que estaban con él en Masfa. [26] De resultas de esto, todo el pueblo, pequeños y grandes, y los oficiales del ejército huyeron a Egipto por temor de los caldeos [17].

Joaquín, liberado

27 A los treinta y siete años de la salida de Joaquín, rey de
Judá, al día veintisiete del mes duodécimo, sucedió que
Evilmerodac, rey de Babilonia [18], el mismo año en que co-
menzó a reinar, levantó a Joaquín del estado de abati-
miento en que yacía [19], y lo sacó de la cárcel; 28 y le habló
con amor, y le puso un trono o asiento superior al de los
demás reyes subyugados [20] que tenía consigo en Babilo-
nia, 29 y le hizo mudar los vestidos que había usado en su
prisión, y comía siempre a su mesa todo el tiempo que
vivió [21]. 30 Le señaló asimismo alimentos de ahí en adelan-
te; los cuales le daba el rey diariamente todos los días de su
vida [22].

¿Sabías que?

El 9 de marzo de 1842 se estrenó en la Scala de Milán *Nabucco*, la ópera de Giuseppe Verdi sobre Nabucodonosor y los hebreos cautivos, con libreto de Temistocle Solera. Su número más célebre es el coro de los esclavos hebreos, «Va, pensiero, sull'ali dorate» («Vuela, pensamiento, en alas doradas»), una paráfrasis del Salmo 137: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y llorábamos». Su verso «¡Oh patria mía, tan bella y perdida!» lo convirtió en Italia en una especie de himno, y se cuenta que la multitud lo entonó en las calles de Milán durante los funerales de Verdi, en 1901, aunque los historiadores discuten cuánto de esa fama patriótica es leyenda.

Los últimos años de Judá

Fecha (a. C.)	Qué pasó	Fuente
609	Josías muere en Meguido; Joacaz, llevado a Egipto	23,29-34; Jer 22,10-12
609–598	Joakim, vasallo de Egipto y de Babilonia	23,34 – 24,6; Jer 36
605	Nabucodonosor vence a Egipto en Carquemis	Jer 46,2; Crónica babilónica
604	Saqueo de Ascalón; Judá se somete	Crónica babilónica; 24,1
601	Batalla indecisa con Egipto; Joakim se rebela	Crónica babilónica; 24,1
598/597	Joaquín reina tres meses	24,8-9
Marzo de 597	Jerusalén se rinde (2 de adar); primera deportación	24,10-16; Jer 52,28
597–587/586	Sedecías, entre Babilonia y Egipto	24,17 – 25,7; Jer 37 – 39
588–587/586	Asedio; cartas de Laquis	25,1-3; Jer 34,7
587/586	Brecha; incendio del templo; segunda deportación	25,4-21; Jer 52,29
Después	Godolías, asesinado en Masfa; huida a Egipto	25,22-26; Jer 40 – 43
582	Tercera deportación	Jer 52,30
561	Evilmerodac saca a Joaquín de la cárcel	25,27-30; Jer 52,31-34

Las fechas siguen la Crónica babilónica donde existe; 587 o 586 depende de cómo se cuenten los años de los reyes. Las cifras de deportados no coinciden (24,14.16; Jer 52,28-30). Unas tablillas de Babilonia de hacia el 592 nombran a «Joaquín, rey de Judá» (ver el recuadro de 2 Sam 9).

PARA PROFUNDIZAR

Junto a los ríos de Babilonia: la caída de Jerusalén y la luz final

Los últimos veinte años de Judá caben en pocas páginas (ver el cuadro al final del capítulo). En el 609, Josías muere en Meguido; en el 605, Nabucodonosor vence a Egipto en Carquemis (Jer 46,2) y Judá pasa a ser vasallo de Babilonia; en el 597, Jerusalén se rinde y Joaquín va al destierro con la corte y los artesanos (ver nota a 24,12). Sedecías, puesto en el trono por los babilonios, acaba rebelándose. El asedio empieza el diez del mes décimo y dura año y medio; el nueve del mes cuarto se abre la brecha, el rey huye de noche y es capturado cerca de Jericó, y en Riblá ve morir a sus hijos antes de que le saquen los ojos (25,1-7). Un mes después arden el templo, el palacio y la ciudad (25,8-9). Era el 587 a. C., o el 586: las dos fechas se defienden, según cómo se cuenten los años de los reyes.

El relato es sobrio hasta el extremo. No hay lamentos, solo un inventario: las columnas, las basas, el mar de bronce, las ollas y las copas, que recorren al revés la lista de lo que Salomón había hecho (25,13-17; 1 Re 7). El llanto está en otros libros. Las Lamentaciones, que la tradición atribuye a Jeremías, lloran a la ciudad que estaba llena de gente y ha quedado sola (Lam 1,1). El Salmo 137 canta el dolor de los desterrados: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sion»; la Iglesia lo reza con 25,1-12 el viernes de la 12.ª semana del tiempo ordinario de los años pares. El pueblo judío ayuna todavía el 9 de av por los dos templos destruidos (ver nota a 25,8), y Zacarías

prometió que los ayunos del destierro se convertirían un día en «gozo y alegría» (Zac 8,19).

La catástrofe no termina con el incendio. Los babilonios dejan en el país a los pobres, y un hombre de la familia de Safán, Godolías, gobierna desde Masfa con el consejo de Jeremías: quedarse, trabajar la tierra, servir al rey de Babilonia (25,22-24). Lo asesina un príncipe de la casa real, y el resto del pueblo huye a Egipto, llevándose al profeta (25,25-26; Jer 40 – 44). Parecía el final de la historia que había empezado con la salida de Egipto.

¿Por qué ocurrió? El libro responde desde la fe: el Señor cumplió lo que había anunciado «por boca de sus siervos los profetas» (24,2; ver nota a 24,2). La Comisión Bíblica añade algo decisivo: la decisión de Dios de rechazar a Jerusalén «produjo su pleno efecto (2 Re 25,1-21)», pero cuando se decía que el Señor había rechazado a las dos familias que había escogido, él mismo lo desmiente: «¡No! Yo las restauraré, pues me he apiadado de ellas» (Jer 33,24-26; *El pueblo judío y sus Escrituras sagradas en la Biblia cristiana*, 2001, n. 34). El destierro es castigo, pero no ruptura.

Por eso importan tanto los cuatro últimos versículos. Treinta y siete años después de su rendición, Joaquín sale de la cárcel, se cambia de ropa, recibe un asiento de honor y come a la mesa del rey de Babilonia «todos los días de su vida» (25,27-30). No es una restauración: el rey sigue en tierra extraña. Martin Noth vio en estas líneas solo la última noticia que conocía el autor; Gerhard von Rad, una puerta entreabierta, la señal de que la promesa hecha a David no había caducado. El resto de la Biblia da la razón a

la esperanza: la «lámpara» de David (8,19) sigue encendida en un prisionero; de él vendrán Salatiel y Zorobabel, que reconstruirá el templo (Esd 3,2; Ag 2,23), y Mateo lo nombra en la genealogía de Jesús (Mt 1,11-12).

El Catecismo lee el destierro a la luz de Cristo: es un «aparente fracaso de las Promesas», en realidad «fidelidad misteriosa del Dios Salvador y comienzo de una restauración prometida, pero según el Espíritu»; el destierro «lleva ya la sombra de la Cruz», y el «Resto de pobres que vuelven del Exilio es una de las figuras más transparentes de la Iglesia» (n. 710). En ese «pequeño Resto», el pueblo de los Pobres, convergen la espera del Mesías y la de un Espíritu nuevo (n. 711). Un libro que había empezado con un profeta arrebatado al cielo termina con un rey cautivo sentado a la mesa: así enseña que Dios no abandona su promesa ni en la derrota.

PAUSA

1. Los desterrados aprendieron a cantar al Señor en tierra extraña. ¿Cómo rezas en tus tiempos de «destierro»?
2. El libro termina con un rey cautivo que recibe cada día su pan. ¿Qué pequeñas señales de la fidelidad de Dios reconoces cuando todo parece perdido?

Para orar. *Señor, que no abandonaste a tu pueblo en el destierro, sostén mi esperanza cuando todo parece en ruinas, y dame cada día mi pan.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 2

1. ¿A quién mandó consultar el rey Ocozías después de su caída? 1
2. ¿Cómo describieron los mensajeros al hombre que les salió al encuentro? 2
3. ¿Por qué se salvó el tercer capitán de cincuenta? 3
4. ¿Qué pidió Eliseo a Elías antes de que fuera arrebatado? 4
5. ¿Cómo fue arrebatado Elías? 5
6. ¿Cómo sanó Eliseo las aguas de Jericó? 6

Capítulos 3 a 4

1. ¿Qué pidió Eliseo antes de anunciar la palabra del Señor a los tres reyes? 1
2. ¿Qué hizo el rey de Moab al verse perdido? 2

3. ¿Cómo pagó la viuda de uno de los profetas la deuda que amenazaba a sus hijos? 3

4. ¿Qué prepararon la sunamita y su marido para Eliseo? 4

5. ¿Cuántos panes trajo el hombre de Baalsalisa, y para cuántas personas alcanzaron? 5

Capítulos 5 a 6

1. ¿Quién aconsejó a Naamán que fuera a ver al profeta de Samaria? 1

2. ¿Qué le mandó Eliseo a Naamán para curarse? 2

3. ¿Por qué quedó leproso Giezi? 3

4. ¿Cómo recuperó Eliseo el hierro del hacha que había caído al Jordán? 4

5. ¿Qué vio el criado de Eliseo cuando el Señor le abrió los ojos en Dotán? 5

6. ¿Qué mandó hacer Eliseo con los soldados sirios que había llevado ciegos a Samaria? 6

Capítulos 7 a 8

1. ¿Quiénes descubrieron que los sirios habían abandonado su campamento? 1
2. ¿Qué le ocurrió al capitán que no creyó la palabra de Eliseo? 2
3. ¿Qué hizo el rey cuando la sunamita reclamó su casa y sus tierras? 3
4. ¿Por qué lloró Eliseo ante Hazael? 4

Capítulos 9 a 10

1. ¿Quién ungió a Jehú como rey de Israel, y dónde? 1
2. ¿Dónde mató Jehú al rey Joram, y por qué importa el lugar? 2
3. ¿Cómo murió Jezabel? 3
4. ¿Qué hizo Jehú con los setenta hijos de Acab? 4
5. ¿Con qué engaño acabó Jehú con los adoradores de Baal? 5
6. ¿Qué prometió el Señor a Jehú, y en qué falló Jehú? 6

Capítulos 11 a 12

1. ¿Quién salvó al niño Joás de la matanza de Atalía, y dónde lo escondió? 1
2. ¿Qué gritó Atalía al ver al niño coronado en el templo? 2
3. ¿Qué dos pactos estableció Joíada? 3
4. ¿Qué hizo Joíada para que el dinero llegara a la reparación del templo? 4
5. ¿Cómo murió Joás? 5

Capítulos 13 a 15

1. ¿Cuántas veces golpeó Joás la tierra con las saetas, y qué le dijo Eliseo? 1
2. ¿Qué ocurrió cuando unos hombres echaron un cadáver en el sepulcro de Eliseo? 2
3. ¿Qué precepto de la ley de Moisés cumplió Amasías al castigar a los asesinos de su padre? 3
4. ¿Qué profeta había anunciado que Jeroboam II restablecería los límites de Israel? 4

5. ¿Con qué enfermedad castigó el Señor al rey Azarías, y quién gobernaba mientras tanto? 5

6. ¿Qué regiones conquistó Teglatfalasar en tiempos de Facee, y qué hizo con sus habitantes? 6

Capítulos 16 a 17

1. ¿Qué hizo Acaz cuando Rasín y Facee lo atacaron? 1

2. ¿Qué hizo el sacerdote Urías por orden de Acaz? 2

3. ¿Por qué el rey de Asiria encerró a Oseas en la cárcel? 3

4. ¿A qué atribuye el narrador la caída de Israel? 4

5. ¿A quién envió el rey de Asiria para enseñar a los nuevos pobladores de Samaria? 5

Capítulos 18 a 19

1. ¿Qué hizo Ezequías con la serpiente de bronce que había hecho Moisés, y por qué? 1

2. ¿Qué tributo impuso Senaquerib a Ezequías? 2

3. ¿Por qué pidieron los ministros de Ezequías a Rabsaces que hablara en siríaco? 3

4. ¿Qué respondió el pueblo a los discursos de Rabsaces? 4

5. ¿Qué hizo Ezequías con la carta de Senaquerib? 5
6. ¿Qué señal dio Isaías a Ezequías? 6
7. ¿Cómo murió Senaquerib? 7

Capítulo 20

1. ¿Cuántos años añadió Dios a la vida de Ezequías? 1
2. ¿Qué remedio mandó aplicar Isaías sobre la úlcera del rey? 2
3. ¿Qué señal pidió Ezequías? 3
4. ¿Qué anunció Isaías después de la visita de los enviados de Babilonia? 4

Capítulos 21 a 23

1. ¿Qué hizo Manasés con los lugares altos que había derribado su padre Ezequías? 1
2. ¿Con qué imágenes anuncian los profetas el castigo de Jerusalén? 2
3. ¿Qué halló el sumo sacerdote Helcías mientras se reparaba el templo? 3
4. ¿Qué anunció la profetisa Holda al rey Josías? 4

5. ¿Qué hizo Josías con el altar de Betel, y qué sepulcro respetó? [5]
6. ¿Cómo describe el libro la Pascua de Josías? [6]
7. ¿Dónde murió Josías, y frente a quién? [7]

Capítulos 24 a 25

1. ¿Cuánto tiempo reinó Joaquín, y cómo terminó su reinado? [1]
2. ¿Qué nombre puso Nabucodonosor a Matanías, tío de Joaquín? [2]
3. ¿Qué hicieron los babilonios con el rey Sedecías? [3]
4. ¿Cómo termina el segundo libro de los Reyes? [4]

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras mal leídas, perdidas o repetidas, cotejadas con la edición de 1824; con ella se ha recuperado la segunda mitad de 1,6, que la transcripción digital había sustituido por un trozo de 25,28, y las palabras perdidas en 6,27, 9,10 y 17,3, y se han enmendado dos lugares en que la transcripción decía lo contrario del texto: 23,9, donde el «Ni» inicial se había convertido en «Y», y 9,15, donde Joram se retiraba «de» Jezrael en lugar de «a» Jezrael). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro cuarto de los Reyes», porque la Vulgata, siguiendo a la traducción griega, cuenta los dos libros de Samuel como primero y segundo de los Reyes; esta edición usa el nombre moderno, 2 Reyes, como la Biblia

hebrea y la Neovulgata, de modo que el «tercero» y el «cuarto de los Reyes» de Torres Amat, de los Padres y de los libros antiguos son nuestros 1 y 2 Reyes. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, que coincide con la hebrea salvo en un lugar: el último versículo del capítulo 11 («Siete años tenía Joás cuando entró a reinar») es en el hebreo, y en muchas Biblias actuales, 12,1, de modo que en el capítulo 12 esas Biblias van un número por delante (12,1 de esta edición es su 12,2, y 12,21 es su 12,22). No falta ningún versículo, pero la transcripción digital había sustituido la segunda mitad de 1,6 por un trozo de 25,28, había perdido algunas palabras en 6,27, 9,10 y 17,3, y en 23,9 había cambiado el «Ni» inicial por «Y», lo que invertía el sentido; todo ello se ha corregido según la edición de 1824. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás (el Salmo 137, «Junto a los ríos de Babilonia», es en su Biblia el 136), y su «Malaquías 4,5», el anuncio de la vuelta de Elías, es el Malaquías 3,23 de las Biblias modernas.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.